

RADKA DENEMARKOVÁ

*El dinero  
de Hitler*



de

Lectulandia

Gita Lauschmannová es una joven judía de 16 años que regresa a su casa en la región checoslovaca de los Sudetes después de haber sobrevivido al exterminio en Auschwitz donde han muerto sus padres y su hermana mayor. Cuando abre la puerta del que había sido su hogar se encuentra con una familia sentada a la cena en la mesa del comedor que le dice que ésa es su casa y que Gita no tiene nada que hacer allí. Gita descubre poco a poco que no sólo se ha quedado sin hogar sino que la opresión y la barbarie están lejos de terminar. Huérfana y pobre y sin lugar alguno al que regresar, para Gita la vida ya no es cuestión de bondad y maldad sino de pura supervivencia.

Sesenta años más tarde, Gita regresa a su pueblo natal. Ha llegado el momento de exigir justicia. Su llegada trastorna a los que habían sido sus vecinos. Porque todo el mundo tiene algo o mucho que ocultar. También Gita.

*El dinero de Hitler* es una de las grandes novelas europeas de los últimos años. Ha sido traducida ya a 10 idiomas y ha recibido varios premios como el Magnesia Litera de la República Checa en la categoría de prosa en 2007; el premio literario Usedom en Alemania en 2011, y el Georg Dehio en Alemania en 2012.

**Lectulandia**

Radka Denemarková

# **El dinero de Hitler**

**Mosaico de verano**

ePub r1.0

Castroponce 07.01.18

Título original: *Peníze od Hitlera*  
Radka Denemarková, 2006  
Traducción: Elena Buixaderas López  
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

RADKA DENEMARKOVÁ

# El dinero de Hitler

(Mosaico de verano)

Traducción de  
Elena Buixaderas

¿Acaso no mantenemos más o menos esta relación con todos nuestros personajes: esto soy yo, y que Dios me perdone?

GRAHAM GREENE

El hombre piensa, Dios se ríe.

*Proverbio judío*

Ningún parecido es casual.

Todas estas historias ocurrieron. Sigo sin saber por qué.

*Dedico este libro a  
Jan Denemark Jr, que no teme mirar al sol,  
y a Vladimir Volf, que no temía mirar al sol.*

## Prólogo

Denis agarra en su mano una pala verde puntiaguda y la hunde en la blanda tierra rojiza, que está húmeda, empapada de lluvia tras el aguacero nocturno.

Denis trabaja con la lengua colgando sobre una blanca hilera de dientes con dos mellas. Hunde la pequeña pala cada vez más hondo; primero voltea la herramienta y luego deja el montón de tierra en una montañita junto a su rodilla derecha. Con unos sonoros golpes aplasta el túmulo emergente. Le gusta ese material untoso. Después deja la pala en el suelo y hace un agujero introduciendo el dedo índice en su creación hasta la segunda falange. El barro se le adhiere al dedo con un frío agradable, pero también se le mete debajo de la uña, presiona, se abre paso entre uña y carne, la tierra se defiende de ese intruso molesto. Hundir más el dedo convertiría el placer en dolor, así que Denis saca el dedo. Observa con curiosidad cómo ha quedado deformado por la tierra que se le ha pegado, lo mira desde todos los ángulos, se lo acerca a la cara. Se dibuja rayas en ambas mejillas, en medio de la frente, bajo el cuello, de lado a lado de la garganta.

Es un indio al acecho, preparado para guerrear.

La mano sucia vuelve a agarrar el desgastado mango verde y comienza a desgajar y cortar lonchas de barro, de tierra apelmazada por las raíces de las hierbas. Al cabo de unos minutos la pala se dobla al topar con un obstáculo duro y resistente. Denis deja de presionar y, suave pero febrilmente, divide en láminas los profundos surcos, como si cortara un kebab de tierra. Cuando termina, agotado, tiene ante él una vasija larga y estrecha con extrañas protuberancias, grietas arrugadas y orificios. Un cuenco blanco. Lo coge y lo limpia, quitándole los restos de tierra y enjuagándolo con una pequeña regadera, también verde y con un aspersor rojo. Hace dos viajes para llenarla con agua sucia de lluvia que extrae de una bañera vieja y oxidada, colocada hace unos años al lado de las fresas para que Denis pudiera chapotear en verano. Denis da la vuelta al cuenco limpio, vacío y agujereado antes de levantarlo.

Contempla con sorpresa los dos huecos. Dos cuencas oculares.

Es un cráneo.

Un cráneo humano.

Denis, que tiene cinco años, lo lleva con cuidado desde el huerto de manzanos hasta su arenal.

La Mujer, de pie con las piernas bien abiertas, se seca las manos mecánicamente en



un trapo a cuadros rojos y blancos. Las manos están secas hace mucho pero ella sigue frotándose las, se las masajea durante largo rato, perdida en sus pensamientos, en retazos de recuerdos que trata de recomponer, pegar, clasificar. Deja el trapo sobre el respaldo de una silla de cocina con la pintura cuarteada, cerca del fogón. Coge un plato de porcelana blanca con adornos azules, que contrasta con su curtido rostro de campesina, coloca de forma simétrica sobre él un abanico de *knedliky*<sup>[1]</sup> y en el pocillo central echa con un cazo de metal una salsa de color marrón oscuro con tiras de carne. Lo hace con cuidado, para no manchar la blancura perfecta de los *knedliky*.

En el comedor, coloca el plato caliente ante el hombre, que ya se ha lavado la cara cansada y se ha remangado las mangas de una camisa de franela azul y blanca. El hombre come con avidez y sin hablar. La Mujer se sienta a su lado y observa el vello negro del dorso de la robusta mano con las uñas rotas, de esa querida mano que agarra rudamente una cuchara de plata. Una excavadora incansable que extrae sedimentos del plato.

La Mujer se levanta una sola vez para traer de la cocina el trapo olvidado. Ahora lo tiene sobre el regazo, lo agarra con firmeza y a cada momento se frota las manos secas, agrietadas y rojas. El hombre rebaña con el último trozo de masa esponjosa los restos de salsa, y rodea dos veces el plato hasta completar su tarea. Sólo cuando el último bocado se pierde en la garganta insaciable del hombre, la Mujer reúne el valor. Dice al hombre, que resopla satisfecho, que ha encontrado a Denis en el arenal, haciendo castillos de arena y jugando.

El hombre suelta un potente eructo y bebe un trago de cerveza de la botella empañada, aunque tiene delante un vaso fabricado especialmente para ese fin, con una inusual talla.

—Bueno, ¿y qué pasa?

La Mujer ha encontrado a Denis haciendo castillos de arena. Estaba sentado de cuclillas en medio de un montón de arena, rodeado de bultos de extrañas formas. Bultos de color amarillo oscuro con cavidades y protuberancias, parecidos a una masa que se hubiera desbordado del molde antes de terminar de cocerse. Con gesto concentrado, Denis llenaba de arena húmeda una vasija agujereada.

—Si te ha cogido algo de la cocina dale un bofetón y a la próxima llevará más cuidao.

La Mujer toma aire y continúa sin interrupción con su discurso. Se ha acercado al arenal; Denis estaba callado y expectante, seguramente sentía que había encontrado algo valioso. Sagrado. Un tesoro. Sólo que aún no sabía qué clase de tesoro era. La Mujer le ha arrancado de los dedos sucios esa cosa extraña y se la ha llevado al cobertizo. Denis la ha seguido callado y a disgusto, llorando tras su falda, peleándose con ella, que le ha dado un bofetón.

—Bueno, ¿y qué? ¡Por los clavos de Cristo, mujer, suéltalo ya!

—Es que no es una cosa normal. Es, es...

La Mujer siente como si le hubieran metido en la garganta todos los *knedliky* y los

hubieran mezclado con un terror palpable que le quiebra la voz.

—Quiero que vayas a verlo tú.

—¡Pues tráelo p'acá!

—No puedo. Ven conmigo. Levanta, amos.

—¿Ánde?

—Al cobertizo.

El hombre se levanta a disgusto, se aprieta el cinturón apresando la grasa de los costados.

—Joder, la que estás liando por un juguete de mierda.

Es de noche.

Atravesada ahora por una luz en la que aparecen dos siluetas. Se detienen en el umbral de la puerta. Ladra el primer perro, el de los vecinos. Y después toda una jauría, una señal de alerta en *staccato* que atraviesa la aldea. El perro reconoce su error, pasa a los demás la señal de tranquilizarse y la aldea se queda de nuevo en silencio. Sólo entonces la pareja echa a andar.

En el cobertizo no hay bombilla y el hombre abre el ojo de la linterna. Dentro hay amontonado un batiburrillo de trastos. Objetos viejos que un día podrían ser útiles, aunque de la mayoría nadie se va a acordar ya nunca. Rastrillos rotos y horcas. Una trituradora de cereal. Una laya rota en dos. Una prensa de fardos y rastrillos de mano. Una estantería con las baldas rotas. Una trona pintada. Una radio muda, destripada y rota. Una aventadora, un molino de limpiar cereal, roto. Un armario pintado y descascarillado, cuyas puertas no cierran, con la hoja derecha suelta e inclinada tristemente hacia el suelo.

Una alacena verde claro con puertas correderas de cristal y cajones rotos sin tiradores.

En la alacena descansa una caja de cartón marrón con el letrero «Elektrolux», cubierta con un viejo libro encuadernado en cuero. La Mujer le quita al hombre la linterna de la mano. Está tan fascinada por la caja de cartón, tan atemorizada, que el hombre se traga su fastidio. Ella se acerca a la caja. El hombre se tropieza con una silla tirada que tiene el asiento de mimbre rasgado.

—¡Joder, aquí nos vamos a matar por una tontería tuya!

La Mujer se detiene ante la caja. En silencio le da la linterna al hombre, en silencio levanta el libro encuadernado en cuero y lo tira al suelo. El hombre ilumina el título indescifrable grabado con letras góticas en la cubierta de cuero. La Mujer levanta ceremoniosamente un ala de la tapa de la caja y se retira. En silencio le indica al hombre que mire. Ella espera.

—Vamos, ¡míralo!

El hombre escupe.

—Ya estoy mirando, como un lerdo.

Revuelve en la caja y extrae un objeto duro y blanco. La luz ilumina una bola recosida y asimétrica. La hace girar entre sus manos y se queda de piedra: la linterna resalta los contornos de los lugares endurecidos, las protuberancias de las suturas y los dos huecos oscuros. Unas cuencas oculares. Una calavera. El hombre suelta el cráneo bruscamente.

—¡Hostia! ¡Hostia! ¡Hostia! ¿Dónde lo ha encontrao?

—Dice que lo ha sacao del jardín.

—¿De qué jardín?

—¿De cuál va a ser? ¡Del nuestro! Ahí donde empieza el huerto de manzanas. Las reinetas y las rojas.

El hombre se aclara la garganta y escupe.

—Y lo ha encontrao... jugando... ¿y sólo ha dao con esto?

—Sólo esto.

—Bueno, ¿y por qué pones esa cara, por qué me miras así? Igual, igual es uno de esos... un neandertal, ahora encuentran muchos, sale en los periódicos, no tiene por qué ser...

El hombre comprende. No es el momento adecuado para fantasear. Ellos dos no tienen por qué engañarse. La Mujer lo da a entender con su postura firme y con su voz temblorosa. Con sus ojos humedecidos. El hombre se pone constructivo.

—Hay que encontrar el resto. Tiene que decirnos dónde lo ha encontrao. Y vete inventándote un cuento p'a él.

—Está durmiendo.

—¡Pues lo despiertas!

Media hora más tarde Denis está de pie junto a la ventana en su amplia habitación del primer piso. Metido en un pliegue de la cortina. No tiene que esconderse, esos dos de allá abajo están demasiado embebidos en sus quehaceres y tranquilizados por la negrura nocturna. Pero Denis los ve. Ve al hombre y a la Mujer levantando febrilmente la tierra alrededor del lugar donde estaba *su* tesoro, arando la tierra de *su* cráneo, palpando el lecho de un ser desconocido. Y sobre ellos susurran las hojas de los manzanos, que caerán dentro de un mes, que han estado cayendo cada año y mezclándose con la tierra, tapando al durmiente y aliviándolo, descomponiéndose simultáneamente hasta que Denis ha descubierto su lecho. Tenía que ser Denis; estaba esperándolo. El hombre y la Mujer extraen listones deformados, una vara blanca y un cesto con una forma especial. Entonces la Mujer se tambalea, se apoya en el tronco del manzano y vomita.

Denis observa, su rebeldía crece. Esos juguetes le pertenecían a *él*, *él* tenía que haberlos descubierto. Uno tras otro. Ellos se los han robado. Esos juguetes son *suyos*. Mañana los va a coger otra vez. Denis está cansado, los párpados se le cierran, no aguanta de pie. Alcanza la cama a pequeños pasos, coloca a su lado su osito de

peluche, se tapa. Antes de quedarse dormido, se imagina con alegría que junto a él está el juguete blanco que ha encontrado y que en sus cuencas brillan los multicolores fuegos artificiales de los cuentos de hadas.

Durante mucho tiempo ese juguete no abandona sus pensamientos infantiles. Hasta que dos años más tarde, el nacimiento de su hermana Nataša lo tapa y lo entierra definitivamente. Entonces comienza a fascinarle la fragilidad y la belleza del cuerpo humano *vivo*.

## Primer regreso (verano de 1945)

### UNA GÉLIDA CORTEZA

Desde que he regresado de *allí* vivo como si me hallara bajo una gruesa capa de hielo sobre la que los demás resbalan ávidamente, con las mejillas encendidas de emoción. Muy por debajo del hielo. Invisible. Solitaria. Intuida. Impotente. Condenada a esperar a ver quién hace el último gesto, pone el punto final a una mala frase, pisa la delgada pajita por la que respiro. Soldada a esta gélida corteza.

Vuelvo a casa con la sensación equivocada de que esto es aún mi hogar. Hace un calor abrasador. Evito incluso los caminos polvorientos. Por un instinto de supervivencia que ya no puedo justificar fácilmente. Ahora ya puedo ir por el medio, caminar por las carreteras agrietadas por el calor como los demás. Ya no tengo que tener miedo. La guerra ha terminado.

Pero por si acaso, me agarro a mi miedo.

Adivino la torre erguida de la iglesia, el rojo de los tejados apiñados y la larga hilera serpenteante del palacio y los edificios de nuestra hacienda. Me arrastro sobre zanjás, me dejo curtir las piernas por las urticantes ortigas, con esas verdes sierras; *aserrín, aserrán, las campanas de san Juan*, eso solíamos cantar, con nuestras manos infantiles entrelazadas con los delgados brazos de mi madre. En sus puños, unas abultadas venas azules que no podía ocultar; todavía no se ha inventado ningún preparado cosmético para cubrir las tuberías palpitantes del cuerpo. Al anochecer sus manos brillaban con una pátina olorosa y por la noche descansaban masajeadas con una crema especial.

Descansaban incluso durante el día.

Me tiemblan las rodillas.

Me caigo sobre la hierba agostada y seca. Bajo el sol, que me palpa desde lo alto del cielo. Infaliblemente. Y vierte un chorro de agujas calientes sobre la blancura descubierta de mis brazos y piernas. Soy una diana fácil. Cada uno busca su diana. Y la encuentra. Siempre hay alguien un escalón por debajo, más indefenso.

Más expuesto.

Observo de cerca la tierra en movimiento. Desde la altura hay tranquilidad. Inmovilidad. Bajo la lupa, un pánico nervioso. Insectos. Hormigas. Escarabajos. Grillos. Cochinillas. Mariquitas. Saltamontes. Y arañas que huyen. Mientras el sol abrasador me derrite desde arriba, ellos evitan ese reguero de gotas frío y salado que no sé cómo detener. Mato bichos con un aguacero salado, los ahogo en mi tristeza, una tristeza dolorosamente impotente. Ya nada será como antes. Nunca volveré a acariciar *su* piel. Esa piel que protegía sus cuerpos vivos. Nunca vamos a estar juntos.

Y aunque lo estuviéramos... dónde dejaríamos este pasado inmediato, cómo nos desenterraríamos y escaparíamos del hoyo. Ese hoyo en el que cayó mi familia. Mi infancia. Tantas cosas han quedado allí atrapadas... Ya no están, sí, ya no están.

Queda la hacienda. Paredes tras las que me escondo y escudo, tras las que me desmorono hacia el suelo para después erguirme sobre mis piernas, paredes tras las que me fortalezo con recuerdos felices. Paredes tras las que me escondo y escudo, tras las que... La tierra se resquebraja. Balanceo la cabeza atrás y adelante. Con mi peso aplasto y machaco una hormiga que salía huyendo. Extiendo los restos de su cuerpo por mi frente: mi símbolo de muerte. Con los dedos agarro la hierba, la arranco a manojos. Hasta que se extinga esta necesidad de gritar y aullar, y de arañarme los antebrazos, de clavarme las uñas profundamente en la piel y no aflojar la presión, de abrir los brazos y golpear con todas mis fuerzas un clavo desnudo, de apretar en la mano un vaso hasta hacer añicos el cristal. Arranco hierba inocente. Y tréboles. Y manzanilla. Y orégano. Hasta cansarme, hasta desplomarme de agotamiento.

La lava solar me ciega. Estoy tendida sobre el costado izquierdo. Hecha un ovillo. Con las rodillas bajo el mentón. Como un feto en el vientre materno. Tal vez haya dormitado unos minutos. Tal vez me haya desmayado. El sol quema y abrasa mi mejilla derecha. La izquierda se ha enfriado con las lágrimas que se han evaporado. Me levanto. Todo me duele como si me hubieran apaleado. Me arreglo la blusa y la falda. Me quito de la ropa con vehemencia todas las briznas de hierba. Me palpo el borde de la falda y meto el dedo bajo el dobladillo, por donde se ha desgarrado. Como si fuera un dedal. Y lo mojo con saliva. Tengo la garganta seca. Con la uña envuelta en la tela húmeda me froto de la frente los restos rojizos del cuerpo de la hormiga. La falda se da la vuelta y se levanta, forma un cucurucho a mi alrededor. Estoy en una trinchera, de cintura para arriba. Vuelvo a mojarle el dedo con saliva. Le doy la vuelta al cucurucho y me agacho para frotarme los polvorientos zapatos de hebilla que me puso en Praga la asustada tía Otlá. Quería venir conmigo. Me escapé de ella, me enfadé. Me vuelvo a casa sola. Ya soy adulta.

Contemplo la hierba verde brillante del ribazo con rojas cerezas podridas sobre las que se abalanza una nube de avispas e intento no vomitar.

La aldea parece estar desierta. Nadie sale de las blancas casas como había soñado. Nadie me da la bienvenida, nadie me abraza, nadie me compadece. Nadie me pone delante un plato de comida. Estoy ofuscada por el terror: tal vez no haya sobrevivido nadie...

O quizá a nadie le interese esta criatura con la cabeza rapada, porque no va de la mano de su padre. Ese hombre respetable con sombrero no camina balanceándose junto a esta muchacha. Un hombre que despertaba admiración cuando bajo el ruido ensordecedor del motor atravesaba la aldea en su larga motocicleta. «Una auténtica

Čechie-Böhmerwald», explicaba entusiasmado y con orgullo ante las miradas curiosas de los hombres. Les dejaba tocar al monstruo, montarse, dar una vuelta al palacio. Uno tras otro...

Incluso llevó personalmente al sorprendido señor Klein, el barbero, que temblaba con la navaja en la mano en una posición petrificada de complaciente respeto. Ese monstruo rugiente me asustaba, un modelo de viaje que podía llevar, además del conductor, a dos pasajeros. Cuando mamá se bajó, después del primer viaje, se apoyó en la mano de papá para mantener el equilibrio. La cabeza le daba vueltas. Se asustó de las manchas de aceite en su vestido nuevo de color crema, hecho a medida, y le susurraba con enfado a la oreja de papá: «No quiero acabar como Isadora Duncan». Desde ese día, para disgusto de mi padre, nunca más se montó en ese milagroso modelo. Yo sí. Entonces salían a verme, entonces se inclinaban, entonces saludaban. Sonreían y saludaban. Tal vez sólo sonreían. Ese monstruo me asustaba, pero cómo desearía hoy escuchar a mis espaldas su estruendo ensordecedor y apartarme de él. Y ver una mancha de aceite en el vestido color crema de mi madre.

Alguien me ha colocado en el cerebro una fotografía que se ha quedado fija. Dos figuras adultas a ambos lados de la motocicleta. Mamá con su vestido de encaje de color crema y con un sombrerito que se sujeta con la mano derecha. Mi padre con un traje negro, las piernas abiertas, una mano apoyada en la motocicleta y la otra descansando con gesto presumido en el costado. En el largo asiento, como en un escenario, con las piernas cruzadas, con medias blancas, mis hermanos. Rozálie. Adolf. Y en medio yo, con un vestido azul de terciopelo sin abotonar del todo, que me había puesto con prisas antes de la foto. Adolfito hacía muecas.

—*Wie hatte sich die Schwester denn so schnell angezogen?*<sup>[2]</sup>

Hasta llevo un gran lazo en el pelo.

—Se te ha posado una mariposa en el pelo —dijo mamá mientras me lo arreglaba—, así que le vamos a ahuecar un poco las alas.

Me detengo en el huerto de manzanos. En nuestro huerto de manzanos.

Estoy en casa.

El corazón me late desbocado en el pecho; el calor es agobiante y yo no puedo controlar mis temblores. En cada centímetro cuadrado siento la caricia de mis seres queridos. La caricia de la vida que he vivido. Ahora ya sólo contemplo la vida. Pero ya encontraré la manera de sobrevivirla.

Tengo que recomponerme, controlar mis párpados que se cierran. Y no desmoronarme ante la meta, como hace una hora, allí, en una pradera solitaria junto a una zanja con cerezos retorcidos. Todo va a ir bien, estoy a salvo, como un animal en su guarida. Con tierna rapidez acaricio las hojas de los manzanos, las ramas, las tablas del cenador, atravieso el patio empedrado con adoquines brillantes. Llego hasta la puerta tallada y decorada con hierro forjado. Con un adorno de dos serpientes

entrelazadas que diseñó mamá. Y que construyó el joven ayudante del herrero, Ladislav Stolař.

Con los dedos encallecidos por el frío agarro la curva metálica de la manilla negra y cubro el dibujo de las serpientes. Empujo con todo el peso de mi cuerpo. Está abierto.

Entro.

El golpe despiadado de la esperanza me alcanza justo entre los ojos. En un perchero de la entrada está colgado el sombrero de papá, sigue allí colgado, no le dio tiempo a ponérselo *entonces*, a pesar de que nunca salía de casa sin cubrirse la cabeza. Nunca. No le dio tiempo a ponérselo *entonces*, cuando se lo llevó la Gestapo. Nosotros mirábamos sorprendidos cómo se metía en el remolque de un pequeño camión, en el que ya estaban sentados otros. Se apartaron para hacerle sitio. Sorprendidos seguíamos con la mirada a mamá, a la que admirábamos perplejos. No lloraba, no se enfadaba, no sucumbía al pánico. «Se lo dije al muy tonto: nos quedaremos un tiempo con los nuestros en Praga, en el interior, y después ya se verá».

Creía que papá iba a volver. Que era un error. Y sobre todo le dolió que no montaran a papá en un coche para él solo, que tuviera que ir en un camión destartado con los demás. Y que le arrancaran brutalmente el brazalete, que se había colocado de forma apresurada.

Nunca volví a verlo. Nunca.

Ahora puedo acariciar su sombrero.

## SOPA CALIENTE DE LENTEJAS

La puerta de la derecha lleva al comedor y a la cocina. Siento un hormigueo. Como cuando mamá me recorría la espalda tamborileando con los dedos por toda la columna. De arriba abajo. De abajo arriba.

—Siéntate derecha y no te encojas, te va a salir joroba.

Mi hermana mayor me guiñaba un ojo conspirador: «Aguanta, yo también pasé por eso». Mi hermano se reía por lo bajo: «Con ésta sólo valen unas buenas azotainas, a los mimados hay que darles grasa».

Agarro la segunda manilla de mi casa.

Estoy dispuesta a abrir la puerta.

Con la última esperanza, esa última e insoportable esperanza de que estén todos sentados a la mesa. Que estén esperando a la que llega tarde. La que se alejó, se cayó a un hoyo negro y logró salir. Y ahora, con las manos desolladas, regresa al mundo que por un tiempo ha estado cubierto por una pesadilla distorsionada. Entreabro la puerta, me voy a sentar derecha, a partir de ahora siempre me voy a sentar derecha a la mesa, como una tabla, voy a sentarme derecha, mamá, lo prometo, lo prometo, sólo



quiero que estés aquí, he vuelto diferente, casi soy adulta, no, soy adulta, las palabras infantiles rodaron y se perdieron, la piel se ha arrugado, por favor te lo pido, Dios mío, por favor, que estéis aquí, que estéis sentados riéndoos, que os riais y os agitéis, que os carcajeéis como locos, que os caigáis al suelo de la risa agarrándoos la barriga. Cómo me habéis tomado el pelo. Pero he aguantado ese juego cruel. Y estamos vivos. Estamos vivos.

Antes de abrir la puerta del pasillo cuento hasta siete. Mi número de la suerte.

En el comedor hay alguien de verdad.

Suspiro con alivio, tengo ganas de correr, esconderme entre unos pechos de mujer. Pero algo me atenaza las piernas. Precaución. Un instinto cultivado. No detecto olores conocidos.

Alguien está allí. Pero no es mi madre. Ni nuestra cocinera. Ni mi hermana.

Es una Mujer desconocida.

Una Mujer joven, asustada, con el vientre abultado. Lleva un delantal. Con nuestro cucharón sirve a un hombre sentado una sopa caliente de lentejas, engordada con alubias y arroz. En un plato hondo con una flor. En un plato de nuestra vajilla blanca con motivos azules. Con un motivo que diseñó mi madre para una fábrica de porcelana de Viena.

Los tres nos quedamos inmóviles.

El hombre se limpia la boca, nervioso, con el dorso de la mano.

—¿Qué quieres? ¿Es que no sabes llamar a la puerta?

—¿Llamar? Y ¿por qué?

Ya estoy otra vez a punto de echarme a llorar. Me trago el llanto, las lágrimas que se amontonan en la línea de salida, y las cuerdas vocales se anticipan a ellas.

—Yo vivo aquí. Soy Gita. Gita Lauschmannová. Mi padre se compró la primera motocicleta de la región y solía sentarse en ese sillón de piel que está detrás de usted, en el rincón.

Qué tonterías estoy diciendo. Pero mejor hablar que dejar paso al llanto.

Se estremecen. No hay alegría, ni risas ni gritos. Nada. Nada de correr hacia la mesa y poner un segundo plato lleno para mi estómago rugiente. Nada.

Estoy cansada, excitada, tensa. Quiero acabar con esto cuanto antes. Tumbarme en mi cama, meterme bajo las sábanas. Tengo ganas de gritar, tengo ganas de chillar con los dedos extendidos. ¡Yo soy Gita Lauschmannová! Hija de un hombre al que se lo llevó el viento. Dicen que antes de encaminarse al balneario de gas, se levantó su imaginario sombrero y dejó pasar a un hombre anciano: «Después de usted, caballero».

¡Yo soy Gita Lauschmannová! Hija de una madre culta y educada en una gran ciudad, impregnada con el aroma de los cafés europeos, que se acostumbró con dificultad a este lugar. Y por eso mi padre le construyó esta mansión alargada. Un

edificio ostentoso al que en la aldea, con turbadora envidia, llamaban palacete. ¡Yo soy Gita Lauschmannová! Hija de un hombre trabajador, que daba empleo y mantenía a casi todos los sucios vagabundos de los alrededores. Así que ¿qué hacéis vosotros, criados, con vuestros culos sudorosos en nuestras sillas? ¿Qué libertades os tomáis? Soy Gita Lauschmannová. Recoged vuestros trastos y largaos.

Pero no digo nada. Grito por dentro. Regreso de *allí* empapada en una vergüenza que duda de cualquier derecho. Derecho a lo que sea.

Incluso al aire que respiro.

—Bueno, ¿y qué?

El hombre es el primero en recobrar la compostura.

– Yo... soy Gita Lauschmannová. Ésta es nuestra casa. He vuelto.

Tengo que huir. Lo sé; estoy entrenada. Olfateo el peligro. Lo sé en el momento en que el hombre se levanta bruscamente. Tan bruscamente que la superficie de la densa sopa marrón comienza a ondularse y salpica nuestro blanquísimo mantel bordado a mano. Lo sé en el momento en que la Mujer se pone pálida y como en un trance devuelve el cucharón a la sopera inmaculada con relieves modernistas y da un grito.

—¡No, ni hablar!

El hombre me mide con la mirada y habla a la Mujer.

—Es increíble. Así que estos mocosos no van a dejarnos tranquilos, ¿eh?

Me han confundido con otra. La masa de la sopa que ha quedado dentro se balancea, se asienta en el fondo del plato, vuelve a su cauce. Del cuenco redondeado se eleva el vapor. La mano del hombre es fuerte, cubierta de vello negro, podría agarrarme del pelo que me está creciendo, arrancármelo, meterme la cabeza en un balde con barro caliente. Como si fuera una letrina. Me marchó, paso junto al sombrero de papá, corro a través de la puerta de madera hacia otros edificios de la hacienda, busco instintivamente el escondite más seguro, calculo las posibilidades. Instinto de supervivencia. Adiestrado *allí*.

Entro de golpe en el cobertizo, me escondo de ese puré marrón de lentejas recocidas. Entro volando en el destartalado cobertizo, donde jugábamos de niños. Me escondo en el cobertizo decrepito, que papá quería echar abajo. En su lugar planeaba construir un espléndido museo. Me siento en cuclillas. Este odioso temblor. La cabeza me da vueltas; la apoyo en las rodillas. En el suelo aplastado se tensa una oruga peluda. Se encoge un poco más allá. Y de nuevo se tensa. No ceja en el empeño.

¿Qué diantres pasa? ¿Por qué y de quién me escondo? ¿De un trozo de comida en las manos equivocadas? ¿Me habré confundido de pueblo? Me quedaré hasta pensar algo. Hasta que este zumbido en mi cabeza se apague. El corazón se resiste a acomodarse a su ritmo, querría abrirse camino, atravesar retumbando el pecho y salir.

## LA TAPA DE LA OLLA

Levanto la cabeza encajada entre las piernas. Sobre todo respirar, respirar. Ante mis ojos hay decenas de orugas negras y peludas combadas. Y destellos de fotografías inmóviles. Fotografías grabadas en el cerebro. El primer destello de una cámara de fotos: Rozálie, cubierta de bordados, sentada en una trona de madera con respaldo redondo. Del pastel sobresale una roja vela solitaria clavada en la masa blanda y dulce. Esa trona la hizo papá. Para el cumpleaños de Rozálie... La pintó de blanco, con un esmalte denso. Montó el respaldo, ablandado por el cojín azul de lana de mamá, lo sujetó con unos cordones rojos. Y en la tabla pintaron un oso marrón con unos ojos enormes.

Ese oso de ojos azules me aterraba hasta que aprendí a pringarlo con restos de comida. Una corriente interminable de destellos. A Rozálie ya le han puesto dos velas. Y tres. Entonces llega la hora de que Adolf corte el pastel; el cuerpo de Rozálie ya no pasa por la abertura de la trona. Después el oso asustó a Adolf. Hasta que el cuerpo de mi hermano se hinchó y el trono del oso pasó a un comilón más joven: yo.

Mi primera hendidura en el centro del pastel, que mamá había adornado con dulces virutas de chocolate. En alguna parte de mi memoria permanece escondida la sensación lujuriosa de aporrear con las manos la crema blanda, apretar entre los dedos esa masa resbaladiza, intentar llevarme a la boca ese deleite de chocolate. Siento un dulce entumecimiento en el paladar.

Nos pasamos la infancia sentados en esa sillita cebadora, como la llamaba entre risitas la matrona, la señora Drbavá. Frente a una mesita para comer con un oso mirón que no permitía hacer trampas. «El oso vigila a ver si te comes todo; luego le preguntaré y él me lo contará.» «Oso chivato —dijo con una mueca Adolf—, oso soplón, oso delator, oso informante».

Un nuevo destello del álbum familiar. Estoy sentada de cuclillas en el sucio cobertizo. La silla está arrumbada en un rincón, en una estantería baja con las baldas rotas. Tirada. Nuestra trona blanca algo descascarillada. Venzo el deseo de ponerla de pie en el suelo. Meterme dentro de ella. Ahora, con este cuerpo tan flaco, podría pasar por el agujero. Venzo el deseo de recordar el tiempo pasado. Huir hacia él. Balancear las piernas desde lo alto, arañar los redondos ojos del oso.

Miedo de las alucinaciones; tal vez en el aire ondea el espectro del oso. Sobre la trona plegada caen restos de luz opaca de la tarde; un rayo se ha abierto paso desde lo alto, ha buscado una grieta en el tejado agujereado. Palpa la trona incrédulo como yo, se clava en el ojo del oso, acaricia la silla con sus últimas fuerzas antes de desvanecerse, antes de que el crepúsculo eche sobre él un manto de oscuridad que ya no pueda atravesar.

Agarrar las patas delgadas de la silla con la pintura cuarteada, asirme con todas mis fuerzas. Es la prueba de que estoy en casa. La prueba de que no estoy loca. La prueba de que pertenezco a este lugar. Como una tapa pertenece a su olla.

Un grito atraviesa el álbum de fotos de mi cabeza. Y unos pesados pasos. Un griterío inusual. Un bullicio inusual. Nuestro pueblo solía ser muy tranquilo. Cuando comíamos en la mesa redonda se oía cada sorbo como si fuera un fuerte chapoteo. Se podía oír hasta el silbido de la cuchara al cruzar el aire. Entonces me doy cuenta de que los pensamientos se agrupan, se funden para darme la bienvenida. Se ponen en fila con flores en el pelo. Vacilan porque tienen miedo, miedo de haberme ofendido.

Me abrazo el cuerpo, recojo mis pensamientos. No había necesidad de dejarse llevar por el pánico. Seguro que esas dos personas cuidan de nuestra casa, la defienden de los ladrones. Yo he aparecido como un fantasma y he huido precipitadamente.

Me avergüenzo. He salido corriendo porque las palabras se me han hecho un nudo en la garganta. He visto la mano de la Mujer agarrando con fuerza el brillante mango metálico del cucharón. Como tantas veces hacía la cocinera, o mamá cuando servía. He visto los labios grasientos del hombre, entre los que se ha quedado metida la cuchara de plata, ésa con la que comía y sorbía mi padre, con la que bebía mi hermana y tragaba mi hermano. La cuchara ante la que yo ponía cara de disgusto. «No te entretengas y come como una señorita».

Me aliso la falda sobre los muslos. Me meto la blusa arrugada por la cinturilla. Miro a mi alrededor, reclino la cabeza sobre el hombro derecho. En mi imaginación despliego la trona y la pongo en pie. La miro y extraigo fuerzas de ella. Me levanto, inspiro y abro con gesto orgulloso la puerta oxidada. Estoy en mi casa. Salgo con un alivio liberador. Y entonces una enorme zarpa de hombre me tira al suelo.

Inmediatamente, la mejilla golpeada se enciende de dolor.

## LA HERRADURA DE LA SUERTE

La luz de la lamparilla verde me ciega, me hiere los ojos. Las cortinas están echadas y dejan traslucir un perezoso bochorno. Pestañeo. Estoy sentada en una silla dura hasta la que me ha arrastrado uno de ellos.

—No grites, cierra el pico. Vale, la guerra se ha acabado, pero tenemos que ir con ojo; al enemigo, ni agua.

Yo también lo entiendo, también tomo precauciones. Son medidas necesarias e indispensables. Correctas porque son justas. Verifico a cualquiera sin excepciones. Incluso a mi gente. Eso está bien.

A lo largo de la pared hay cuatro hombres de pie en la oscuridad artificial. El quinto está sentado frente a mí, atrapa mis ojos con el embudo de luz. Klein, el barbero, es uno de los hombres que está de pie. En lugar de una navaja lleva una ametralladora. No se inclina, su torso infantil está tenso. Al nivel de los hombros de

Klein me observa un chico con mechones de pelo ralos y grasientos, peinados en ordenadas filas sobre la frente. Como si se pegara los bucles de pelo al cráneo uno junto a otro con ayuda de una regla. No lo conozco, pero sí a los dos simpáticos forzudos de la izquierda. Trabajaban para papá. En el taller de cerrajería para máquinas. Evitan mirarme directamente a los ojos, participan en el interrogatorio con reservas, no me tocan. Para mí su distante desconcierto es bastante enigmático. Y tras la mesa, el afable gigante Ladislav Stolař, el ayudante de la herrería. Yo tenía ocho años, era mi octavo cumpleaños, cuando forjó una herradura de la suerte con mi nombre y un trébol de cuatro hojas. Para que no le contara a nadie que entre los juncos del lago del bosque, a donde teníamos terminantemente prohibido acercarnos, besó en los labios, suave y fugazmente, a la feliz Rozálie, y en la frente cuando estaban en el henar. Han transcurrido ocho años más y parece que no me reconoce.

—Así que no vais a dejarnos en paz, ¿eh?

No entiendo por qué Ladislav habla en plural. Me vuelvo, por si hay alguien detrás de mí. Tengo el privilegio de hacer cualquier pregunta.

—Señor Stolař, creo que no me ha reconocido. Soy Gita, Gita Lauschmannová. Usted y mi padre... ¿Se acuerda de Rozálie... allí en el bosque...?

Cuatro caras que se carcajean, dos de ellas con una alegría amarga y forzada. Como en el peor teatrillo de aficionados de pueblo. Miro a mi alrededor. Buen humor. Buena señal. Todo está explicado. Un error a punto de estallar.

No han reconocido a su Gita.

Stolař cambia el tono abruptamente.

—Mocosa, vuestros compinches y tú no nos dejáis en paz. No hace ni tres meses que acabó la guerra y ya estáis los teutones saliendo de vuestros agujeros, nazis asquerosos.

—Señor Stolař...

—*Honorable* señor Stolař.

—*Honorable* señor Stolař, no entiendo lo que dice. No sé de qué...

—A ver si por esta señorita voy a tener que hablar alemán, para que lo entienda. Y ¿qué más te gustaría? ¿No quieres saludar con el brazo extendido?

¿Me he confundido de año, de pueblo, de casa? ¿No ha terminado la guerra? Pero en el cobertizo estaba tirada la sillita...

—Creo, señor... *honorable* señor Stolař, que no me ha reconocido. Soy...

—Sí que te he reconocido, sí; sé a la legua quién eres, no tienes que presentarte. Sólo explícale aquí al señor Poledňák lo que eres. Él, no como otros, se jugó el pellejo y luchó a brazo partido...

—Como un auténtico partisano...

—Sí, él se dejó el culo para echar a los nazis, esos, esos... bueno, esos que son como tú. Así que, venga, preséntate.

Poledňák mete barriga, saca pecho, con los ojos entrecerrados degusta cómo corren sobre él las miradas de admiración de los allí presentes. Klein y él parecen dos soldaditos de plomo. Y por eso todo lo que digo lo hago hacia la derecha, hacia esos pentagramas negros en la cabeza grasienta.

—Me llamo Gita Lauschmannová. Vivo aquí, en el número 77. Nací el 14 de julio de 1929. He vuelto a casa porque...

El soldadito de plomo Poledňák da dos pasos, se dobla por la cintura. Delante de mi nariz aparece su pelo grasiento. Puedo contar sus pecas extraviadas. Como la pintura emborronada de un pintor impresionista senil.

—Ahhh... Gita Lauschmannová, ¿eh? ¿Es un nombre checo? ¿Tu viejo es checo?

—Mi padre es... era...

Un olor ácido a sudor me revuelve el estómago encogido; podría golpearme con la cabeza en la cara y me arrancarían los dientes. Me da miedo. Es difícil superar la aversión a todo lo alemán. Yo también tengo dentro esa aversión, me la traje de *allí*. Menudo error. Mi nombre es sólo un conjunto de sonidos, un nombre que no es culpa mía, que me dieron, con el que me marcaron cuando fui expulsada del paraíso, cuando salí de la placenta. Una de las líneas del pentagrama se tuerce hacia atrás, otra se levanta por el centro, recuerda a una lombriz negra o una oruga combada. Me gustaría aplastarla.

—Mi padre está muerto. Mi padre murió porque era judío.

—Un judío *alemán*.

¿Por qué eso lo dice precisamente Ladislav Stolař? No llorar. Mantener las lágrimas en la línea de salida, si no, todos se pondrán aún más en mi contra. Las lágrimas siempre irritan a los hombres. Lo principal es resistir, no desmoronarse, no gritar.

La voz enmarcada por la grasa de los mechones aúlla.

—Cualquier judío que pudiera ser útil en la guerra era declarado ario, sólo dependía del humor de Hitler...

—Mi padre... no sé lo que quieren... yo he vuelto...

—Claro, y millones de inocentes han muerto.

Ay, eso mismo me echo yo en cara. De ahí su odio. Y les falta mi padre. Están de mal humor porque no ha regresado el patrón, tan necesario para la región. Están malhumorados porque ha regresado una nulidad flaca y asustada. Una muchacha de dieciséis años. Con el cerebro de una mujer adulta.

—Claro, inocentes. Mi padre. Mi madre. Mi hermana Rozálie. Murieron *allí*. En el campo de concentración. De Adolf no sé nada, pero si sobrevivió, si vuelve, intentaremos continuar todo como si estuviera aquí mi padre, nos esforzaremos porque ustedes...

Se me quiebra la voz. No tengo voluntad, no quiero solucionar nada, quiero simplemente irme a mi habitación, dejarme caer sobre mi edredón y deglutir una sopa

caliente de lentejas de mi plato, mordisquear un trozo de pan, sumergir mi cuerpo en agua caliente, dormir, dormir.

—Así que tu padre y tu madre, como que no van a volver ¿no?

Debo de estar volviéndome loca. Me ha parecido que Ladislav Stolař sentía alivio, como si esperara esa noticia. La tensión se ha relajado. El estirado Klein ha doblado la espalda, liberado la tensión del pecho, con la mano se ha enjugado la frente sudorosa, ha dejado la ametralladora contra la pared y se ha apoyado en ella. Seguro que le apetece un cigarro.

—Tu precioso hermanito, Adolfito, ha estado rondando por aquí.

Me agarro a las palabras de Klein.

—¿Está vivo?

Las lágrimas saltan desde su trampolín hacia el vacío.

—Está vivo. ¿Dónde está? Tráiganlo. No, no, esperen, quiero darle una sorpresa. Así que era su gente la que estaba en la casa, él...

Klein me dedica una mirada extraviada.

—Se esfumó, condenado nazi. No pudimos ni pillarle el colete. Seguro que se esconde por aquí. Le pusieron Adolf de nombre, no hace falta saber más.

A mi izquierda se ha atrevido a hablar un hombre guapo, con unos pantalones de trabajo sucios y una gorra grasienta en la cabeza, que me resulta conocido. Le traía a papá piezas de recambio. Lo oigo hablar por primera vez. Se ha despertado de un profundo sueño. Ha terminado una lucha interna y con esas palabras ha sellado su decisión. Su voz grave ha tronado hacia mí, pero con ojos de perro requiere el elogio de Poledňák. Todos buscan el elogio de Poledňák. Aparta el codo del chico que está a su lado y arquea las cejas, sorprendido. El taller de cerrajería, debería recordárselo.

Las piernas apenas me sostienen. Pero no me siento. Si lo hiciera, ya no me levantaría. Stolař dirige el cono de luz hacia su blanco móvil. El haz de luz apenas alcanza mi barbilla; la punta de mi nariz se baña en amarillo.

—Pero es sólo un... nombre. Adolf nació en 1927... Todo esto debe de ser un error. Y quiero irme a casa.

Poledňák se inclina de nuevo bruscamente y mi piel saborea su untuosidad. Ladislav Stolař suelta el embudo con la bombilla, se yergue en la oscuridad. El jurado se sienta y baila al compás del pentagrama capilar.

—¿A qué casa? Ya no tienes casa. Aquí ya no tienes ná. Habéis perdido la guerra. Gracias al presidente de la república todas vuestras propiedades han pasao al Estado. Os lo hemos requisao todo legalmente. Y ya nos hemos entretenido bastante contigo, canija. Tenemos otras preocupaciones como para estar aquí pasando el rato. Y un montón de trabajo. Tu familia es culpable y sanseacabó. Lo único que importa es en qué hablabais. Y *ausgerechnet* en vuestra casa a puertas cerradas se *sprachaba* en alemán a todas horas.

Para dejar clara la contundencia de este punto final, Ladislav Stolař da un puñetazo en la mesa. Poledňák asiente, satisfecho. Cualquier cosa que diga resbalaría sobre su convencimiento como sobre baldosas enjabonadas. Quiero repetir que estoy en casa, que esa trona del cobertizo es mía. Quiero recordarle esa herradura de la suerte.

Pero me embarga un vacío lánguido.

Han abierto las cortinas. El brillo del sol deshace mis pensamientos huecos. Por primera vez veo los brazaletes alrededor de los bíceps masculinos. Una nueva forma de marcar a las víctimas.

Yo tuve una estrella, caliente y solar.

Ellos tienen dos letras.

GR.

Guardia Roja.

## MOSCARDONES

El calor del sol es inmisericorde. Tanto calor tembloroso. Me congela cada centímetro de piel de mármol azulada. Tengo que limpiar la pocilga, que es parte de nuestra hacienda.

—¡Mueve el culo! ¿No querías ir *a casa*? ¡Pues trabaja!

Tengo prohibido dar de comer al ganado y a los cerdos; no me dejan acercarme a ellos, no soy de fiar. Cuando inesperadamente me roza el costado de una vaca, llega una mujer y me da con un látigo que tiene unos nuditos en el extremo. Cambio la paja, limpio el estiércol.

Hace mucho calor. Unas moscas zumbonas revolotean a mi alrededor, se me posan en las manos. Yo las dejo. Los moratones se han fundido en uno. Estoy toda negra, cubierta de la cabeza a los pies de moscas, moscardones brillantes de color metálico que zumban siniestramente y se me posan en los párpados. En los labios. Entran en mis oídos y mi nariz. Revolotean por todo mi cuerpo. Devoran carroña, porque eso es lo que soy, carroña, carroña hueca. Ya lo dijo el *honorable* señor Stolař.

Tras el bofetón que me propinó me quedé jadeando entre sus dos soldaditos de plomo, Poledňák y Klein, pegada a la pared contra la que me sujetaban y por la que me deslicé hasta el suelo, mientras de la nariz me salía un hilillo de sangre.

—Parece que forjó la herradura para un cadáver.

Sorprendentemente, la tenaza de Klein era más fuerte que las esposas de Poledňák. Lo noté cuando me arrastraron como si fuera un saco de patatas. Stolař apagó la intensa luz de la lámpara verde, disuelta por el sol.

—Entonces no sospechaba lo que erais, no me imaginaba que tú y toda tu familia erais unos cerdos.

En todo el pueblo no hay nadie que eche a esas moscas zumbantes. En todo el



pueblo no hay nadie que no tenga miedo, que se apoye con todas sus fuerzas en la pesada puerta hacia el pasado y la abra.

Vienen a vernos, eso sí. Fisgonean con una sonrisa callada. Y con admiración. Sólo la matrona Drbavá me da a escondidas un trozo de pan y una cebolla pequeña.

Limpio el estiércol. Un cerdo se ha colado por error en la cuadra de al lado y se ha mezclado entre sus congéneres. Pero por el olor notan que es un intruso. Estoy de pie, como pasmada. Una estatua con una horca, el señor del mar con un tridente. No puedo apartar los ojos. Los cerdos le dan bocados, revientan al cerdo extraño, se lo comen brutalmente a mordiscos.

Tras semanas de duro trabajo que realizo de forma mecánica, con la apatía del instinto de conservación, me decido. Dejo la horca junto al comedero donde las patatas se refrescan del bochorno. Para los cerdos. Huevos calientes, amarillos, nutritivos, ovalados y con cáscara. Para los cerdos. Yo no puedo tocarlos, yo me alimento de aire. Por la noche han traído un montón de patatas, la mitad de ellas podridas. Con gran esfuerzo las recogimos y separamos las que estaban buenas. Para los cerdos. Dejo la horca sobre el suelo y con los pinchos hacia la puerta. Como si de ello dependiera mi destino. La hebilla de mi zapato derecho está suelta. La rompo, la piso, los trozos oxidados me los guardo en la mano. Como despedida, mientras no me ven, los hundo en la carne caliente y amarilla de las patatas del comedero. Patatas para los cerdos. Ésta es mi venganza.

Atravieso temblando el patio y una de las placitas de nuestra hacienda. Una placita cubierta de excrementos de gallina. Una mujer rubia con un delantal, que me vigila a mí y a otras dos colaboracionistas del pueblo, como nos recuerda cada mañana, se levanta de una silla desvencijada en el umbral. Desde allí expone al sol su rostro curtido y parte de sus brazos enrojecidos.

—¿Qué pasa?

—Tengo que hablar con el señor... con el *honorable* señor Stolař.

—Tú no tienes nada que hablar con nadie, señorita teutona.

—Tengo que hablar con él.

—No.

—Tengo que hablar con él.

—Acaba ya de quitar el estiércol y cuando estés de la pocilga, barre el patio.

—Tengo que hablar con él.

—¿No me has oído? ¡Abre los brazos!

—Tengo que hablar con él.

—¡Los brazos!

Abro los brazos pero me quedo donde estoy. Aunque sé muy bien lo que va a pasar. Practico el autocontrol. Estoy dentro de un molde de cemento. Toda yo, con sólo dos orificios para respirar. Dentro de una coraza protectora sin dolorosas

terminaciones nerviosas. Todo me llega a través de una envoltura impenetrable. Eso me aconsejó una de las mujeres de *allí*. Esa coraza de cemento me salvó. A ella, no.

No me muevo. He decidido usar esa rendija por la que me voy a colar como por el ojo de una aguja. Por eso tengo que aguantar. Y encontrarme de nuevo con Stolař. Hablar con él a solas. Mi ángel del umbral duda, sopesa. Esta vez coge una barra de acero y me golpea con ella los brazos extendidos hasta que se hinchan como un pastel en el horno. Después tengo que bajar los brazos. Y darme la vuelta.

Cambia de arma.

El látigo rompe el aire. Los nudos aparecen ante mis ojos antes de perderse de nuevo en el azul del cielo sin nubes. Excitada y acalorada, la mujer coge fuerzas y carga todo su peso sobre mi espalda. Me va clavando hasta el suelo y con cada golpe me deslizo más abajo. Como un clavo bajo el golpe del martillo. Aprieto mi cara contra los sucios adoquines pulidos.

Hay tanto sol a mi alrededor.

## UN SOLO DE CASTRATO

Me despierta la voz de Ladislav. Estoy programada para reconocer su tono. Mi agua curativa.

—¿Respira?

—Sí.

—¿Qué hacemos con ella?

—Mejor la echamos en el pajar de atrás. Si no sale de ésta...

—¿Qué?

—Pues no saldrá.

Abro la boca pero las palabras no salen. Mi medialuna ensangrentada jadea; estoy muda. Una carpa fuera del agua con los labios hinchados y agrietados. Entre calambres, sueldo la boca entreabierto. Cerrar las mandíbulas es como atravesar una puerta de dolor insoportable.

Mi coraza protectora se ha resquebrajado hace tiempo, la escayola se me ha caído del cuerpo y se ha deshecho en polvo blanco. Si soplo, levanto nieve.

No quiero asustar a Ladislav Stolař, no quiero asustar al *honorable señor*. Sólo indicarle con un movimiento que tengo que hablar con él. Me debe la clave de una caja de seguridad, la clave para descifrar todo lo que pasa. Muevo suavemente el dedo índice y es como si una flecha atravesara mi cuerpo. Se clava en mi carne blanda, lanza un número infinito de esquirlas de cristal y astillas, y me las clava bajo la piel.

Un canto rítmico, el solo de un castrato soñado al mediodía. Hasta el oído me engaña. Sólo es el chirrido regular y prolongado de una carretilla oxidada en la que solía transportar el estiércol. El chirrido se apaga justo a mi lado.

Unas manos fuertes se deslizan por mi espalda. Tocan y comprueban la resistencia de la tela. De arriba abajo. De abajo arriba. Después me agarran y me levantan, y yo me elevo por el ascensor de mi propia ropa. Por delante, la blusa tensa me aprieta dolorosamente el cuerpo, los pezones aplastados de mis pechos planos. La falda se me sube por los muslos, la noto suave contra el vientre hinchado y con cicatrices. Soy un pez en una red. Con las aletas abultadas agitándose y las agallas fuera. Un pez atrapado, transportado y de nuevo arrojado a una tinaja oxidada. Sin agua.

Me llevan a trompicones, me abren cruelmente las heridas. Con una elegía melódica. Entre los labios hinchados, que aún no he conseguido cerrar, aspiro un olor de orines intensificado por el calor. En la cara se me clavan los terrosos grumos de excremento reseco por el bochorno.

La elegía se va acallando. De nuevo floto en el aire inmóvil. Me levantan con una pala, llevan con asco a esta oruga sucia del sol a la sombra. Uno de los pescadores se tropieza con un madero, que sobresale de la parte inferior del marco. Se tropiezan y balancean mi cuerpo. Podrían tirarme como si fuera un saco de harina medio vacío. Los botones se desgarran y abren los ojales de los que quieren escaparse. Antes de quedarme completamente desnuda, la tensión de la tela desaparece de repente.

Tiran a un pez mudo, que no tiene el poder de cumplir ningún deseo.

Caigo de cara sobre la paja. Sobre una alfombra de clavos, la cama de un faquir involuntario. Decenas de agujas de paja puntiagudas. El polvo me cosquillea la nariz y me irrita la faringe, como si una de las briznas pasara por mi garganta y me rascara allí. Toso y todo mi cuerpo se sacude.

Toso y me duelo a mí misma.

## VELOS NUPCIALES

Estoy tumbada igual que me arrojaron. Boca abajo. No pienso en nada. Hace años que no trato de entender nada. Con el rabillo del ojo observo unas telarañas. Manteles con polígonos regulares y velos nupciales tensos entre unos maderos. Entre una trilladora y un arado de mano para esponjar la tierra. Entre todas esas máquinas que con tanto idealismo recogió mi padre. Quería construir un museo sobre la evolución de la tecnología agrícola. Nos obligaba a escuchar la historia de todas esas antiguallas. Nos cansaba, nos aburría. Hoy esas palabras perdidas me parecen un cuento en los jardines del paraíso. Un paraíso que no apreciábamos, mientras nos lanzábamos una manzana. Antes de morderla.

Refinados encajes de bolillos. Adornados por cuerpos negros y marrones. La araña se desliza entre ellos, los recorre con excitación. Primero cumple con su trabajo sistemáticamente: cada día entrega su cuota de tejido. La recompensa se la cobra después. Es cuidadosa, sistemática. Paladea a sus víctimas con indiferencia. Las

saborea en la oscuridad.

Sobre mi cuerpo se ciernen dos sombras dubitativas. Cierro los párpados inflamados, me envuelvo en oraciones protectoras, me encierro en una nueva coraza de cemento. Es la última que construyo. Ya no me quedan fuerzas.

Las sombras callan. Después, una de ellas me coge del puño y me busca el pulso.

—Está viva.

—Ladis se va a mosquear.

—¿Por qué no manda a la criada al campo de recogida?

—¿Y tú qué crees?

No soy una cría. ¿Tengo que mostrar a la vieja canosa que llevo acurrucada bajo la piel? Las sombras discuten en voz baja. No consigo reconocerlas. Una es de mujer, casi de niña, y en tono y dicción decididos se dirige al hombre.

—Bueno, y ¿qué hacemos?

—Pues ya me dirás tú.

Las sombras se alejan. Abro los ojos enrojecidos.

La araña ha cenado. Le han quedado algunas moscas en la telaraña. Si me arrastrara hasta ella, las alcanzara y me las tragara, reforzaría mi coraza desde dentro. Me muevo y lanzo un gemido. Mi cuerpo se rinde, el cerebro manda pocas señales de aliento. La cabeza ahogada se oscurece, se vacía... *molinero, molinero, si pasas por el molino...*

El repiqueteo del molino de agua es el último ritmo que resuena en mis oídos, cuando mi cuerpo cubierto de harina se hunde en el agua fría de la acequia.

Me despierto con la esperanza reconfortante de que todo lo malo se haya acabado. Pronto voy a abrazar a los míos. Alrededor de la mesa redonda, donde una cara extraña no encontraría una silla vacía. Comeremos en platos níveos de porcelana con flores, mamá me dirá repetidamente que no me encorve y me siente derecha, Adolf pondrá muecas, Rozálie le dará un coscorrón y en el último momento llegará papá cansado de trabajar, disolverá la mirada acusadora de mamá con un leve beso de disculpa y empezará a hablar de otra novedad técnica que mejorará la hacienda, de una destilería, una almidonería, unos talleres nuevos. Estaremos sentados alrededor de nuestra mesa, la tabla ovalada se encogerá hasta que nos roremos con los hombros. Para que nadie quepa entre nosotros y no se mezcle, no nos separe. Al fin todo se iluminará retrospectivamente.

Papá se enfadaría conmigo. No entendía que uno llorara por el tiempo perdido. Nunca dijo: «Si volvieran aquellos tiempos, dónde están...». Más bien se enojaba por no haber hecho las cosas mejor. Pero llorar, eso no. Nada de nostalgia.

¿Por qué me dejaron con vida? ¿Por qué sigue corriendo el tiempo en la Tierra? ¿Por qué se alternan la luz y la oscuridad, por qué se deslizan sobre mí los rayos curiosos del sol? ¿Por qué no me llama a su lado el de arriba o el de abajo? ¿Por qué

ninguno de los dos me libera?

Mierda.

Estar despierta se parece a un lánguido ensueño. Duele. Huyo hacia el sueño y desgarré telarañas, pelusas de telarañas viejas, añejas, revueltas, con las que está entretejido mi cerebro. Llenan mi cabeza repleta, como una bolsa de desperdicios. En cuanto me despierto, tras las cuencas de mis ojos arranca una orquesta de instrumentos de percusión.

Mi cabeza se hincha. Es una enorme bola hormigueante. Debería estar en un frasco en uno de esos institutos de medicina científica, una cabeza monstruosa y un cuerpo infantil. Me gustaría estar delante cuando abran el frasco e investiguen.

Quizás haya nacido para eso.

Si quisiera rascarme detrás de la oreja o deslizar una brizna de paja punzante bajo la barbilla, tendría que abrir los brazos y usar un largo palo de escoba. Y aun así no llegaría.

Un monstruo crucificado en la paja. Entre arañas.

La cabeza me va a estallar con un ritmo atronador de tambores, mi cerebro está envuelto en un montón de telarañas. Cuando las desgarré todas desenredaré mi propia vida.

Sobre todo concentrarse. Reconocer cuándo estoy despierta, cuándo navego hasta la otra orilla. Porque muy a menudo los sueños se mezclan angustiosamente. Se salen de sus límites. Sueños terribles.

Para demostrar que vivo.

## UN HUEVO PODRIDO TIRITANTE

—Anda, traga de una vez.

Pero no tengo nada que tragar; el aire de Puklice es mi pan. Siento un suave alivio en los labios. Los abro un poco más, me asfixio en esta fría delicia, trago apresuradamente y me atraganto con el agua, que me corretea en churretes grises por la barbilla y el cuello, y me hace cosquillas tras las orejas. Abro mis ojos en dos anchas rendijas. Observo a mi visitante por una mirilla tras una puerta cerrada.

La joven Mujer está de rodillas. Con una garrafa. Inclina la descascarillada vasija de esmalte azul oscuro y echa agua en la abertura de mis labios. Arrastra hacia mis entrañas todas esas palabras no pronunciadas durante los últimos años, días, horas. Ha dado la vuelta a mi cuerpo inmóvil. Bajo mi cabeza ha apilado el heno. Ha tenido que subir por la escalera y lanzar desde el henar una brazada de heno oloroso. El aire está caliente. El heno y la paja arden con facilidad, basta que el grano empiece a fermentar. Si eso ocurriera, no quedaría de mí ni un hueso para los perros.

No sé por qué lo hace. Pero sé de *allí* que no hay que buscar los motivos de esas acciones que valen por una vida. Esas acciones no se olvidan. Esas acciones se pagan calladamente. ¿Cuándo y cómo le pagaré mi deuda a Rozálie? Estuvimos desnudas horas y horas bajo la lluvia. Nos sacaron fuera; esa vez buscaban personas con cicatrices de alguna operación. Yo tengo una cicatriz muy fea debajo del ombligo. Rozálie estaba de pie delante de mí. El oficial de las SS la miraba; algún instinto ancestral atraía su atención, y la miraba sólo a ella. La selección se llevó a cabo tres veces, tres veces estuvo Rozálie desnuda delante de mi cicatriz. Bueno, cuatro. La primera vez que mintió estaba vestida. Cuando en la rampa dijo en voz alta que yo tenía dieciséis años y que podía trabajar.

La Mujer saca del bolsillo un trapo de cuadros, desenvuelve una rebanada de pan, la moja en agua e introduce la parte húmeda en mi boca. Luego se seca las manos con el trapo blanco y rojo. Me dice varias veces: «*Tienes que tragar*», en tono de urgencia. Cuando el tercer bocado me atraviesa el dolorido esófago, enfoco su silueta.

No me sorprende que se vuelva. Me sorprende que aguante la respiración con tanto empeño cuando se inclina sobre mí. En cuanto se endereza vuelve la cabeza rápidamente, toma una profunda bocanada de aire no contaminado, aprieta los labios, se acerca. Entonces, como un buceador que asciende hacia la superficie sin equipo de buceo, se aleja de sus tesoros submarinos para salir y respirar el oxígeno necesario.

Después lo comprendo. Mi olor. No a excrementos, no tengo nada que expulsar. El olor de mi cuerpo, ese olor que conozco tan bien de *allí*. El olor a amoníaco de los cuerpos hambrientos, en los que ya no queda nada: lo que más sobrevive es lo más dañino. El mal tiene resistencia y largas raíces. Soy un vertedero de huevos podridos.

La Mujer se acerca a escondidas por la noche. Me alimenta en silencio. Enseguida consigo tragar sola. Ella se queda de pie y mira a la lejanía con las manos cruzadas sobre su vientre abultado. A veces acaricia tiernamente esa protuberancia de su cuerpo, como si la quisiera limpiar. Acaricia a su hijo.

Me da instrucciones con indiferencia. Su cara no muestra ninguna expresión. Yo tampoco le enseño a la anciana que llevo dentro. Hay un rastro de miedo en las instrucciones que me da, lo que la hace tartamudear cómicamente.

—De e-esto ni una pa-palabra; chitón, ¿te coscas? Nunca. Y menos con Sto-Stolař.

Me gustaría preguntarle por qué vive en nuestra casa y por qué no puedo vivir yo en ella. Espero el momento propicio. No quiero asustar a mi proveedora de pan, no quiero perder mi preciosa ración de pan y agua. Gracias a ella estoy sentada, envuelta

en heno, apoyada en una viga de madera. No cuento el tiempo en minutos ni horas, sino en acontecimientos. Espero hasta poder tenerme en pie. Hasta que me sostengan mi patas de araña. Y después soltaré mis pa-palabras y ve-veremos lo que di-dice.

La reconozco por las pisadas, por sus pasos balanceantes. Ante un ruido lejano, cualquier ruido, adopto mi postura de pez muerto. Como cuando me tiraron aquí. La cautela me ha venido bien. Soy lista, papá.

El sonido de unos pesados pasos. Voces de hombre. Una conversación animada. Estoy boca abajo. Cierro los ojos. Aprieto los dientes. Las palabras de Stolař y la risa ruidosa del barbero Klein se acercan. La misma risa forzada con la que recibía a papá con admiración y reverencia en la oficina. Con la que entraba fascinado en nuestro ancho cuarto de baño alicatado a ondularle el pelo a Rozálie. «La señorita es una auténtica estrella de cine, una Mary Pickford. Ahora añadimos una onda a la izquierda para que la cabeza quede redondeada.» Entraba en el espacioso cuarto de baño, le recogía el pelo a mamá, que cantaba arias de operetas; su voz resonaba en los azulejos brillantes y él iba de aquí para allá. «Una maravilla, madam. Ahora tenga cuidado y no respire. Pondremos una horquilla, madam, para que no se me deshaga el peinado».

Según termina de reírse me toca con la punta del zapato. Escupe como un campeón.

—Apesta, pero cómo resiste la condenada.

—Pues sí que aguanta, joder.

—¿Qué hacemos con ella?

—Esperar.

—No podemos esperar hasta el Juicio Final. Mira que si alguien se presenta y le da por hacer preguntas...

—Esta noche le damos finiquito.

—Pero tenemos reunión; esto estará a rebosar.

—Aquí no entra nadie.

—Nunca se sabe.

—Bueno, pues mañana por la noche.

## NUECES MACHACADAS

Algo me agarra dolorosamente de los hombros delgados como si fuesen de goma, algo con garras afiladas. Es de noche. Abro como puedo los ojos inflamados. No he oído los pasos, no me he vuelto a tiempo. Estoy tumbada de espaldas como un escarabajo inmóvil e indefenso. Una presa fácil. Mi cabeza doliente se infla hasta tener unos cuantos metros. Ahora la pisarán, las cáscaras de las nueces machacadas

van a crujir.

—Levanta.

Es la Mujer embarazada. Respiro aliviada.

—Rá-rápido. Vamos, hombre, levántate, caray.

Me suelta los hombros. La Mujer tira de mis brazos como palos, me aprieta los dedos. Se me cae la cabeza, demasiado pesada para desprenderse del suelo. La mollera se me inclina, las toneladas de peso me rompen el cuello.

—No puedo.

—No me ve-vengas con mi-milongas.

Me atrae hacia ella, me sacude los brazos con enfado, como dos rápidos serruchos serrando unos troncos invisibles. Me zarandea el cuerpo.

—Tienes que largarte, si no te van a matar. Y a mí ta-también.

No consigo explicar que llevo una bola atada al cuello, que no puedo pasar por la puerta. Una puerta que la Mujer ha dejado entreabierta, sin el tintineo de la fatídica cadena. Una puerta que tiene una cerradura como las que se hacían en la cerrajería de mi padre. Una cerradura con la inicial de la familia, una L rodeada por una hoja de laurel. Una cerradura para la prisión de la hija con una cabeza monstruosa. En el aire caliente de la tarde, en vez de asistir a la clase de religión, yo observaba las alas brillantes de las libélulas y me bañaba en el lago, cosa que mamá nos había prohibido terminantemente. Papá después nos echaba la bronca con una severidad no muy convincente. «La dejaremos un día encerrada, para que estudie y haga examen de conciencia. Después se calmará».

Estoy encerrada. Examino mi conciencia, me calmo. Sólo que esta vez no sé por qué tengo que examinar mi conciencia. ¿Porque existo?

—De verdad, no puedo. Ahora no.

—Pues va a ser que sí.

La Mujer jadea, tiene la mirada torva. Con enfado tira repentinamente de mis brazos como cuerdas. Se sujeta el vientre tenazmente, con más tenacidad que otras veces. La noche de verano llega desde el lago y las praderas con un concierto de ranas y grillos.

—Le-levanta, te digo, o te me-meto una.

Tira desesperadamente de los hilillos de mis brazos, me zarandea, me levanta sobre mis torpes piernas, pone en pie a una marioneta desmañada. Al final me atrae con dos palabras.

—Por favor, levántate ya, ni-niña idiota. Ve-venga.

«Por favor.» Esas palabras son un sortilegio olvidado. Un fascinado levantador de pesos alza mi cuerpo con cabeza de globo. Me balanceo sobre dos palos huecos, temblorosos palillos. Si se rompieran se podría alimentar a una familia china sentada con las manos vacías ante un cuenco de arroz. Me tambaleo y miro asombrada las



telarañas entre las vigas, me balanceo y mantengo el equilibrio para que la cabeza no se me caiga hacia atrás, para no derrumbarme yo bajo su peso, para no corretear luego por el pajar con estas piernecitas y este cuerpecillo desvalido. Una pelota monstruosa con extremidades que detendría su rodar con los dedos de los pies en el techo. Yo no me habría puesto en pie. Sola, jamás.

La Mujer me aprieta la mano, tira de mí hacia fuera. Firme, feroz, impersonalmente. Con la otra mano se sujeta el vientre, toma fuerzas de él y a su vez lo protege. Atravesamos la puerta. Contengo la respiración. Espero un golpe doloroso. Mi cráneo encajado, enmarcado por unos pinchos. La cabeza no podrá pasar por ese angosto espacio.

Entonces ocurre un milagro.

Pasamos. La Mujer cierra la cerradura con la L en forma de laurel y echa la cadena con cuidado.

—¿Adónde vamos?

—Chsst, basta ya de tonterías.

—Entonces...

—Chsst. ¡Que te ca-calles!

—Entonces ¿ahora puedo esconderme en la casa?

A la Mujer se le cae la larga llave. Se inclina por ella con dificultad y engancha con el índice el aro de metal.

—¡Cá-cállate, mi-mierda!

—Entonces ¿adónde vamos?

Se mete la llave en el bolsillo del delantal y se alisa la tela hacia los costados sin mirarme.

—Al huerto de ma-manzanos y luego a la carretera. Pasado mañana sale un grupo del campo de concentración. Tú te largas y aquí todo se-seguirá como si nada.

## ETIQUETAS ENSALIVADAS

Todo se nubla ante mis ojos.

—Yo vivo aquí. Ésta es mi casa.

Repito tercamente: «*Ésta es mi casa, ésta es mi casa, ésta es mi casa...*». Hasta que una palma me cierra la boca y aprieta la carne de mis mejillas caídas.

—¡Mira que eres tonta! No pillas na-nada. Da gracias de estar vi-viva. Vamos ya, tienes que esconderte.

—Yo no me muevo de aquí. No he hecho nada.

—Eres alemana.

Me suelta las mejillas. Con el delantal se limpia la mano, que tiene saliva de mi lengua.

—No lo soy. Tengo nacionalidad checoslovaca. Soy...

—Alemana.

—Bueno, y qué. Soy una alemana checa.

—¿Y eso qué más da? Eres checa, pero también eres alemana.

La odio, odio a esa barriguda listilla y tartaja. Me hago cosquillas en los pies y despierto a esa señora de pelo gris que tengo dentro de mí, y ella habla por mi boca. Le gusta hablar.

—Mire, yo he vuelto de *allí*, donde no hacían más que decirme que soy judía. Y yo no sabía que era judía, nadie me lo había dicho hasta poco antes de que se nos llevaran... ¿Con qué me van a salir mañana? Tal vez con que soy algo de lo que no tengo ni idea. ¿De qué me voy a enterar la próxima vez, qué etiqueta voy a tener que llevar? Tengo la frente ancha como una pista de aterrizaje, ahí se puede pegar cualquier cosa, grabar cualquier marca. Pero de aquí no me muevo. Ésta es mi casa.

La abuela lo ha dicho muy bien. Puede volver a su refugio y dormir.

—Cierra el pi-pico, mocosa desagradecida. A los Lauschmann se lo han confiscado todo, ¿lo pillas? Os habéis quedado sin nada, no tenéis ni las migajas, como tós los traidores. Y hasta han escrito de vosotros en los periódicos. Mueve el culo, joder.

Jadea. La voz susurrante se abre paso entre las otras. Mi balón se hincha, una sandía que ha crecido demasiado y sangra en latidos. Cada vez hay más telarañas. Cuántas he rasgado ya, cuántas se han amontonado de nuevo. La araña traidora es incansable, teje, teje, teje. Se detendrá cuando enloquezca del todo.

Lo principal es resistir, no desmoronarse, no gritar. Empiezo desde el principio, como con un niño que no sabe; la abuela que llevo dentro no tiene que dormirse.

—Me llevaron a un campo de concentración. Los nazis. Mataron a papá, a mamá, a Rozálie. Los nazis. Además, por qué me justifico... Ésta es mi casa y aquí me quedo.

Me pongo en cuclillas. Apoyo los codos en las rodillas y la barbilla en las manos.

—Vaya con el pollito desplumao, qué pronto ha espabilao. Para nosotros eres alemana y sanseacabó. Tenemos testigos.

—¿Testigos de qué? Todo el pueblo me conoce, todos aquí saben bien quién era mi padre. Además ¿quién es usted? Yo tengo testigos, testigos de las trece primaveras que he vivido aquí. Y también testigos de la época en la que vivía el abuelo y el bisabuelo y... Dábamos trabajo a la mayoría de la gente de por aquí. Pronto se arrepentirán de haberme puesto a limpiar estiércol. Pregúntele a la señora Drbavá, la matrona. Ella me ayudó a nacer, y a Adolf y a Rozálie; el doctor llegaba siempre tarde. Aunque mamá se las habría arreglado sola. Había hecho un curso de enfermería, leía revistas especializadas. Ella misma nos curaba. Llame a Ladislav Stolař. Él me conoce desde pequeña. Deben de haberle contado mentiras sobre mí y se ha confundido. No me dejan ir a verle.

La Mujer se inclina y me clava las uñas con fuerza en el puño.

—Espabila ya.

—Me quedo aquí.

—Eres tonta de remate. El testigo principal contra tu familia es Ladislav. Dice que en vuestra casa hablabais en alemán, y todos los que hablaban en alemán son culpables, me lo vas a decir a mí. Y ¿quién te crees que repartió vuestras cosas? Pues Ladislav.

Me clava las uñas aún más fuerte. Me quejo de dolor.

—¿Cómo lo sabe?

—Stolař es mi hermano, chiquilla.

Me hace reír que me llame chiquilla. No es mucho mayor que yo. Pero tampoco me atrevería a tutearla. Ella es la que manda. Y yo arrastro dentro a la abuela. Ella reconoce cuando la regordeta miente.

—¿Así que su hermano?

—Mi hermano, sí. *Bruder*.

—Pues yo no me acuerdo para nada de usted.

Pierdo el equilibrio y estoy a punto de caer de culo en la hierba. Ella no me suelta la mano. Bruja.

—Nos hemos mudao hace poco. Mi hermano volvió del campo y nos escribió. Que po-podíamos quedarnos en una ca-casa nueva, con un cuarto sólo p'a nosotros, nada menos. Y ahora cierra el pico. O te dejo tirá.

—¿Y por qué no vamos a verle?

—¿A quién?

—A Ladislav Stolař. Es su hermano, ¿no?

—Él no sabe ná de todo esto.

—Pues se lo explica.

Me salpica de saliva en la cara al hablar y me clava las uñas en la muñeca. La piel tirante aguanta.

—Vaya, la mocosa quiere ir a ver a Ladis. El que la liaría parda si alguien se acercara a tu lao. A Ladis se la traes al paio. ¿Quieres hablar con el que se afanaba por saber cuánto tardabas en morirte de hambre? Sí, tú, sanguijuela, tú, rata apestosa, pollo resudao.

—Usted es su hermana... pero no podemos ir a verle. Entonces, ¿por qué lo hace? ¿Por qué me engorda como a una oca?

Retira las uñas de mi muñeca, dejándome tatuado un adorno rojo de cinco puntas. Se levanta asustada. Con las dos manos se coge la tripa, envuelve su protuberancia con ellas.

—Dios no me perdonaría ya nada más. Bastante me he cargao ya a la espalda. O me obedeces o...

En mi cerebro guardo todo lo que la Mujer me ha soltado a ladridos siseantes: ropa sucia y sin planchar. En la mano tengo una cenefa de cinco medias lunas.

¿Somos aliadas o no? ¿Puedo creerla o no? ¿Espera una buena recompensa de la hija del administrador? Abuela, aconséjame.

La cabeza me crece hasta la altura de un nogal medio podrido. Su sombra alcanza el pórtico de nuestra mansión y la balaustrada. La mollera me crece hasta las nubes adivinadas, para recorrer con sus ojos agrandados y achinados el oscurecido paisaje, en el que crecí y que ahora me rechaza. El cuello se estira y se hace más delgado. Un faro gigantesco asciende hacia el cielo en una fina cuerda. Mi calabaza oculta la luna y las estrellas, el mundo se oscurece aún más. Conozco todas las caras aquí. Y no entiendo a nadie.

Pronto tendrán que rendirme cuentas.

Regreso en picado hasta el nivel de la respiración de la Mujer.

—Me esconderé en el pajar, en una caja bajo el rastrojo. No temo la oscuridad, sé guardar silencio y ser obediente. O en el sótano. Esperaré allí a mi hermano. Adolf sabrá qué hacer y todo se aclarará.

La mujer no contesta. Guarda un profundo, largo y tenaz silencio. Ante mis ojos pasa de nuevo la imagen del cucharón lleno. Justo sobre el plato, en un movimiento congelado.

Ha llegado el momento del golpe definitivo.

—No me ha dicho quién vive ahora en mi casa. Ni por qué estaba usted en nuestro comedor.

Calla. Como si se le hubieran acabado las palabras. Calla.

Después me golpea el pecho con una fuerza inusitada, tan fuerte que resuena. Me arroja a la hierba, me lanza sobre un costado contra el nogal. Estoy en el suelo, que despide el calor absorbido durante el día. Alrededor del nogal medio muerto hay un charco de luz amarilla. La Mujer me coge de la coronilla y me aprieta la cabeza contra el tronco rugoso. Las grietas de la corteza se me clavan en la cara y me laceran la nariz.

## ORACIÓN

Escucho una voz de hombre y veo su silueta bañada en la luz.

—¡María! Marieta, ¿me oyes? ¿Ánde andas? Vente p'a la cama.

—He ido a la cuadra a echarle un ojo al ganao. A ver si tenía agua. Hace un calor que te mueres.

El hombre se inclina hacia la Mujer. Ella pega un salto hacia el árbol de al lado, un manzano. Se apoya sobre el tronco retorcido y vomita de forma ruidosa y desagradable. El hombre se detiene, y en el tono de su voz se mezclan el asco y la turbación.

—De verdad, María, te falta un tornillo. Estar por ahí de noche, en este estao. Vamos a casa. Ha venido Ladislav a buscarte. Tenemos que andarnos con cuidao;

¿qué necesidad hay de salir?

Al marcharse, el hombre absorbe la luz de modo que la silueta iluminada se desvanece gradualmente.

La Mujer se detiene y finge vomitar de nuevo, me aparta del tronco del nogal, me deja la marca de su suela, me arrastra tras ella con un tironeo impaciente. De un árbol a otro. Se detiene un instante para escuchar con atención. Y continúa hasta el siguiente tronco, como un esquiador deslizándose en medio de una ventisca entre las balizas hasta el siguiente punto de apoyo. Me agarro a los troncos nudosos que plantaron mi abuelo y mi padre. Toco con la frente los troncos de los manzanos, que dan reinetas doradas y rojas, y saco fuerza de ellos.

Como la Mujer la saca de su hijo.

La loca de la barriga me arrastra por el huerto hasta la parte de atrás, hasta la tumba de piedra de los animales. Bajo tres grandes losas hay escondida una bolsa militar con una hebilla metálica, parecida a las que tenía en los zapatos antes de que se me rompieran trabajando en la cuadra, hasta que una de ellas se transformara en el relleno punzante de un rollito de comida para los cerdos, un relleno que se clava en el paladar.

La mujer me pasa la cinta de la bolsa por encima del abultado cráneo. ¿Cómo ha conseguido alargar la cinta de la bandolera de tela verde oscuro hasta tener varios kilómetros y pasarla por mi cabeza monstruosa? No pregunto. De todas formas, ella no lo entendería.

—Aquí tienes *butrbrót*<sup>[3]</sup>. Y los do-documentos que te quitaron. Ahora lárgate. Y no vuelvas más.

La mujer me empuja, me da golpes como una loca, me echa como a un despojo peligroso.

—Corre, ¿me oyes? Corre. Por favor, lárgate.

Vuelve a usar ese hechizo, me hipnotiza de nuevo con esas dos palabras, un hechizo escupido al centro de mi frente. Mis piernas se separan solas. Miro alrededor.

—Todo se va a explicar, ya verá.

Ahora es ella la que necesita tranquilizarse.

—Voy a volver. Y quizá la ayude a cuidar del pequeño.

La mujer se derrumba en un extraño calambre. Se echa a llorar de rodillas, con las manos entrelazadas sobre el cuerpo de esa vida que se adivina, y susurra, susurra para sí.

—Por favor, cállate, cierra el pico y vete, por favor. Y no vuelvas. Nunca.

Repite una oración infinita, un encantamiento para alejar a los malos espíritus. La orden dada por la voz desesperada de la Mujer silba como el viento a través de mi cabeza, de mi dirigible de papel, coreada por unos labios infantiles invisibles.

Obedezco. No tengo voluntad. Me queda sólo una mollera dolorida. Huyo adonde

pertenezco. Al campo de donde me llevarán a otro. Otra selección, otro convoy. Vine de *allí* y *allí* voy otra vez. Todo se repite, todo se repetirá. Todo eso para lo que no existen palabras. Corro derecha hacia allí y la bolsa me golpea el costado dolorosamente.

La mujer me la ha atado al cuerpo con la hebilla.

## PICOTEOS

Voy dando tumbos por la parte alta del pueblo, evitando las tumbas mudas del cementerio judío. Nunca antes había imaginado que su mundo era también el mío. Precisamente mi padre convirtió la antigua sinagoga, que ya no se usaba para el culto, en almacén. Y en un granero.

No pienses. No pienses y corre, si no, te va a estallar la cabeza. No pienso, no pienso y galopo a través de la noche veraniega.

Un árbol talado con una copa crecida desmesuradamente se cae de agotamiento, echa las tripas. Me adormezco poco a poco, mientras mi corazón desbocado se calma. Bajo un gran abeto.

Amanece.

Enardecidos, los pájaros pían para mí en lo alto; desde el cielo picotean mi cabeza hinchada. Siento el pinchazo de miles de agujas afiladas; la superficie de mi cabeza está cubierta de semillas de amapola, en vez de raíces capilares; los mensajeros alados no pueden sino picotearlas. La última advertencia, el último aviso de esa embarazada Cenicienta de Puklice: no debo perder el tren. Tengo que transportar la carga y entregarla a tiempo, como la llevé el 14 de mayo de 1942 a Třebíč, cuando dejé con alivio en el suelo mi maleta cuidadosamente preparada y me froté la marca rojiza del asa en la mano derecha.

Se desplomó sobre el suelo.

Cuando Rozálie y yo nos sentamos en ella, se desplomó doliente y nosotras caímos de espaldas. Nos reímos bajo la mirada nerviosa de mamá. De alivio. Porque la peor bufonada ya la habíamos pasado, así que a partir de entonces sólo nos dejaríamos llevar.

Se desplomó sobre el suelo.

Sonrío. Todo comienza siempre de manera imperceptible, taimadamente. Semanas y meses de pequeñas prohibiciones. Restricciones. Y al final el desplome de la maleta. Los nombres de Adolf y Rozálie fueron tachados de la lista de estudiantes del instituto, alguien denunció hasta las clases privadas. Sin permiso, no podíamos ni movernos libremente. Y después el desplome de la maleta.

Las aves invitan a sus polluelos a picotear las semillas de los lugares adonde ellas

no llegan; siento un hormigueo tras las orejas.

Después de llegar a Terezin, Rozálie y yo ya no nos reíamos, sólo mirábamos alrededor con perplejidad. Para variar, mamá se empezó a carcajear histéricamente. La eligieron como cuidadora de 1260 niños judíos de la ciudad polaca de Bialystok, destinados a un intercambio. Vivió con ellos en un aislamiento total y recuperó la esperanza de que también a nosotros, sus hijos, nos incluyeran en el grupo que iba a recibir mejores alimentos. Nos despiojarían y nos bañarían. El planeado intercambio y la emigración a Palestina hicieron aguas. Los niños fueron llevados en secreto a Auschwitz la noche del 5 de octubre de 1943 y fueron asesinados en las cámaras de gas nada más llegar. Junto con sus cincuenta y tres cuidadoras, entre ellas...

Mamá fue la segunda en llegar a Auschwitz.

Me froto los ojos, la bandada de pájaros chilla, bate las alas, se eleva. El abeto frondoso araña mis mejillas flácidas, con sus agujas punzantes me va empujando. Vale. Tiene que ser así. No voy a resistirme. Vuelvo allá adonde pertenezco.

Mientras me bamboleo hasta el camino y agito la mano como una loca para saludar a un extrañado hombre sin afeitar que lleva un brazalete con letras que me resulta familiar, la Mujer que me ha salvado la vida y a la vez me ha desquiciado tiene las primeras contracciones.

Unas cuantas horas más tarde, camino en formación silenciosa cubierta por el polvo, una formación cuyas gargantas se han secado. No tengo calor. El baldaquín de mis mechones de pelo me da sombra, una sombra fresca, cuyas ventajas son sólo para mí.

Mientras en el campo de trabajo me ponen una nueva marca de exclusión, esta vez una banda blanca, la Mujer deambula inclinada por el dormitorio de mis padres y gime en intervalos regulares.

Mientras comprueban esos documentos desgastados que me consiguió en Praga la tía Ottla, la Mujer con la respiración jadeante sufre una nueva e inesperada oleada de dolor.

Mientras me indican que me desvista y una recluta checa que lleva un uniforme extrañamente conjuntado manosea cada centímetro de mi sucia piel, la Mujer le grita al hombre atontado, que mastica mecánicamente pan con un trozo de carne ahumada, que se largue a por el doctor o la matrona Drbavá.

Mientras me asignan una litera y me instruyen para el trabajo, la Mujer se agarra como un ciego al cabecero de la espaciosa cama. Bañada en sudor.

Mientras avanzo al sol por el campo de cereales y ato el trigo en gavillas y tiemblo de debilidad después de varias horas bajo el líquido brillo, la señora Drbavá llega en ayuda de la Mujer con su hija llena de rizos y curiosidad. Ambas lucen pañuelos de flores sobre la frente. La matrona, con el rostro curtido por el sol como un indio y la piel oscura surcada por profundas arrugas, le susurra algo a la Mujer con

decisión, le arranca al hombre el pan con embutido, lo manda a por agua caliente, toma el mando. El hombre se traga humildemente su protesta con el último bocado.

Mientras sobrepaso la figura desmayada de un viejo sobre el que se inclina asustada una chica a la que apartan con un látigo de nudos, la Mujer está tumbada sobre la cama de roble de mis padres con las rodillas encogidas y las piernas abiertas. Respira entrecortadamente y con jadeos.

Mientras siento que la sombra fresca desaparece, que la lanza solar abrasadora va rasgando mi escudo protector, mi baldaquín, y que éste se encoge y desciende sobre mi cuerpo como un globo desinflado, como un paracaídas en el que me enredo y que me inmoviliza, la Mujer apoya la barbilla contra su pecho cubierto de sudor, clava los dedos en sus muslos blancos, y entre las piernas se le abre e inflama un orificio misterioso.

Mientras pierdo el conocimiento, mientras me desplomo sobre los rastros frescos, con golpes amortiguados por el envoltorio de mi cabeza que se encoge, a la Mujer se le desliza entre las piernas una cabeza en miniatura seguida del resto del cuerpo.

Una mollerita de dimensiones normales.

La mujer da a luz a un niño en nuestra casa. Es un niño nacido antes de tiempo. Sacado de su cáscara protectora por la presión agotadora de la Mujer. Y sobrevive gracias a la matrona, la señora Drbavá. También gracias a ella sobreviví yo. Y mi hermana Rozálie. Y mi hermano Adolf.

La mujer rezuma felicidad, deja de tartamudear. Un niño nacido antes de tiempo y sano es para ella una señal de Dios. Todo está perdonado, todo el pasado, borrado. Le pone a su hijo un nombre inusual. Denis. El día de su nacimiento comienza la cuenta atrás de su vida. Todo lo anterior se aleja junto al líquido amniótico y la placenta expulsada.

## EL FAQUIR ETERNO

La punzante alfombra de los huérfanos, el amarillo borroso. Descanso en un jergón de heno, esta vez recién segado. La bola dolorosa de la garganta ha reventado. El ahogo ha desaparecido. La cabeza se ha encogido, la piel tensa se ha convertido en arrugada muselina. Un paracaídas deshinchado que se desliza hasta mis talones. Estoy envuelta en una capa monstruosa.

—*Steh auf, na komm, komm, schnell*<sup>[4]</sup>.

Una mano impaciente me sacude. No adivina que están tocando el vacío. El envoltorio hueco de mi cabeza zumbante.

—*Gehmma, also, mach schnell*<sup>[5]</sup>.

No me dejo engañar. Es una trampa.

Los idiomas se mezclan desparramados dentro de mí como un dragón de dos



cabezas. Crecen conmigo desde mi nacimiento. Fui a un colegio checo, en casa hablaba checo con mamá, alemán con papá, conmigo misma hablo en alemán y en checo. Las palabras se crean solas, se generan a sí mismas desde las sílabas y llegan a mi cerebro. O resbalan por mi lengua y se dispersan por el espacio. Me ofrecen sus servicios sin que se lo pida. Se agarran de la mano para que yo forme las frases, para que formule mis pensamientos.

Esta vez no voy a dejarme engañar.

Es evidente. Un truco transparente, miserable. Un truco típico de Puklice. Según el idioma con el que hable me pongo de un lado o de otro. Con las palabras que expulse de mi boca me pondré de cara a la pared o en el pelotón de los poderosos. Las frases mezcladas con mi saliva me dirigirán desde la rampa de llegada, desde el enorme andén vacío, a la izquierda hacia las cámaras de gas, o a la derecha hacia la esperanza de sobrevivir.

Apago el sonido. No oigo ningún grito, ningún ruido de esa Torre de Babel, ni el restallar del látigo que llega desde un foso cavado bajo la torre. Por el rabillo de un ojo lloroso me fijo en los colores de la paleta: el bermellón lejano de las amapolas y el blanco de las margaritas, el azul saturado de mis ampollas, que se extienden, se hinchan en el horizonte y al cabo de unas horas estallan. Hasta que de ellas gotea un pus líquido. No oigo el cacareo de las lenguas, no lo oigo. Estoy a salvo, puedo trabajar. En el campo de concentración ocurrieron cosas espantosas. Rozálie y yo oíamos los gritos y el llanto de los niños, y los aullidos de los oficiales de las SS. Tuve un ataque de histeria y me puse a berrear. Mi querida Rozálie hizo la única cosa que podía hacer. Me dio dos bofetadas.

—*Steh auf, bitte, komm. Du musst aufstehen*<sup>[6]</sup>.

El sortilegio. *Bitte*. Pongo en pie mis dos palillos lacerados; llevo unas medias rosas caladas completamente nuevas. Me agarro al brazo de la mujer cubierto por una manga de flores azules deslavadas. No le miro a la cara. Imagino que quien me ofrece apoyo es la Virgen María del comedor de Puklice, una extraña salvadora con un cucharón en la mano. Su voz ha envejecido y enronquecido, la mano ha perdido su sedosidad juvenil. La piel ha encogido, una piel arrugada con manchas marrones y salpicada de pecas que le cubre los nudillos y el dorso de la mano. Me arden las mejillas y en mis oídos resuena la voz de Rozálie: «Hasta ahora nos hemos salvado, así que cállate».

Me colocan en una fila de cuerpos, algunos de los cuales bajo los golpes. Caminamos cogidas de la mano. Bajo el sol que se pone, indiferente, y dispara burlón agujas hacia las mejillas quemadas, pinchándolas.

En el patio del campo el pelotón se dispersa, se divide en formaciones parecidas a amebas alrededor de los firmes núcleos de los principales capos.

Tropiezo, pierdo la manga de flores. Me desoriento, no sé adónde ir, avanzo

inconscientemente, buscando el brazo azul. Voy a contracorriente, me empujan. Una mano velluda de hombre, sin estampado en la camisa azul, me saca del montón de cuerpos. Me empuja hasta un barracón cerca de la entrada, donde por la mañana han inspeccionado mi documentación y mi cuerpo, han dado la vuelta a mi bolsa. Y le han arrancado la hebilla con una navaja.

Me obliga a sentarme sobre el suelo de tablas. A quitarme los zapatos con la lengüeta desprendida. A descalzarme ese cómico recuerdo de otras hebillas perdidas. Me obligan a soportar los golpes en las uñas de mis pies.

Ya no me asombro por nada.

—Es una costumbre muy popular entre los checos.

Más tarde, la manga de flores examina mis pies.

—Con los dedos así no podrás huir.

La recluta del curioso uniforme, que tanto ha disfrutado por la mañana con el manoseo de bienvenida, me ha dado una patada con una bota de forma extraña, dos piruetas contra mi pecho y mi estómago. Cuando la bailarina se ha empezado a aburrir de la jugosa tortura, me ha sacado por la puerta y ha anunciado el siguiente baile.

La manga de flores espera en la esquina, junto a la pared mohosa. Me apoya sobre su costado. Cuidadosamente, milímetro a milímetro, arrastro mis pies descalzos, con mis zapatos polvorientos apretados contra el pecho. La manga me lleva hacia el barracón como si fuera una marioneta. Me deja en la litera de arriba y me tumba en el jergón. La pelota vacía rueda hacia un cojín relleno de heno.

Palpo con los ojos las telarañas de los rincones agrisados. Nuevos encajes adornados con puntitos negros titilantes.

Nada tiene que ver conmigo. Ya nada tiene que ver conmigo.

## MERCADO DE PULGAS

La procesión debe ponerse en marcha de madrugada. Un convoy que va más allá de la frontera checa. Una limpieza sistemática en dos direcciones: la primera ola salpicó hacia el este, la de ahora hacia el oeste; me mezo en ambas. Algunos prisioneros hambrientos irradian un alivio incomprensible, a pesar de que por la noche revisan de nuevo sus maletas ceñidas por correas y les arrebatan sus objetos de valor. Sin un asomo de vacilación y con brazos codiciosos hurgan en el contenido de las mochilas y de los bolsillos escondidos en el forro de las chaquetas. Manosean los pechos de las mujeres bajo las blusas y se carcajean, cachean por todas partes los cuerpos de sus víctimas, les arrancan los relojes, los collares. También los pendientes, que no se molestan en soltar antes. Basta un poderoso tirón, un quejido, y los brillos dorados de

los lóbulos se transforman en adornos granates con forma de lágrimas. Las mujeres así ornamentadas sufren una selección más. Las jóvenes y bien parecidas, con gotas rojas alrededor del cuello, son llevadas tras unas cortinas o simplemente derribadas al suelo. Las gotas resbalan hacia sus escotes y las garras masculinas las siguen ansiosas, hacia abajo, hacia abajo, más y más, tantos gemidos perseverantes, tantos golpes. Algunas aúllan. ¿Es que en todos estos años aún no se han acostumbrado a que estas cosas ocurren, a que estas cosas ocurren cada día? Y esto es sólo el dulce comienzo. Pero ¿a quién de ellas le interesaría que yo le describiera con pormenores lo que vendrá a continuación? Que mi querida abuela de pelo gris se vaya a roncar tranquilamente.

Un hombre de unos cuarenta años con una calva incipiente se acerca a mí: la calva le dibuja sendos arcos a cada lado de la frente, dejando en medio un mechón de pelo en punta. Estoy tumbada. Me niego a levantarme. El hombre palpa ávidamente mi cuerpo de niña y el jergón. Da la vuelta a mi bolsa vacía y la agita enérgicamente. Con indiferencia, dejo que observe mis huesos cubiertos de piel. Miro las telarañas del techo; no ha sido fácil encontrarlas, observarlas.

No me sorprende la intensidad cambiante de los sonidos. Los suspiros, los llantos y las risas se han debilitado; la mano invisible del técnico de sonido amortigua gradualmente el ruido. Y sube el volumen de un solo tono. Mi codicioso depredador se queda inmóvil de pronto. Arroja la bolsa hacia mis pies hinchados y amoratados. Salta al suelo.

Un grito modulado por una voz grave de hombre. Sorprendidos, los recolectores de pendientes se repliegan ante él, adoptan una expresión culpable, su odio se intensifica. No tengo fuerzas para concentrarme en el significado de las palabras. Mi mollera se ha encogido pero el dolor intenso que hinchaba ese enorme globo no ha disminuido.

No me sorprende que abajo, en esa mesa burdamente tallada, amontonen joyas. Broches y pendientes. Anillos de boda. Cadenillas con cruces de oro y angelitos regordetes. Relojes de bolsillo de plata. Y montones de billetes arrugados. Algunos sujetos con una goma fina. O atados con un hilo.

Les gusta la precisión y el orden. Lo conozco de *allí*. Todo meticulosamente requisado, clasificado, encasillado. Para que la muerte lo tenga todo listo y no ande a tientas. Lo más extraño es que el montón recién creado se deshace de nuevo, adelgaza, se encoge. Uno tras otro los rehenes llegan a la mesa, hombres y mujeres gimoteantes con costras de sangre en los lóbulos. Incrédulos, palpan esos objetos concretos. Reparten los premios de una tómbola.

Y es esto justamente lo que me asusta, lo que me pone alerta. Esta artimaña no me la conozco. Una novedad. Me apoyo con los codos en el borde de la litera, asomo la cabeza inmóvil.

Por el campo, que hasta hace poco ha sido un campo de trabajo nazi, truena la voz del comandante enfundado en su uniforme. Una voz con sienas canosas, un mentón

alargado y dos profundas hendiduras verticales entre sus hirsutas cejas. La voz de un hombre que no lleva un brazalete con letras.

—He conservado la dignidad de un oficial durante la guerra y no voy a cambiar a última hora. Si alguien vuelve a robar algo más, yo mismo lo mataré de un disparo.

Las señales de aviso no bastan: una parte de los prisioneros salta de alegría. Han perdido todo, pero están vivos. Tienen ganas de llegar a Alemania, en la que tienen tanta fe. *Heim ins Reich*, de vuelta al imperio, estarán entre los suyos. Convencidos de que viajan para ver a sus familiares, para empezar una nueva vida. Lo creen de verdad, esos fascistas. Esos vagabundos se sienten aliviados porque no han venido de *allí*, como yo. Yo sí conozco el verdadero destino de esos desfiles a pie, de esos maratones de la muerte. Yo sé dónde acaban. En una cinta de llegada atada alrededor del gáznate. Pero no se lo voy a contar. Por qué debería advertir a nadie. Todos están en mi contra. Todos. Pues que apuren su cicuta hasta el final.

Me he quedado reseca y dura bajo ese gran abeto que me empujaba punzantemente. Pero los recuerdos de *allí* me acechan, aceleran mi pulso. El miedo me atenaza la garganta.

Agarro la bolsa. Mi única pertenencia, que ahora está vacía. Un envoltorio hueco, pero me tengo que aferrar a algo. Quiero huir. Irme a casa, a Puklice. Me esconderé. Trabajaré duro en la pocilga. Si hace falta serviré a quien sea, hasta que todo se explique. Hasta que regrese Adolf. La Mujer me esconderá en el sótano, igual que la tía Ottla escondió al chico judío de los vecinos. Él no sabía que no era su familia quien lo escondía; todo ese tiempo pensó que no lo querían, que los otros niños eran más buenos, y por eso trataba de portarse como el mejor. Sé cómo portarme bien y obedecer, sé ser buena. Lo principal es resistir, no desmoronarse, no gritar.

Los dedos de los pies hinchados no me entran en los zapatos. Mi pie derecho desnudo roza el suelo lleno de escupitajos. Un carbón incandescente me alcanza el cerebro, me quema por dentro dolorosamente, y sale en un reguero de lágrimas por el rabillo del ojo. No me desmayo. Me caigo de culo, atontada por el dolor.

—*Wo willst du denn hin?*<sup>[7]</sup>

Mis ojos se deslizan despacio hacia arriba. Desde los agrietados zapatos de charol marrón con los tacones desgastados. Desde las pantorrillas con pequeñas venas rojas. Desde la falda azul de volantes alrededor de las anchas caderas. Desde las manos arrugadas y endurecidas con las uñas rotas bajo las que penetra la omnipresente suciedad en forma de líneas negras. Pasando por las mangas azules de flores remendadas hasta las manchas que rodean el cuello, desde donde se inclina una cara de color marrón oscuro. Enmarcada por unos rizos negros, divididos por una raya blanca y recogidos provisionalmente en la parte derecha con una horquilla roñosa. Que seguro que está pegajosa por el cabello grasiento. Espero que no tenga piojos.

—*Wo willst du hin, Gita?*<sup>[8]</sup>

Tiene la piel áspera, los dientes torcidos y los ojos cansados, con los párpados hinchados y caídos. Tiene bolsas bajo los ojos. ¿Con qué las llenará, con qué las inflará?

Me arriesgo.

Finalmente le respondo. Le digo adónde quiero ir.

## HUESECILLOS ROTOS

El checo que habla la manga de flores es realmente difícil. Cada vez que intenta decir algo el cuerpo se le despedaza en el potro de tortura, con cada palabra recordada con esfuerzo se le quiebra otro huesecillo: todo su cuerpo se remueve, gesticula en espasmos, busca las sílabas. Como alguien que ha sufrido una apoplejía.

Le digo que me susurre en alemán. Deja de agitarse. Pero incluso en su lengua materna deja salir las palabras con un disgusto evidente. Tiene grabado en su memoria que, sea cual sea su contenido, el sonido de este idioma se castiga. Para mí las palabras pronunciadas en cualquier idioma no significan nada. Sólo un intento casi siempre inútil de salir de mí misma y mirar el mundo desde fuera. De alinearme.

Esta *frau* sabe quién soy. Su marido trabajó durante algún tiempo para mi padre. En la destilería. Su marido creía ciegamente en los ladridos del gritón con bigote y se peleaba vehementemente con mi padre, con mi padre, que vivía a su manera, sin cambios, ensimismado con su trabajo. Su marido se olió que mi padre era probablemente un judío asimilado. Y lo delató.

Ninguno de los dos sobrevivió. Ambos murieron en lados opuestos de su absurda disputa.

Me deja en un catre. Devuelve a la desagradecida niña al tiovivo, que ya se ha pagado; ese viaje tiene que usarse. Me empuja suavemente, me coloca en el extremo opuesto. Trepa y se tumba a mi lado. Miramos hacia la telaraña, sin verla. Yace inmóvil como un cadáver, con los ásperos dedos entrelazados sobre su vientre. Habla entrecortadamente.

El marido se divorció de ella antes de marcharse al frente. Le molestaba su pasividad ante el problema racial, su estúpida y alocada estrechez de miras, que le impedía apreciar el pensamiento de una gran época. En mayo de 1945 la salvó de ser linchada su primo Albin Hugo Liebisch, un alemán apolítico de los Sudetes. El mismo al que mi padre le había comprado la motocicleta *Čechie* en Kunratice, cerca de Šluknov. Ese monstruo enorme en el que mamá se montó una sola vez, aunque a cambio lamentó durante mucho tiempo la mancha de aceite en su vestido color crema. La manga de flores revive.

—Sí, es él.

El cándido Liebisch, el que en mayo había escrito una conmovedora carta a las autoridades asegurando que se esforzaría en servir con todas sus fuerzas a la economía checoslovaca. En junio nombraron a un nuevo administrador nacional. Era uno de los antiguos empleados de Liebisch.

A comienzos de julio atacaron el pueblo sin venir a cuento. A las cuatro de la mañana. Dijeron que habían sido los partisanos checos, hombres armados. Al hijo de Liebisch le rompieron los dientes con una escopeta. Se quedó tumbado en un charco de sangre y ella no volvió a verlo. A Liebisch sí. Antes de que se lo llevaran lejos, al campo de Rabstejn. Dispararon varias veces junto a cabeza y después le golpearon los brazos con una barra de acero. Luego lo patearon con sus botas de goma. Liebisch tuvo que defenderse de los golpes con las manos hinchadas hasta que los checos decidieron que ya se habían divertido bastante.

Quiero que lo resuma; mis canosas entrañas se revuelven con asco. No siento ningún deseo de oír los detalles.

—Igual que a mí.

—Sí, lo patearon igual que a ti.

## LA METRALLETA

Encontraron a la mujer del vestido azul en un armario de roble con una cenefa tallada. Y la violaron. Con una metralleta.

Tengo unas ganas incontenibles de reírme hasta rebuznar como una burra. La manga de flores calla. La asustan la vergüenza y la culpa que caen sobre ella, que siempre caen sobre las víctimas. Nunca sobre los culpables. Y a mí me entran ganas de reír. ¿Es que ya he saltado el muro del sol, he atravesado la delgada frontera que separa el mundo de los cuerdos del de los locos, me he apoyado en una pared de papel? Una violación con un metal frío que se va calentando con el rozamiento me parece jocosa. No me sorprende, eso no, ya no me sorprende de nada. De nada, aunque no lo entienda. Me asalta el deseo burbujeante de carcajearme, de desternillarme de risa, de palmotearme los muslos. Cuando me escapé de *allí* tuve unas ganas locas de troncharme de risa, hasta casi llorar. Con la lengua, los dientes, los labios, detengo la catarata, contengo la explosión de carcajadas.

Vuelvo la cara hacia la pared.

Esbozo una sonrisa y ante mis ojos flotan imágenes. La *frau* se queda embarazada, se hincha y da a luz a una metralleta, una familia entera de ametralladoras canijas que salen a trompicones de ella como heladas serpientes metálicas. Sólo se deshuelan en nuestras manos y en sus pechos, de los que gotean balas brillantes. Ella podría armarnos con su descendencia, podríamos defendernos con sus berreantes hijitos en las manos, balancearlos y mecerlos, *duérmete niño, duérmete ya*, y después podría alinearme con el grupo de los poderosos. Con una

metralleta al hombro, con un adolescente que cambia la voz, retozón. Y me enfrenaría a ellos con sus característicos ladridos explosivos.

Yo misma ladro de risa. La *frau*, creyendo que lloro, me acaricia el hombro.

Ella acepta su destino con tranquilidad. Pero es que ella puede poner nombre a su culpa. No se opuso a los nazis, siempre se mostró altiva con los checos, se afilió junto a su marido al partido de los Sudetes de Henlein; dice que tenía miedo de la chequización. Se alegró junto a otros fanáticos de la llegada de Hitler al poder, aunque sólo le dio una tibia bienvenida, asegura ahora. Pero ¿y yo? ¿De qué soy culpable? ¿Y si fue ella la que mandó a mi familia al este? ¿Y si fue ella la dama con sombrero que en la plaza de Třebíč nos escupió y nos amenazó? ¿Y si se lo hubiera inventado todo?

Estudio su perfil.

La agitada risa que se alimentaba a sí misma se va apagando.

—Quiero irme a casa. Largarme de aquí. Ése es mi único objetivo.

Las caricias en el hombro cesan. Con la punta de su nariz, una napia bastante grande, roza suavemente la mía. Un casto beso de esquimal. Sus ojos marrones enmarcados por unas bolsas hinchadas miran a los míos, que aún conservan un rescoldo de risa. Hace tiempo que ha olvidado la pregunta a la que yo acabo de responder. Coge las yemas de mis dedos. Estamos aquí tumbadas como una ridícula pareja que se toquetea amorosamente. Estoy abrazando a mi enemigo de ayer.

Tengo el poder de prevenirla y salvarla. Las compuertas se han abierto. Le cuento la peripecia de mi regreso, todas las andanzas de mi peregrinaje desde *allí*, donde me dejé mi piel de niña y me traje puesta otra llena de escupitajos, humillaciones y vergüenza. Con la falsa creencia de que ya había recibido mi ración. Hoy echo de menos ese rato que cada tarde pasaba *allí* con Rozálie.

Voy tropezando con mis propias frases.

La *frau* absorbe mi historia por sus pupilas agrandadas y la mete en las bolsas que tiene debajo de los ojos. La abeja carga sus frágiles patas con polen amarillo. Las bolsas se agrandan. Algún día la hinchada membrana le oscurecerá la visión. Los ojos envueltos en una mazmorra amarilla clasificarán y ordenarán todo lo amontonado con ayuda del cerebro, hasta llegar a la trona tirada en el cobertizo...

La manga de flores oye pero no escucha. No, a mi historia no se le conceden privilegios. No permanece mucho tiempo en los almacenes oculares. Sus ojos fluyen más allá mi rostro. Ninguno de los idiomas del mundo nos ayudaría. El horror ante la naturaleza intransferible de mi experiencia alimenta y confirma otra pregunta impaciente.

—Y ¿por qué no te quedaste con tu hermano en el campo de concentración para familias judías? No vivíais mal, lo he visto en una película.

—¿Qué?

—¿Por qué no te quedaste en Polonia?

Me separo de ella con una oleada de asco. Esa mujer oscura, esa miserable criada cree que el gritón del bigote construyó para mí un acogedor saloncito en un barrio de un campo de concentración. Me desprecia porque he desdeñado el privilegio de una vida satisfecha en un barracón del este. Me desprecia porque soy una desagradecida, una judía llena de odio. Me desprecia. Pero no lo reconoce.

Me callo. Traje una marca ignominiosa de *allí*. Y la imposibilidad de poner un nombre a esa marca.

Y de qué me extraño. Cuando por la noche llegaban a miles hasta la rampa y esperaban en fila, obedientes, a ser seleccionados, y veían el camión con los flacos cuerpos amontonados cuyas extremidades asomaban por los lados, se ponían a aullar de impotencia. Durante unos segundos veían la auténtica realidad de *allí* y lo único que podían hacer era emitir un débil aullido. No podían creerlo, no creían ni a sus propios ojos, sus mentes no estaban preparadas. Marchaban hacia las cámaras de gas con bendita ignorancia.

—Deberías dormir un poco.

El escarabajo desciende con un crujido hasta la litera de abajo. Para que descansemos antes del convoy de madrugada. La cabeza grasienta se asoma una vez más con unos trapos mojados en la mano. Me envuelve los empeines con dos fríos trapos azules de flores, que me enfrían los hinchados y doloridos dedos de los pies.

No ha entendido nada. El convoy es para ella una liberación, a pesar de que no tiene ningún pariente ni conocido en Alemania. Desaparecerá y nadie la echará en falta. Nadie investigará su amargo final.

Alisa el trapo azul. Hace calor. Y a pesar de ello se le pone la carne de gallina.

El dolor de cabeza se había dormido. Ahora regresa sabiamente. Se coloca en la línea de salida. Realiza ejercicios de calentamiento antes de la carrera de relevos que va a emprender con sus amigos; las pistas por donde corren retumban en las sienes, hacen crecer bultos en el envoltorio de la cabeza. Entre los choques se oye el familiar pitido del árbitro. Intento descifrarlo. Un trueno de sonidos graves. Es la voz del comandante del campo.

La ínfima esperanza de no tener que irme por la mañana. Una esperanza hacia la que me arrastro con unos trapos húmedos en los pies.

## UN ARMONIOSO SOLO

De nuevo acometo en palabras mi corta vida, que dura ya mil años. No tengo nada que perder. La procesión saldrá en unas horas. Formaré parte de esa masa de personas en la que nadie distingue ningún rostro. Formaré parte de una masa en la que Gita Lauschmannová no significará nada. Me transformaré en un número; tengo el otro antebrazo virgen, intacto. ¿Hasta dónde podré llegar con mis pies doloridos?



Quiero arrastrarme hasta el barracón que hay cerca de la entrada. Dejo tras de mí jirones azules; los restos de las mangas desgarradas se van desanudando. Uno se ha enganchado en un clavo en la esquina de la letrina. Agito inútilmente mi pie atrapado, reculo a cuatro patas, busco las flores. Alguien ha pisado el último nomeolvides. Una pesada bota.

Una pareja de bailarines me ha cazado.

Da vueltas a mi alrededor con su dulce *pas de deux*. El hombre me agarra y yo grito. Me acuerdo muy bien de los pasos y de los bailes que ejecutaron *allí* con la madre del chico, de ese chico que la tía Ottla escondió sin misericordia en el sótano. Mientras el asustado niño permanecía en la ciudad, en cuclillas sobre un montón de carbón, su madre sufría de disentería en el campo. Llegó unos minutos tarde a la fila. La líder del grupo la agarró, le metió la cabeza en una letrina, le echó encima un cubo de agua fría, sacó el revólver y disparó.

Yo grito y el bailarín da vueltas, patea un charlestón en mi vientre, sus manos palmotean mis mejillas. Mis gritos son agudos. Esa música requiere pasos con un ritmo distinto. El bailarín acelera y provocamos un salvaje alboroto. Su pareja mira y mueve las caderas, como una bailarina de puntillas. Yo grito, pero me he quedado muda. Por suerte el profesor de baile no está lejos. El bailarín acomoda el paso al de la solista de moda, *pas de quatre*, y me empujan hasta que acabo a los pies del profesor de baile.

Ese oficial podría haberme disparado como a un perro, podría haberme metido la cabeza en una letrina. No me dispara. Y no se lo permite tampoco a los demás.

Ha aprendido pocas lecciones de los bailes colectivos del tipo del bigote.

Ni siquiera me pregunta maliciosamente: «¿Por qué no te quedaste en el este?». No pregunta, porque lo sabe. Sabe lo que es un campo de exterminio. Sabe que algunas soluciones pueden ser definitivas. Entre mis palabras, que se asemejan a aullidos de animal, mira mis documentos. Se moja regularmente en saliva el dedo de la mano derecha mientras pasa las hojas. Sólo le interesa una cosa. Si todavía tengo algún pariente. Sí, un hermano, exclamo. Mi hermano Adolf sobrevivió, pero no sé dónde está. Y la tía Ottla, una prima de mi madre que vive en Praga. Me recogió cuando regresé de *allí* y estuve viviendo con ella, en Praga. Pero quería volver sola a casa. Le dije que ya le haría llegar noticias.

Los bailarines se balancean fuera, vigilan la plaza, la pista de baile llena de bultos. Soy una solista bajo la protección del profesor de baile. Con la sensación de ser una cabeza de ganado a la que llevan al matadero. La soga se desprende despacio deslizándose por mi cuello, el calambre del estómago remite. El profesor de baile no pregunta nada. Yo sí; soy como un tanque encabritado lleno de preguntas, no puedo

detenerme ahora que he encontrado una lengua común. Un código en el que alguien está dispuesto a escucharme antes de que choque contra la siguiente pared. Sólo se entienden aquellos que con anterioridad se han puesto de acuerdo.

—¿Por qué no puedo quedarme en casa?

Sigue pasando hojas. Hacia adelante y hacia atrás. No sabe qué hacer conmigo. Espanta a una horda de pesadas moscas, como hacía yo en la cuadra, en los mediodías calurosos. A mí no me va a espantar.

—En Puklice creían que nadie de la familia volvería. Se dictó un decreto para nacionalizar la hacienda, la cerrajería, la destilería y la fábrica de almidón.

—Pero mi hermano y yo hemos vuelto... Yo no quiero la destilería ni la fábrica de almidón. Yo quiero mi habitación, mi cama y mis vestidos, mis libros, mis platos de porcelana y... ¿Por qué no puedo quedarme en mi casa?

Me reprimo para no agarrarle el cuello con mis manos y sacudirlo.

—Mira, chiquilla, no es tan fácil. Hay cosas que a tu edad no puedes entender. Para nosotros, los checos, tu padre era un espía alemán. Ha atentado contra el honor nacional checo. Por eso el comité le ha quitado todas sus propiedades, y con derecho.

Chiquilla. Diablos, no soy una chiquilla, soy una vieja envuelta en una piel de niña.

—Pero entonces, ¿por qué para los nazis que lo mataron en Auschwitz papá era un judío, solamente un judío? Yo iba a una escuela checa. Por nacionalidad soy judía, pero soy ciudadana checoslovaca; mire mis papeles. Me los hicieron de nuevo cuando volví de *allí* y me los dieron sin trampa alguna. La tía Ottla los consiguió yendo de aquí para allá, así que...

Así que estoy fuera de juego, no me entero de nada. Cuanto más sé, menos entiendo. Mi intranquilidad crece.

—Mi hermano Adolf vendrá en cualquier momento. Se lo explicará todo mejor que yo. Y entenderá que no pertenezco a ningún campo de recogida. Confié en una... Virgen María... que me dijo que aquí estaba mi sitio... Esa Mujer me mandó venir aquí.

El profesor de baile coge mis documentos, los deja con gesto nervioso sobre la mesa y de nuevo los levanta en el aire y se abanica con ellos. Finalmente se decide.

—Mira, niña, lo único que puedo hacer por ti hasta que se aclare la situación es sacarte de aquí, presentar una reclamación. Y mientras, trataré de contactar con tu tía. ¿Es checa?

—Sí.

—Bien, pues ya veremos.

—Bueno... creo que lo es.

Me tiende mi fajo de documentos y levanta por fin sus ojos turbios de no dormir. Sombreados por un baldaquín hirsuto.

—Yo también soy humano, no creas.

## STRUDEL DE HORMIGAS

No tengo que unirme al reguero matinal de hormigas con sus maletas desvencijadas y sus hatillos mugrientos. Ha cumplido su promesa. Un día Adolf se lo recompensará generosamente. La matanza se pospone, me han quitado la soga, la cuerda se ha deslizado por mis costados. Pero sigo dentro de su círculo mágico. Sólo es cuestión de tiempo que la recojan de nuevo del suelo y aprieten.

Miro un brazo pecoso sin su funda azul. Cierra un maletín negro con las esquinas reforzadas. Un maletín cosido con una puntada regular y gruesa. Me ha apretado la mano durante un momento y se ha perdido en la oscuridad, en dirección al punto de encuentro. He vivido muchos viajes como éste; a la meta sólo llegan a rastras las ruinas solitarias de seres humanos. Para que las pisoteen.

Me escuece una astilla en la yema del dedo corazón. Me la he clavado al agarrarme a la tabla de madera de la litera en la que duermo. No podía apartar la vista de la figura del vestido azul. He seguido su silueta hasta que desapareció para siempre del marco de la ventana enrejada, hasta que se perdió entre bastidores cuando cayó el telón. Me he inclinado tanto como he podido y lo último que he visto ha sido el paso adivinado de su zapato izquierdo. Es extraño que no me haya caído. El zapato se despegó del suelo, se elevó entre el *strudel* andante de hormigas. Los tallos de las flores de su vestido se alargaron y se cubrieron de plumas. El ascenso armonioso de las alas extendidas, un pájaro con una maleta en el pico que se eleva y se pierde entre las nubes. ¡Qué hermoso ha sido!

Con dificultad, meto de nuevo hacia dentro la mitad superior de mi cuerpo. Y me toco la aguja de madera clavada en la carne.

Cuando corríamos llorando hacia mamá porque teníamos una astilla diminuta en la yema del dedo, ella nos contaba una historia. Un cuento o un relato de misterio sobre el conde de Montecristo. Con una aguja nos rompía la piel de alrededor. Y cuando el conde escapaba de su prisión, la astilla de madera resbalaba sola hacia afuera con una leve presión, curiosa por saber quién la había liberado. Mamá nos quitaba las astillas en el salón. En el sofá. Abría el cajón inferior de la cómoda y sacaba un cofre del tesoro ovalado y ricamente bordado, con una tapa corredera y el fondo dividido en decenas de compartimentos. En uno de ellos estaba el alfilerero de mamá con sus afiladas agujas.

La imagen se enturbia, se emborrona, y ahora la aguja está entre los dedos de la Mujer embarazada, que se la da a la manga azul de flores. La punta de la aguja se acerca hacia mi dedo corazón. El azul se desvanece; la manga que rasga la piel sobre la astilla clavada es de color crema. Un corte recto de escalpelo. Como cuando en la matanza abren al cerdo y lo despedazan colgado en el gancho.

La astilla se alarga, crece, le salen anillos, se funde con la carne, se astilla. Una corona de espinas bajo la piel.

Con un gimoteo, bombeo hacia mi cabeza una nueva ración de dolor.

Los barracones vacíos se llenan de carne fresca.

Continúa el baño de sol en la alfombra de tablas, acompañado del zapateo de los bailarines. Igual que los hurtos nocturnos. Pero ahora son aislados y difícilmente predecibles. Ya no hay orgías hurtadoras. Tienen cuidado; temen a su comandante. A mí tampoco me pegan tanto, a excepción de los bailarines solistas. Es la ventaja de los presos antiguos, de los veteranos. Los rostros conocidos que forman parte del colorido de ese mundo a este lado del alambre de pinchos. Yo misma podría golpear tranquilamente a alguien más débil que yo. Me lo tolerarían. Mis privilegios aumentan.

El oficial me convoca. Estoy sentada en la misma silla desvencijada, debajo de una ventana sucia que pese a estar entreabierta no suaviza el calor de la tarde. Estoy sentada con mi bolsa militar vacía. Espero.

No para de hacer llamadas y correr afuera y adentro. Tiene unas medias lunas violetas bajo los ojos, la piel cenicienta y en medio de la frente sus dos rayas, unos surcos tan profundos que en ellos se podrían clavar briznas de paja, cinco en fila, seis, siete; y no se caerían. Pondría tierra en las hendiduras y plantaría en ellas semillas de flores; echarían raíces y crecerían. Esa idea me gusta. Imágenes de lilas y rosas, margaritas y amapolas de tallos cortos. Un colorido unicornio que daría sus paseos llevando su propio jardín, las rosas en flor del oficial...

Garabatea algo en sus papeles.

Espero.

## GOL A PUERTA

Por la ventana entreabierta se cuela un frío mortal. Mi cuerpo tiembla antes de que la cabeza ponga nombre al peligro. Como un rayo me pongo en cuclillas y me arrastro a cuatro patas hasta la pared blanca con restos de sangre. Me hago más y más pequeña, hundiéndome como si me hubiera alcanzado una bala. El revoque de la pared se me adhiere a la falda y a la blusa. Me convierto en un ovillo dolorido en el suelo, junto a la silla. Al oficial no le sorprende, sólo levanta sus cejas hirsutas. Yo susurro.

—Es él, el que me encerró. Ladislav Stolař. El que no quería dejarme entrar en casa.

Ladislav Stolař, con el tiarrón de Poledňák y Klein el barbero, cuyos dedos aún siento acariciando mis bucles infantiles ya crecidos. Está de pie junto a la puerta de entrada, hablando a gritos en tono jovial con un hombre que lleva la imprescindible escopeta además del brazalete.

El oficial se les adelanta. Va a su encuentro a todo correr.

Me encojo. Mi miedo itinerante me atenaza la garganta, se me restriega como un

gato y lame mi piel de gallina. Estoy inquieta, miro por una rendija. Las palabras me llegan a fragmentos, como en un serial de radio mal sintonizado. No tengo que armar su significado, me basta con descifrar el modo en que son pronunciadas.

—... desapareció. Vaya, que hemos pensao que igual está aquí o ha salío en el convoy; nunca se sabe. Somos de la Comisión Judicial del Comité Nacional.

—No sé de nadie que responda a esa descripción.

—¿Podemos ver los registros?

—Y ¿quién decís que es?

—La hija de un colaboracionista alemán; el tipo era el dueño de toda la región.

—Si aparece alguien con ese nombre se lo haremos saber de inmediato.

—No hemos dejao rincón sin registrar. La han visto en varios sitios, pero no la hemos atrapado. Menudo trabajo da esa granuja, de verdad se lo digo. En fin, ¡arriba el trabajo!

Los hombres se alejan de la entrada, dejando tras de sí señales de humo. Tres luciérnagas rojas revoloteando.

El oficial regresa.

Vuelvo despacio hacia la silla con el brillo de las tres luciérnagas ebrias en mis ojos. La agarro con las dos manos bajo mis muslos. Me arde la sesera; está rellena de algodón rojo en el que se agitan millones de fuegucillos ardientes y titilantes. Me agarro al oficial con los ojos desorbitados.

Él también se sienta. Se frota los ojos enrojecidos por la falta de sueño bajo los dos arcos frondosos. Habla con severidad.

—Esperaremos.

Y así me quedo, en esa silla, durante horas. Sin moverme. Sin comida. Con la garganta reseca. Me llega el olor rancio y frío de las patatas. Estoy esperando a que me envuelva la cabeza con un periódico, me la arranque y la arroje a la basura. O que monde la piel de mi cara con un pelador de patatas. Hasta el hueso. Se pasea a mi alrededor, habla por teléfono, grita, corretea, da órdenes, dirige al grupo de bailarines. No quiero moverme. Para no perder su confianza.

La oscuridad es densa. Suena el teléfono. Él levanta el auricular, da una orden.

—Levántate. Nos vamos.

Siento un hormiguelo por todo el cuerpo después de tantas horas de inmovilidad. Hasta mi cabeza hinchada se ha transformado en un tronco rugoso. Millones de hormigas recorren mis muslos hacia mis flacas pantorrillas y ascienden de nuevo.

Me levanto.

Las hormigas remontan mis piernas huecas, bajan hacia las puntas azuladas de mis dedos. El oficial habla en tono desabrido.

—Pase lo que pase, estate callada, ¿me entiendes?

Sé portarme bien, sé estar callada. Me agarra con sus zarpas por las axilas y me saca fuera. Con las botas de hombre desgastadas que me ha prestado dejó dos surcos tras de mí, surcos que se parecen a las arrugas verticales que hay entre sus ojos. Me lanza al asiento trasero de un jeep militar y regresa al barracón.

El eco de unos pesados pasos taconeando sobre la pista de baile embarrada. Los solistas llegan bailando hasta el jeep.

—Otro fiambre. Caen como moscas. Con todas las brutalidades que les hicieron a otros, y ellos no aguantan nada.

—¿Lo han registrado bien? Todavía tiene una bolsa; esos cabrones son muy astutos.

Agunto la respiración, se me acelera pulso. La hábil mano del bailarín rebusca por mi costado, revuelve en la bolsa, palpa anillos invisibles en mis gélidos dedos.

—Nada.

El familiar paso de elefante regresa.

—¿Qué pasa? ¿No tenéis nada que hacer?

—Podemos llevárnosla nosotros antes del amanecer. Con los demás.

—Id a descansar un rato. La llevaré yo; me pilla de camino. Además necesito que me dé un poco el aire.

Se ríen, entienden. Sí, claro, el aire.

—La lanzaré al hoyo junto a los álamos.

—Sí. Este fideo cabrá ahí sin problemas.

El oficial arranca el motor. Atravesamos la puerta de entrada. Voy dando saltos; mi cuerpo es como un trozo de carne al que alguien golpea con una maza desde abajo, soy un filete transparente. Conduce durante un largo rato. A través de la negra oscuridad. No hay donde asentar la vista. No hay ni luna. Ni estrellas. Ni árboles a lo largo de la carretera que pueda alcanzar con mi mano y esa astilla clavada en mi dedo, para acariciar sus troncos y hojas.

Un viaje interminable y mi cuerpo cubierto de hormigas febriles.

El rostro del oficial se aleja, se desenfoca ante mis ojos bajo la tenue luz de los faroles de la estación. Lo veo por última vez en mi vida. Como una imagen que se difumina sobre una superficie acuática en movimiento...

El traqueteo del tren de cercanías se ve amortiguado por un regazo mullido, unos muslos blandos cubiertos por una falda negra, la barriga dentro de una blusa negra con tres botones forrados bajo el cuello.

—Quería volver a casa. Poner todo en orden para que volviera a ser como antes, ¿sabes? Pero no lo conseguí.

Me disculpo ante la tía Otla. Me disculpo por llorar por el tiempo perdido, antes de refugiarme en el bastión seguro de su cuerpo, y finalmente me quedo profundamente dormida.

Con la mano izquierda ella me acaricia la frente mientras mira su rostro reflejado en la ventana del tren. Se mira a sí misma a los ojos y sonrío con amargura.

## Segundo regreso (verano de 2005)

### SUJETAR EL TIEMPO ENTRE LOS DIENTES

La doctora Lauschmannová suelta la pluma, que llega rodando hasta el suelo.

Hace un cuenco con la palma de la mano y se la sujeta con la otra. Se levanta con cuidado y llega al cuarto de baño. En una hoja blanca de un cuaderno azul, una hoja alfombrada parcialmente de letras, se van secando tres gotas de sangre fresca.

Al regresar, se acerca a la ventana y sonrío hacia los cristales. Se baña en sus recuerdos, como si estuvieran ocurriendo aquí y ahora. Las palabras de una mujer de setenta y seis años atrapan las vivencias percibidas por una nerviosa niña de dieciséis.

¿Hay alguna diferencia?

Está desgranando su regreso a Puklice. Ignora los instantes felices: éstos han sido detectados y borrados. Se fija en la astilla que se clavó en su piel, pero olvida la carne sana. Se libra de la astilla describiéndola, mastica las palabras, las escupe en la papelera. Mientras que el pasado lejano es una unidad, el reciente se disgrega y el presente se desmorona completamente. Con los arenosos ladrillos del presente ella sola no puede construir un muro; otros tendrán que hacerlo.

La doctora Lauschmannová se queda mirando por la ventana. En la acera está la señora Klamová, una mujer menuda y ligera que trabaja en el teatro de enfrente. Está despidiéndose de una mujer ridículamente acicalada. La señora Klamová levanta los ojos y se fija en la figura de la ventana; levanta la mano, se saludan.

«Una de mis primeras clientas», rememora la doctora Lauschmannová.

Mira hacia abajo y la inunda una oleada de agradecimiento. Siente la belleza de esta ciudad, llena de estancias desconocidas. En su mente busca sólo la línea que conecta su vida con Puklice, para librarse de ella, pero la vida que vive en esta ciudad es transparente y pura. ¿Acaso no ha sido siempre así? Pero ahora ese velo tan puro ha sido rasgado por una espina prendida en su pensamiento, una espina cuya punta ha envenenado Puklice. La recuerda a menudo y trata en vano de desprenderse de ella. Con la mirada acaricia los edificios de la ciudad vieja, que brillan con un extraño resplandor.

Qué tarde veraniega tan deliciosa, en la que tintinea un tranvía. Abre la ventana de par en par y saca la cortina por el hueco lleno de aire.

La doctora Lauschmannová regresa a sus notas. Una vez más se inclina sobre la mesa de autopsias y rasga el envoltorio de piel de unos sobres. Como si abriera unos genitales femeninos rosados.



Es el año 2005. Sus padres han sido rehabilitados.

Qué mañana veraniega tan bella y espumosa, en la que tintinea delicadamente un tranvía.

Se sienta en un coche de lujo de color verde botella junto a su nieta Barbora y un abogado, con el que la disciplinada estudiante de Derecho hace prácticas en verano. Se balancea en el asiento delantero del ronroneante automóvil que la acerca al fatídico pueblo. Como un fiero depredador venido del espacio.

Sin avisar.

Siguiendo el expreso deseo de la doctora Lauschmannová, aparcan en la antesala del infierno. En un camino polvoriento. Bajo la copa verde y roja de un cerezo. El abogado mira hacia arriba a través de los cristales oscuros de sus gafas de sol para asegurarse de que la cosecha veraniega no va a caer sobre el caro techo de su coche.

Salen de la coraza metálica.

Misteriosas esencias se mezclan con sensuales chispas. El tiempo se detiene y ondea inmóvil sobre el horizonte. El olor de la hierba segada se infiltra en su nariz y a través de todos los poros del cuerpo. Los aromas pesados y tranquilizadores de las flores de los prados penetran hasta la médula, despertando asociaciones y recuerdos que se engarzan unos con otros como los eslabones de una pesada cadena. Una cadena que ata y encarcela a la doctora Lauschmannová para siempre. El frío metal se congela en medio del calor.

La Oficina de Documentación e Investigación de los Crímenes del Comunismo ha declarado que la confiscación fue un acto en el que «los argumentos y las resoluciones fueron distorsionados deliberadamente». Rudolf y Ulrike han sido rehabilitados. La Oficina ha certificado que no eran colaboracionistas ni alemanes.

Eran ciudadanos checoslovacos normales.

## EL DEPRDADOR

No sonrío, no, sólo...

Sí, ahora, justo ahora, en el momento en que el abogado levanta con dos dedos de cuidadas uñas una cereza aplastada en el techo del coche y la arroja con disgusto, cuando Barbora se introduce otra de esas bolitas sangrientas en la boca, la muerde jugosamente y escupe el hueso, cuando el abogado protesta: por qué hemos tenido que aparcar justo en este maldito lugar, me pasan por la cabeza las palabras. Como un dardo liberador, pero envenenado. «Besadme todos el culo.» O mejor aún: «Besaos todos vuestro culo».

No estoy segura de a quién me dirijo. De quién son esos gordos y blancos culos. Como si mirara hacia arriba a través de las hojas verdes del cerezo. Alzando la vista

hacia cualquiera que...

Sería agradable extender los brazos como en un éxtasis iluminado. Poner muecas traviesas. «Besaos todos vuestro culo».

Regreso entre aquéllos cuya cabeza está cubierta por un montón de mantequilla. Que en el bochorno del verano se ha derretido y lo ha pringado todo.

Un calor sofocante, debilidad y cansancio. Una y otra vez. Un círculo vicioso. De año en año. A quién le sorprende, o emociona, o divierte. El verde monótono del verano, la tierra seca, los horizontes límpidos. Cada año bronceo mis pensamientos bajo el sol del verano. Los aso y los tuesto. Los colores pálidos se saturan con el calor y se hacen más visibles. La suave caricia de la tierra agrietada de Puklice es el recuerdo de un anzuelo clavado bajo la lengua. Un anzuelo con un sedal muy largo.

Mi padre, Rudolf Lauschmann, ha sido rehabilitado. Mi madre, Ulrike Lauschmannová, ha sido rehabilitada. El punto final tras muchos trámites administrativos legales. Ha durado tantos años. Voy a inspeccionar el terreno antes de la reunión conciliatoria del viernes.

Ahora ya puedo hacerlo.

Tras la ventana del salón donde estaba el piano, donde Rozálie tamborileaba sus odiados estudios, hay una pila en forma de pirámide. Una pirámide de paquetes vacíos de café y cacao, y cajas redondas de quesitos. En la cima se balancea el cuello momificado y negruzco de una botella de Pepsi-Cola.

Un economato local. Repleto de cosas, igual que mi cabeza, repleta de sentimientos encontrados. Una tiendecita con un escaparate mezquino coronado por una botella polvorienta. Las barandillas de la entrada otrora brillantes están ahora descascarilladas. Falta la manilla de metal con sus artísticos ornamentos modernistas, que ha sido reemplazada por la pegajosidad de la baquelita y una rejilla para recoger el correo. No puedo llegar a la entrada principal y a la manilla con el adorno en forma de serpiente: están separados del mundo exterior por una alta valla.

Contrólate. Sé fuerte. No sientas lástima de ti misma. No llores por el tiempo perdido.

Pero desde la ventana la infancia desciende y se acerca sin avisar. Me ahoga, como si me hubiera echado en la boca el cacao en polvo. En la caja está dibujada una sonriente señorita holandesa con un gorro blanco de puntas levantadas. El cacao me ahoga; inspiro profundamente el polvo y el olor picante y acre del humo; la nostalgia me escuece en los ojos y me hace llorar.

La irreversibilidad de todo.

Parecía que la suerte con las personas no me abandonaría nunca. La suerte en ese espacio vital tan importante para mí y que me aprisiona hasta el día de hoy. Nada lo ha suplantado nunca.

Sé quién dejó salir al genio de la locura. Se contagiaron de la sarna nazi sin darse

cuenta. Se contagiaron de ese infierno por cuya creación los nazis tenían que haber sido castigados legalmente, ya que en este caso la justicia no es posible. Pero ¿por qué me castigaron a mí? ¿Por qué me castigaron tantas veces? Yo fui la que estuvo en varios infiernos. Yo fui rechazada debido a la existencia misma de las calderas del infierno.

Cuántas veces he sentido este pensamiento, como un zumbido de mosca junto a mi cabeza: ese primer verano de la posguerra, no debería haber escuchado a la Mujer embarazada. No debería haberme dejado amilantar. Ladislav Stolař no me habría dejado en el pajar. Me habría soltado a la noche siguiente.

Debería haber aguantado en aquel pajar. Haber resistido tan sólo un día más entre la paja, tocando las telarañas, tragando. La atmósfera y el espíritu de camaradería anteriores habrían despertado, habrían regresado, habrían perdurado.

Y mi vida habría sido distinta.

Como Cenicienta con su cubo de carbón, recojo mis suposiciones. He olvidado que junto al coche bajo el sol esperan Barbora y el abogado, que se ha quitado las gafas de sol y con un dedo recorre el contorno de la cara femenina y el bulto rojo de los labios. Las hojas de los árboles han dejado de murmurar; hasta el viento contiene la respiración.

Tengo que recomponerme. Dejar de reflexionar. Debo obligarme a darme cuenta de por qué estoy aquí. Y mover un poco mis desgastados huesos.

Entro. Sobre mi cabeza resuena una impertinente campanilla. Mi toque de difuntos. Dentro hay una mujer torpe y cansada, con el pelo oscuro y despeinado recogido en una coleta en la nuca con una goma roja. Me ignora durante mucho rato, intencionadamente.

Se apoya en el mostrador. Sin moverse, evita el borde de la botella de Pepsi-Cola del escaparate para mirar con curiosidad a la plaza, que un coche verde oscuro atraviesa rápidamente levantando polvo. Mi nieta Barbora y el abogado no han resistido el bochorno. Se van a bañar. Antes de pasar por aquí a recogerme.

En realidad ni siquiera sé lo que quiero comprar. Entonces me percató de que hay un estante giratorio con revistas y postales. Elijo una postal alargada. Con fotografías de Puklice. Imágenes endurecidas de un pueblo dejado de la mano de Dios. La dependienta se niega a darme un sobre, a pesar de que va incluido en el precio.

—Lo pone ahí, pero no tenemos.

Que te den, niña. Y mejor que no te encuentres nunca sobre mi mesa. Me he pasado la vida rebuscando en cuerpos ajenos. Rebuscando y hurgando hasta encontrar

el lugar decisivo. Sólo he sido capaz de tocar cuerpos sin vida. Rígidos. Inmóviles e incapaces de clavarme sus garras. Incluso hoy en día me da miedo tocar cuerpos vivos. Sólo con obstinación y tesón pude afrontar la patología. Y a mí misma. Con mi psique hipersensible, con mi cabeza que se hincha periódicamente. Tal vez sólo tenía miedo (y aún lo tengo) de lo que encontrarían cuando me abrieran para vaciarme. Que te den, bruja desagradable.

—¿Algo más?

—Cacao, *por favor*.

Pago. Vuelvo a meter el monedero en el bolso. Y no me muevo. Una expresión de sorpresa en las arqueadas cejas cuidadosamente depiladas.

—¿Algo más?

—Señora, usted...

—Señorita.

—Señorita, ¿usted vive en esta casa?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Podría entrar un momento a verla?

—¿Entrar? ¿Y por qué? No, no puede. La tienda está aquí. Lo de dentro es privado.

—Sólo el pasillo.

—¿Por qué?

Aún más sorpresa en las cejas arqueadas. En las alas alerta del depredador.

—Soy la doctora Gita Lauschmannová, chiquilla. Esta casa pertenecía a mi familia hasta que nos la robaron. Nos la robaron de malas maneras.

La dependienta levanta las cejas en un arco de desprecio. Por la boca escupe una ración de vulgaridades de primera clase. Frescas y de calidad.

Me voy con la cabeza bien alta.

Hace un día precioso. El aire es un alivio; no hace bochorno a pesar del ardiente sol.

## LAVA FUNDIDA

Denis cierra de un golpe la puerta de su consulta. Coge el teléfono de las manos suaves y llenas de crema de una enfermera pelirroja. Se coloca el auricular entre el hombro levantado y el cuello torcido. Con las manos libres hace ejercicios: estira los brazos, gira el tronco alternativamente hacia un lado y hacia otro.

—Hola Nataša. Sí, ¿qué pasa? Estoy en el trabajo... ¿Quién?... ¿Lauschmannová?... ¿En la tienda?... ¿Una carta?... ¿De dónde es ese abogado?... ¿Todo, hasta la tienda?

Denis se queda rígido, deja de mover todas sus extremidades.

—¿Por qué no va a juicio? ¿Y Ladislav? Ah... ¿Y qué le has dicho tú?... Has

hecho bien... Vale, y ¿cuándo va a volver? El viernes estaré allí; cambiaré el turno. Y cálmate. Veré lo que se puede hacer. Tenemos cuatro días... Por Dios, no grites, siempre se puede hacer algo... Busca su dirección exacta, el día de nacimiento, el número de identificación. Búscalos todo cuanto antes.

Nataša cuelga y entra de nuevo en la tienda.

Nataša avanza a tientas, no oye nada, sólo el zumbido de sus propios oídos. No discierne el principio y el final de las palabras, se disculpa, vuelve detrás de la cortina, se arrastra hasta la mesa. Respira hondo. Pone agua para hacer café. El ruido de sus pensamientos va desapareciendo, la marea se retira. Nataša se concentra. Se levanta, se alisa la falda, se coloca bien el cuello blanco. Intenta olvidarse de sus tobillos hinchados y doloridos. Regresa al mostrador con una sonrisa.

—Perdone, señora Drbavá, ¿qué quería?

—Un paquete de azúcar, otro de arroz, un bote de mayonesa, sal, levadura y un trozo de queso p'a freír.

Como una abeja, Nataša lleva los alimentos a la voraz mujer. Menos mal que entre ellas hay un mostrador, una frontera protectora; si no se lo llevarían todo, lo robarían y lo devorarían como langostas.

—¿Y ya está? Esta mañana han traído unos pasteles estupendos.

—Chica, yo no tengo p'a derrochar como otras.

Drbavá se inclina hacia Nataša con el monedero desgastado en la mano.

—Dicen que la nieta de Klein, bueno, de Malý, compra todas las semanas un bizcocho de ésos envasaos, porque no sabe cocinar ná.

Mira interrogativamente a Nataša y le echa su aliento de vieja, que huele a col agria.

—Por aquí pasa tanta gente, señora Drbavá, como p'a acordarme de lo que compran todos...

—Bueno, ya me enteraré. —La voz de la señora Drbavá se endurece—: ¿Qué te debo?

Entonces se oye un largo silbido procedente de detrás de las cortinas.

—Perdone, ahora vuelvo.

—Vaya, cómo viven algunas, hasta se hacen café en el trabajo. Pues yo en la cuadra no paro ni un momento. Aunque antes también tomaba café, cuando trabajaba en el Ayuntamiento.

Nataša atiende a otra de las cabezas de la fila serpenteante y hambrienta del lunes y por el cristal del escaparate ve a Drbavá, que se para a hablar con la cartera. Ambas se vuelven un par de veces hacia la tienda. Drbavá agita la mano y la cartera asiente ostentosamente, con los codos apoyados en el manillar de la bicicleta y el culo apuntando hacia la iglesia.

«Seguro que están hablando de lo rúcana que soy y de lo caro que está todo.» Sin

querer, da un codazo a un saco repleto de lentejas. Los botoncillos marrones se desparraman por el suelo, crujen bajo los pies. Nataša suspira.

—Pues vaya día gafe que tengo.

Rodeo la hacienda, la renovada destilería, donde antes estaba la fábrica de almidón y unos talleres. La gente del interior me mira con curiosidad y me saluda amablemente. Respondo con una sonrisa.

Nadie sabe quién soy.

Rodeo nuestra casa, que hoy es un cuartel fortificado por los cuatro costados. Llamo inútilmente, espero inútilmente a la Mujer con el cucharón en la mano. Las cortinas están echadas, y las del primer piso se han movido.

Me refresco las sienes sudorosas en la iglesia. Las lanzas ardientes de mis piernas se doblan sobre los bancos vacíos. Me siento a la sombra del confesionario, adonde no llega ni un rayo de sol. Limpio los cristales de las gafas. Miro los dedos de mis manos. No pienso en nada.

Un tranquilo regreso a casa.

Me despiertan unas campanadas y un claxon impaciente.

Salgo a la lava amarilla. Y reconozco la primera cara. La hija de la matrona que me ayudó a nacer, la que no tuvo miedo de darme una cebolla.

—Al final todo acaba en la basura.

Se marcha el último cliente. Nataša barre las lentejas y las recoge, y se incorpora con dificultad. Sus ojos se quedan fijos en la aparición de la plaza. Enmarcada por el escaparate.

Deja caer la mano del susto. Los botoncillos marrones se desperdigan de nuevo por todas partes sobre el linóleo.

La cartera se ha erguido. Drbavá baja de pronto las manos, se coloca la bolsa de la compra entre las piernas. Hacen el paripé ante la figura menuda de esa elegante damita con gafas, se contonean ante esa anciana con un vestido azul de flores y sandalias italianas de tacón ancho. Que ha embutido en su bolso el cacao y una postal. ¡Incluso se ríen! Se carcajean y justo antes de que esa forastera, que aspira a quedarse con el techo de Nataša y con su negocio, se dirija hacia una chica joven que está de pie junto a un tipo con gafas negras, se dan la mano. Drbavá incluso le da un abrazo. Es un milagro que no le hagan una reverencia.

Nataša lanza enfadada la escoba y el recogedor contra el suelo. Le grita a una niña que intenta coger un helado.

—Está cerrado, vuelve dentro de una hora.

Corre hacia la puerta. Su pie derecho resbala como si llevara patines. Sus zapatillas resbalan sobre los botoncillos de las lentejas. Nataša se cae de culo. Cuando

consigue ponerse en pie, alterada y llena de rabia, la plaza se ha quedado vacía. Como si todo hubiera sido una alucinación angustiada. La tensión es insoportable, Nataša rompe a llorar. Mecánica e inconscientemente, se mete una lenteja en la boca y se la traga.

Y bebe un trago de Pepsi-Cola recalentada.

## EL HIELO SE ROMPE

Transcurren cuatro días.

Estoy sentada en el coche, bien tiesa. La hora de la victoria se acerca. Se acerca el instante en el que voy a levantar los dedos índice y corazón, y voy a abrirlos formando una V ancha y aterciopelada. Pienso dónde voy a colocar el museo de agricultura. Un recuerdo simbólico de los buenos y viejos tiempos.

Lo demás se lo voy a dejar.

Va a ser un punto final grandioso. Un punto que va a dejar sin aliento al pueblo. Para qué voy a desmontar con dificultad los pocos muebles originales que se han conservado y reconstruir el palacete. Sería un suplicio masoquista. Voy a erigir otro monumento.

Un coche rojo de diseño japonés nos adelanta con gran estruendo, levantando polvo.

La oficina del Ayuntamiento. Estamos sentados en torno a una mesa rectangular. Estrecha como una culebra aplastada por un *bulldozer*. Con un jarrón achaparrado de cristal en el centro del que sobresalen los cuenquillos polvorientos de unos narcisos artificiales de color amarillo chillón. Los equipos de boxeo se han intercambiado. ¿Quién de nosotros va a tener después la piel desgarrada bajo el ojo y se la van a enfriar con un objeto metálico?

Estoy tranquila. Esta vez no voy a ser yo.

Nos estrechamos la mano, hincamos los codos en el gris deslavado del mantel, unimos las manos y medimos fuerzas. Estamos sentados tres contra tres: yo, que a pesar de mi pasado y de lo que han hecho con mi vida perdono una y otra vez; mi nieta Barbora, con el pelo recogido en un moño para parecer mayor; el abogado, que ha guardado sus gafas de sol de marca en una funda metálica de una marca aún mejor y ha colgado la americana con ligereza en el respaldo.

Frente a mí brillan los ojos marrones de Ladislav Stolař el joven, hijo del hombre que me hizo una herradura de la suerte y después casi me dejó morir de hambre. De su padre ha heredado el puesto en el Ayuntamiento y la figura alargada. Y la habilidad de quedarse perfectamente cano. Enfrente de Barbora está... Sí, es él. La bola que estaba dentro del vientre de la Mujer. Denis, el primo de Stolař, hoy un

apuesto médico en Praga, un ortopeda. El hijo de la Mujer que hasta el día de hoy sigue removiendo la sopa en nuestra mesa. El hijo de la Mujer que me metía hasta la garganta el pan con agua, cuando él aún se bañaba y flotaba en el líquido amniótico, anclado por el cordón umbilical. El hijo de la Mujer, que dice que no me conoce. Cuando ha entrado y nos han presentado, me ha preguntado mi especialidad. No me ha mirado a los ojos ni me ha estrechado la mano. Un encuentro semejante, ¡y ha tenido que desarrollarse con esa languidez!

En la silla de enfrente del abogado se ha sentado con un crujido Klein el barbero. El tiempo no ha pasado para él; lleva el pelo teñido y hasta un corte de pelo moderno. Y el perfume con el que se ha envuelto es más denso y penetrante que antes. Besa la mano de Barbora, mientras comenta:

—Me gusta el olor del sándalo, aunque no me va mucho. Demasiado frívolo.

También frente a nosotros, junto a la pared, hay dos hombres del Ayuntamiento a los que han invitado a asistir. No se sientan; sólo guardan las espaldas del trío masculino. Un pelirrojo con la cara hinchada vestido con una camisa de franela a cuadros, totalmente inapropiada para este calor. Lleva las mangas cuidadosamente arremangadas sobre los codos. El segundo sonríe; su camiseta de tirantes roja deja al descubierto sus bíceps, y luce un número uno en su pecho de atleta. Son jóvenes. Están incómodos. Se remueven, el sudor les cae a chorros y apestan. Temen por sus nidos ocupados, repletos de televisores y de muebles lacados.

Resulta fascinante que después de todas estas décadas, la sombra de la sospecha, del robo fraudulento, recaiga sobre mí. A la que robaron. Los que recuerdan se van muriendo. La leyenda de la aparición de la abuela avara se ha despertado.

Sólo que yo, chicos, ya no quiero mis propiedades, meadas e impregnadas de olores de cuerpos desconocidos. *Esto* es lo que he venido a deciros. Chicos, ya no quiero mis propiedades. Pero no os lo voy a soltar enseguida. A ver si por una vez sois vosotros los que os reconcoméis en vuestra inseguridad. Lo que quiero es que erijáis un monumento en la plaza. A mi padre. Éste es el objetivo que tengo al alcance de mi mano. Y una sensación de plenitud a punto de materializarse.

El abogado está perfectamente preparado. En su auto recubierto con madera de caoba ha adoptado una mueca de zorro astuto.

—Doctora Lauschmannová, no podemos perder el caso. Esta reunión es innecesaria.

Se frotaba las manos pensando en su pronta y generosa parte del botín. Sólo que yo, chicos, ya no quiero mis propiedades.

En la sala del Ayuntamiento están físicamente presentes ocho personas, pero en realidad se apelotonan muchas más, puedo sentirlo. Por ambas partes.

Está abarrotada.

Estoy saboreando mi superioridad. Qué fácil es todo de repente. Una joven secretaria



de largas uñas, que en realidad es la ayudante del alcalde, como me indica enseguida, nos rodea con la lengua entre los dientes. Reparte tazas de un café fuerte y aromático. Antes de colocar la taza blanca frente a mí, un poco de líquido caliente y negro salpica el platito. Unos posos de café se adhieren a la blancura de la porcelana y se secan. Como los excrementos en aquella carretilla oxidada que servía para trajinar el abono. Me recuerda también a ese mejunje fangoso que se forma en Praga con la suciedad negruzca de las calles cuando se funde la nieve.

Al otro lado de la ventana el sol calienta.

El abogado ha tomado la palabra. Sí, de pronto es todo tan sencillo. Ninguna satisfacción explosiva. Aprieto sobre mi regazo el bolso azul marino, a ratos me toco la montura de las gafas. Los cielos han permanecido callados e indiferentes durante mucho tiempo, hasta que han decidido soltar esta lluvia refrescante. No presto atención a los entresijos legales; todas esas cláusulas densas y llenas de palabras no son para mí. Mis pensamientos van un paso por delante.

Descubro el monumento a mi padre en la plaza. Cumpló su sueño de tener un museo de agricultura; seguro que en los pajares de la región quedan muchas herramientas.

El joven Stolař. Su chica, la de la guadaña, también ha crecido y está eligiendo un anzuelo para su caña. Me mira a los ojos fijamente. Menos mal que los vidrios redondos de las gafas me protegen, si no me quemaría con esa mirada de desprecio. Durante unos largos segundos ni siquiera parpadea, no baja las persianas aliviadoras sobre ese odio punzante. Sí, el joven Stolař con una camisa vaquera y pantalones blancos está tranquilo. Extrañamente tranquilo. En vez de una mirada de disculpa lanza una de desprecio. Y tiene los bordes de la boca levantados hacia arriba, sí, con gesto de guasa. Su mirada abandona mi cara y se posa en una carpeta negra que acaricia amorosamente. Empieza a ponerme nerviosa. Es hijo de su padre; puede esperarse cualquier cosa de la descendencia de un degenerado. Me siento en el borde de la silla. Pongo la espalda recta. Acercó hacia mí la taza sucia.

Por ahora, está tranquilo.

Toma la palabra y salta al ring.

## LAS PEONZAS DANZAN

Nataša danza como una peonza tras el mostrador y las cajas de cervezas tintinean. Es viernes y la gente hace acopio para el sediento fin de semana, los felices excursionistas llenan las mochilas. Nataša guarda las hogazas bajo el mostrador. El pan es sólo para los lugareños, pero lentejas tiene de sobra. Por compras superiores a cien coronas regala una pequeña bolsita de papel llena de lentejas crujientes, para una ración de nutritiva sopa. Nataša lleva su vestido de domingo y Hanka Malá, la nuera del viejo Klein, le ha recogido el pelo en un pulcro moño. Para que la abuela ésa de

Praga no piense que no saben vestir. Lo que más le gustaría es cerrar la tienda e irse a espiar por la ventana entreabierta del Ayuntamiento. Pero el negocio es el negocio.

Entra Hanka Malá, rodea el puñado de personas que hay en la tienda y desaparece tras la cortina que hay detrás de Nataša. Después emerge con un delantal blanco.

—Te ayudo, a ver si esto se vacía más rápido. Además, necesito hablar contigo de nuestro malandrín... ¿Ha venido tu hermano?

—Sí.

—Muy bien.

—Todo esto que nos está largando sobre la señora Lauschmannová es muy bonito, doctor Fischer, pero nosotros tenemos nuestra información. Y es un pelín diferente. Su viejo acabó como acabó por colaborar con los nazis.

—Le repito que el padre de la señora Lauschmannová murió en un campo de concentración. Fue un ciudadano checoslovaco ejemplar. La confiscación de su propiedad fue contraria a la ley; los herederos tienen derecho a una indemnización y a que se les devuelvan todas las propiedades requisadas ilegalmente.

El que lleva la camiseta roja se despega de la pared.

—Bueno, pero eso no quita que fuera un nazi. Podían declarar ario honorario a cualquier judío que les resultara útil en la guerra. Ladis, ¿lo he dicho bien?

El fortachón de la camisa a cuadros, con la cara roja como un cangrejo cocido, asiente enérgicamente para confirmarlo. El ring empieza a resultar asfixiante. ¿Es que nadie les ha explicado a estos imberbes que éste es mi regreso triunfal?

—Todos dicen que era un colaboracionista. Aquí el señor Malý seguro que se acuerda, ¿a que sí? Eso no excluye que muriera en un campo de concentración, ¿verdad que no? Yo creo que no lo excluye.

El de la camisa de franela se ha hecho un lío con las palabras. Una verdad no excluye otra verdad. Una mentira no excluye otra mentira. No han escuchado a mi abogado. O no lo han entendido. O están apretando un lazo del pasado. Pero el abogado no se deja amedrentar.

—Por supuesto, tienen derecho a sus impresiones, sensaciones y opiniones subjetivas. Pero el lenguaje legal está muy claro. Me gustaría advertirles que no hemos venido a discutir sobre hechos que están certificados oficialmente. Las decisiones son inequívocas. Y sólo debido a su buena voluntad, algo incomprensible y misterioso para mí, la doctora Lauschmannová, que ha sido víctima de una gran injusticia, está dispuesta a llegar a un acuerdo con ustedes antes de que empiecen los trámites judiciales, porque no le gustaría que...

La mole de músculos en camiseta se despega de nuevo de la refrescante pared.

—Usted dice que la familia Stolař no devolvió a la señora Lauschmannová ni los abrigos de piel ni el oro de sus padres. Pues vaya, lo escondieron durante toda la guerra y eso no es moco de pavo; podía pasarles cualquier cosa. ¿Y ahora van y lo

devuelven?

El fortachón de la franela no quiere dejar pasar la ocasión de añadir algo.

—No me acuerdo de esos tiempos, pero dicen que hablaba alemán y que pagaba poco. Así que eso no excluye que él...

—Por favor, sea más concreto. ¿A quién se refiere con «él»?

—Pues a quién va a ser, al viejo Lauschmann.

## EL RING VACÍO

Barbora se coloca los guantes de boxeo. Levanta las cuerdas, baja la cabeza. Incluso ella entra en el ruedo de las palabras. Se pone tiesa. Con la mirada fulmina a los presentes, los fríe en la sartén de su desprecio.

—Por su propio interés deberían comportarse adecuadamente con nosotros, sobre todo con... con la doctora Lauschmannová, que ha sido tan generosa y ha convocado esta reunión tan estrafalaria. Porque podría apropiarse de inmediato de las propiedades que le han sido restituidas y echarlos a la calle. De lo dicho hasta ahora se desprende que su posición es la de unos ladrones que entraron en una propiedad ajena sin derecho y la han estado devastando con eficacia durante treinta años.

Satisfecha, le guiña un ojo a su gurú jurídico y habla con desprecio al de franela.

—Deberían hablar sólo los entendidos. Lo que *no excluye* que usted tenga cualidades ocultas de otro tipo.

Antes de que el fortachón tenga tiempo de abrir su carnosa boca, habla el mismo Stolař.

—D'eso, de quién es generoso, habría mucho que decir, señorita, o señora. Y sé muy bien de lo que hablo, no como usted. Déjeme que le cuente algunas cosas.

Ha heredado de su abuelo el gusto por lo dramático. Hace una pausa embarazosa y clava la mirada en el abogado.

—Me da a mí que no sabe del todo a quién representa.

Otra pausa.

—Señor alcalde, realmente va en su propio interés y en el de los habitantes de Puklice que nos pongamos de acuerdo lo más rápido posible en una compensación parcial y pensemos en los pasos a seguir en la restitución de las propiedades, para que no sea tan... tan doloroso para ustedes. Eso es todo. Y luego podemos despedirnos.

Stolař se apoya en la silla con todo su peso. Se balancea voluptuosamente.

—La señora Lauschmannová, por la que se está mojando tanto el culo, pasó un montón de años en un psiquiátrico. Supongo que lo sabía, ¿no? En un manicomio. Una casa de locos. Tenemos dudas, grandes dudas, diría, de cómo está de la cabeza, así que no veo tan claro que tenga derecho a que le devuelvan esas propiedades. ¿Por qué no ha hablado aún la señora Lauschmannová? Aquí el único que le da a la lengua es usted. ¿La señora Lauschmannová puede hablar? ¿Se cosca de lo que decimos?

El de la camisa de franela se mueve.

—Bueno, ponle que pueda; eso no excluye...

En el ring se percibe una gran intranquilidad. La ropa sucia está ya en las palanganas. El contrincante ha lanzado un golpe bajo. Sólo depende de mí que sea mortal o no.

Barbora devuelve el golpe. Con voz airada grita a Stolař y le recuerda quién decide las reglas del juego aquí. Con cada frase se levanta un poco más. Después se inclina bruscamente sobre los narcisos de plástico, hasta que el jarrón achaparrado se tambalea. Se queda atrapado entre sus redondeados pechos y recupera su posición con un golpe. Así inclinada, Barbora se apoya en la mesa. Escupe insultos a la cara de Stolař, que se echa hacia atrás, divertido, se aparta y se apoya en el reposabrazos de la silla chirriante. Se balancea con las manos apoyadas en las perneras blancas de su pantalón.

Barbora se yergue. La hoja de un narciso se le queda enganchada en un botón de la blusa. Le da un manotazo al tallo y tira el narciso. Con él sale volando también el botón rosa de su blusa. Pero la hoja no se suelta, le cae en el escote. Confundida, nos invita al abogado y a mí a irnos. Esa reunión, tan poco excitante y llena de retórica, termina.

—Entonces nos veremos de nuevo las caras con la parte acusada. En el juicio. Por desgracia no se puede llevar a cabo un acuerdo extrajudicial debido a la intransigencia de una de las partes. Hasta la vista, señores.

El abogado se levanta. Se coloca junto a mi silla. Sigue con la vista a Barbora, ve cómo sale del ring, cómo huye de ese gallinero.

Yo me quedo sentada. Sola contra los cinco. Susurran. La ausencia de sonidos me conecta con Denis, mis refinados sensores adivinan en él a un observador simpatizante.

En mis recuerdos censuro cualquier regreso al pasado. Y al final me lo he tenido que tragar en voz alta, y ante testigos. ¡Y menudos testigos! Mi penúltimo purgatorio. Todo lo que me queda son las vivencias que me traje de *allí*. Serían capaces incluso de restregármelas por la jeta.

Así que el golpe bajo de hoy no va a ser aún el mortal.

## LEONES ENVEJECIDOS

Tras la cortina, Nataša limpia a soplidos los botoncillos marrones del recogedor y llena más y más bolsitas; los regalos se van terminando. Hanka Malá ha despachado a un veraneante que quería bollos recién horneados. Frente el mostrador sólo queda la vieja señora Drbavá. Nataša coloca ante ella la ración de lentejas de premio.

—Que tenga un buen día, señora Drbavá.

—Pero ¡yo he ganado dos bolsitas, Nataša! Me he dejao en la caja doscientas

coronas, Hanka te lo puede decir.

Nataša coloca una segunda bolsita crujiente ante la airada señora del pañuelo.

—Pues felicidades, señora Drbavá. Adiós.

—Oye, te quería preguntar si sabéis qué ha pasao en la reunión del Ayuntamiento.

—De momento nada. Siguen allí sentaos. Vamos a ir a echar un ojo.

—Voy con vosotras.

—No hace falta.

La señora Drbavá, al igual que la cartera, se avergüenza de su falta del lunes. De haber tendido la mano. La cartera reparte su odio en su bicicleta. Los chismes arraigan cuando la gente tiene bajas pensiones. Drbavá alivia su odio entre los cuartos traseros de las vacas alineadas en la cuadra.

—Digo que voy con vosotras, chicas.

La campanilla suena y el maestro Oujezdský entra en la tienda. Tres bocas se abren y emiten un suspiro estupefacto; las tres mujeres se olvidan del mundo que hay alrededor.

No me rindo. La justicia está de mi lado.

—Sí, estuve internada. ¿Le extraña? ¿Después de todo lo que me hizo su padre, Ladislav Stolař, el lacayo y lameculos de mi padre?

El abogado intenta detenerme, me agarra por el codo.

—Vuelvo a repetirlo: la doctora Lauschmannová ha demostrado una generosidad sin precedentes con este encuentro. Si la otra parte se opone a cualquier arreglo, no tenemos nada que hacer aquí. Su observación, señor alcalde, no es sólo una intromisión de lo más indiscreta en la vida privada de mi cliente, sino, bajo ciertas premisas, incluso un agravio por el que se le podría demandar. Además, no tiene nada que ver con nuestro caso.

Me zarandea.

—Es una pérdida de tiempo, doctora, créame. Sólo conseguirá enfadarse inútilmente.

Stolař se balancea por última vez. Al taconeado final de la silla sobre el parqué añade el zapateo de las suelas de sus Adidas polvorientas. El de la camiseta de tirantes y el de la franela se acercan un paso hacia su cogote. Reaccionan ante la señal convenida. Son unos guardaespaldas alertas.

—¿Y qué espera que hagamos si quiere dejarnos sin casa, sin techo? Se hace la inocente, se pasea por el pueblo como si fuera un angelito comprando cacao, pero quiere robarnos a todos, a todos los que se han matao a trabajar todos estos años. Pero eso sólo puede hacerlo si no está tarumba. Y yo no lo tengo tan claro, ¡vaya que no! Mire lo que tengo aquí.

Stolař abre un archivador negro. De las anillas intenta sacar un taco de hojas fotocopiadas. El hasta entonces silencioso Denis cierra suavemente la tapa y atrapa

las hojas. Empiezan a forcejear. Denis susurra.

—Esto ya no es apropiado. Las cosas no son como creíamos. Quieren llegar a un acuerdo, no te pongas en evidencia.

Stolař se pone colorado. Está poseído por la cólera. Le arranca el archivador.

—Será mejor que hagamos una pausa.

Los dos desaparecen tras una puerta. Sus voces me llegan entre los sorbos de mi café.

Todos los demás callan. Aguzan los oídos como liebres alertas para descifrar el contenido del monólogo secreto. El sol se derrama por la habitación y esa energía sobrante se transforma en gotas de sudor que corren por los cuerpos de los presentes. El barbero pide a la asistente un agua mineral. La chica se siente cohibida. Cruza los brazos sobre el pecho. Se muerde el dedo anular de la mano izquierda. Espanta a una mosca imaginaria. Y da un respingo asustada cuando decidimos mover nuestras sillas.

Yo soy la única que no suda.

—Cierra el pico, hostias, tú sólo eres un testigo. Te he traído para representar a los que viven en el palacete y ¿qué haces tú en vez de defender a tu madre y a tu hermana, a las que quieren echar a la calle como pordioseras? Si es que tendría que haberme dao cuenta; tú no vives aquí, todo esto te la trae al paio. Me daba que si venía alguien que había estudiao... Bah, tenía que haber traído a alguien de aquí.

Justo me da tiempo a echarme hacia atrás, cuando el *estimado señor* alcalde irrumpe de nuevo en la sala.

No pierde el tiempo abriendo las anillas. Saca las hojas a tirones. En las manos sopesa los papeles arrancados. Da un golpecito con ellos a Denis en la muñeca, paternalmente. Ni siquiera le mira.

—Denis, nos has ayudao mucho, pero va a ser que esto es cosa de los que viven por estos lares y el pueblo les importa.

Denis no se deja amedrentar.

—Si me lo permites, esto es también asunto mío. Las circunstancias han cambiado, yo no sabía que la doctora Lauschmannová quería llegar a un acuerdo. Y sacar a colación sus problemas de salud ha sido de muy mal gusto.

—¿De mal gusto? Lo que ha sido es una marranada. Abuela, vámonos, ¿a qué esperas?

Stolař no se vuelve hacia la cabreada Barbora. Lo que lo saca de sus casillas es esa división en sus propias filas. Esa cortés amabilidad que muestra Denis.

—¡Vaya! ¡De pronto el señorito se echa p'atrás! Pues eso de la «incapacidad legal» fue idea tuya. Y muy buena idea.

Denis no me mira a los ojos. Estudia los círculos de las tazas, el borde de ese pozo por el que cae su vergüenza. Es una sensación tan revitalizadora que en esta

habitación alguien más se avergüence además de mí.

—Desconocía todos los hechos. Sólo tenía a mi disposición información incompleta y deformada, que me habíais dado mi madre, Nataša y tú.

—Bueno, no hay problema. Si es por eso, no hace falta más que repasar esos «hechos».

Denis coloca su hermosa mano de largos dedos sobre el archivador negro. Ahora ya vacío.

—No lo hagas, Ladislav. Será mejor arreglar todo por vía judicial. Señora Lauschmannová, me disculpo en nombre de todos, sobre todo en el mío. Ha sido muy desagradable, lo sé, y difícilmente encuentro una disculpa para mi comportamiento...

Stolař ignora a Denis. De modo intencionado.

Tira con satisfacción los papeles sobre la mesa. Como un jugador profesional de cartas. Saca sus triunfos individuales y los empuja hacia el abogado. Pero sus palabras, mensajeras adiestradas e inexorables, me las dirige a mí.

—Resulta que tengo un buen amigo que conoce a alguien en el departamento de psiquiatría, y miren lo que me ha encontrao.

El abogado hace una señal autoritaria para que nos vayamos. Reordena y revisa los documentos sin inmutarse, y los introduce en su maletín. De nuevo se acerca a mí, de nuevo me toca el hombro para que me levante, esta vez menos imperiosamente. Hasta él siente curiosidad. Se adivina una revelación escandalosa.

Yo adivino uno de mis viejos y conocidos dolores de cabeza. Se deja oír imperceptiblemente. Hace ya años que mi cabeza no se hincha de pronto, el suplicio se ha sublimado en varias fases más refinadas. Primero un dolor intenso. Como si alguien me cubriera el pelo y la frente con unos chicles bien masticados y gruesos, y después me los masajeara hasta formar unas bolas rosas, para después tirar bruscamente. Y arrancármelas de una en una. Ésa es la primera fase.

En la siguiente fase una fuerza desconocida me cubre la cabeza entera con unas bandas de cinta ancha y grisácea. Y después me las arranca llevándose los mechones de pelo adheridos a ellas. Con trozos de carne. Sólo queda el cráneo sanguinolento y duro.

No me rindo. La ley está de mi parte. Está bien regresar incansablemente a mi cubil. Donde los leones envejecidos pierden el pelaje y gruñen enseñando los restos de sus dientes amarillentos.

No me muevo.

El abogado coge su maletín y se echa la americana sobre el hombro con gesto descuidado.

—Eso, señor alcalde, no se lo admitirían en ningún juzgado del mundo. Al revés:

somos nosotros los que vamos a poner una denuncia al doctor en cuestión por infringir el secreto profesional sobre el estado de un paciente. A no ser que todo eso sólo sea una farsa y un truco barato. Vamos, doctora Lauschmannová.

—Espere un poco, señor abogado, será sólo un momento y valdrá la pena. Un resumencito. Nunca se ha cambiado de nombre, ¿verdad? ¿Es así? ¿Es así, *frau* Gita Lauschmann?

Me habla estando de pie. Yo estoy sentada. Ante el tribunal de los usurpadores. Y va a pronunciarse la sentencia definitiva. Los cargos son desconocidos.

Me quedo rígida, observo la mano peluda de Stolař, la uña abultada del pulgar, el dedo índice amarillento de fumar. Empiezo a temblar. Sé muy bien lo que viene a continuación.

No hay manera de impedirlo.

## BONIFICACIÓN

En cuanto el maestro Oujezský entra, desde el otro lado de la cortina unas manos de mujer sacan un sillón con ruedas. Lo sientan, lo miman, lo empujan a lo largo del mostrador, para que no se canse. Él, complaciente, introduce en un carrito de la compra y en una mochila el pan recién hecho, unos bollos, un salchichón, embutido de pollo, una ristra de salchichas, un chorizo, mostaza, una botella de ron de patata, una de coñac, nueces, frutos secos, almendras y veinte botellines de cerveza. Las dos damas trabajan como abejas laboriosas trayendo las golosinas de las estanterías. El maestro Oujezský observa encantado cómo la tercera dama, la señora Drbavá, hipnotizada, hace las cuentas y por cada cien coronas coloca una diminuta y misteriosa bolsita de papel sobre el mostrador.

—Esto es un regalo para los clientes fieles, Maestro. Estoy controlando la cuenta para que no le engañen.

Nataša se sonroja con una idea repentina que se le ha ocurrido. Coloca sobre el mostrador una botella redondeada de oporto que Hanká Malá le ha tendido desde lo alto.

—Maestro, si nos firmara todas esas bolsitas, la gente compraría a manos llenas.

A la de la bata blanca en las escaleras se le ilumina el rostro.

—Sí, pero mejor vamos atrás, Nataša. Si no, sólo vendrían a ver al Maestro.

La piel del maestro Oujezský se cubre de sudor; pasa obediente tras la cortina, se sienta junto a una mesa de formica. Y sobre los bultos de las lentejas de regalo garabatea con un rotulador negro: «Afectuosamente y con cariño, Jiří Oujezský. Afectuosamente y con cariño, Jiří Oujezský. Afectuosamente y con cariño, Jiří Oujezský...». Hanka Malá añade el lugar y la fecha. Y Nataša y la señora Drbavá llenan a sus espaldas más y más bolsitas de regalo.



—Y ¿por qué? Usted no tiene un pelo de tonta, lo sabe mejor que nadie. Así podía ocultar sus... crímenes y su verdadera... identidad. Porque usted no ha estao casada una vez, como sabe hasta el más lerdo, usted ya había estao casada antes, y hasta tuvo un hijo, un niño al que nunca registró y que ahora tendría cincuenta años. Ahí lo tiene: pregunte a la madre de Denis y a la señora Drbavá, que trabajaba en el comité nacional. Por no hablar del señor Malý. Él la vio cuando vino de visita en los años cincuenta.

Klein se revuelve con satisfacción. Asiente unas cuantas veces levantando la mano derecha.

—Porque vaya si se acuerdan: vieron con sus ojitos a su marido, y también la barriga. Me apuesto a que su abogao no tiene ni idea de nada de esto.

Casi nadie lo sabe, capullo.

Saborea el largo silencio. Un herrero forjando el hierro, golpeando el yunque.

—Al niño lo mataron, el hombre se colgó en el cincuenta y cuatro, y usted se pasea por aquí mirándonos por encima del hombro. Le da por filosofar y al final sólo busca venganza... Ya basta de trucos, que quede todo clarito. Usted no está bien de la cabeza. Igual le vendría bien explicar algunas cosas.

Stolař el joven se moja el dedo con saliva. Mira entre las hojas de su tesoro, revuelve el compost, revisa febrilmente sus papeles. Levanta uno de ellos sobre la cabeza. Se vuelve con él y lo muestra en todas direcciones. Con su as tan deseado, como una obra de arte en una subasta.

—Ajá, aquí lo tenemos. A su hijo Rudolf lo mataron. Y su marido, Adolf... Sráz, ése se mató él solito.

Barbora da un salto, intenta levantarme a la fuerza. Sacarme de allí. Me agarra desde atrás por las axilas. Me zafo. Me coloco bien el protector de dientes y la armadura.

Me fascina el recuerdo de algo que parecía estar olvidado. Me zafo. Enfadada, Barbora se lanza hacia la puerta pero no sale. Yo acerco mi silla al borde de la mesa para que no pueda acercarse a mí. No aparto mis ojos de Stolař.

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que me está preguntando?

—¿El qué? Mire, pongamos que es verdad que estuvo en un campo de concentración y que toda su familia la palmó. Y después eso que he contao, que toda su familia la diñó otra vez, y yo me pregunto, a ver, ¿qué casualidad que usted siempre se salve!, ¿no? Y también me pregunto, ¿cómo es que no ha perdido la chaveta, que no se le han cruzao los cables? ¿Cómo es que sólo le interesa robar y arruinar a gente inocente, honrada y trabajadora? Ni los desgraciaos a los que les nacionalizaron las tierras han pedío ná.

—En otras palabras, me está preguntando cómo es posible que aún esté viva.

Alrededor del maestro Oujezdský se amontonan paquetitos de botoncitos marrones; no hay dónde pisar. Nataša enciende el fogón, pone a calentar una jarra con agua potable y echa café en una taza.

—Gracias, señoras, ha sido para mí un gran honor, pero ahora me temo que tengo que irme.

Las damas escarban atropelladamente entre los regordetes obstáculos, retiran las bolsitas hacia los lados, refuerzan las paredes con sus cuerpos. El sendero así abierto es atravesado por los pies del Maestro, en sandalias y con las uñas de los pulgares sin cortar. Al salir es inundado de nuevo por el alud imparable de las mujeres. Nataša introduce por los lados dos botellas de oporto. Hanka Malá le limpia la espalda al Maestro; en el cuartucho tras la cortina se ha manchado con el blanco de la pared. Drbavá coloca cuidadosamente las bolsitas contadas de lentejas en la mochila.

—Éstas aún no las ha firmao, Maestro. Si eso mejor se las lleva a casa p'a firmarlas allí.

Nataša sirve un líquido transparente en cuatro vasitos.

—P'a fortalecernos. Licor de ciruelas casero. Maestro, el alcalde también quiere hablar con usted. Tenemos un problema gordo, muy gordo. Confiamos en su ayuda...

El maestro Oujezdský besa la mano a las damas. Nataša y Hanka le colocan la mochila y le ponen unos paquetes de blando algodón bajo las cintas de los hombros para aliviar la carga.

Drbavá abre la puerta y se inclina.

El primer impacto y la estupefacción se han congelado. Ya no derretirán. Una tensión pegajosa. Barbora se ha quedado petrificada en la puerta, con la mano sobre la manilla. Me mira, incrédula. No con sorpresa por todas las cámaras secretas que hay en mi vida, sino más bien con rabia por haber accedido a hablar de cosas tan íntimas. Y justamente con esta gente. El abogado, evidentemente escandalizado, intenta devolver la conversación a su cauce. Me conmina a marcharme de inmediato, se irrita porque no le escucho. El único que no me observa con avaricia desvergonzada es Denis. Se inclina hacia Stolař, susurra con un jadeo. De cualquier forma, en el áspero silencio a nadie se le escapa ni una palabra.

—Quiere llegar a un acuerdo. Revelar información de un paciente es un delito penal. Me estás poniendo en peligro inútilmente.

—Pero si fue idea tuya.

—Ya, pero tenía que utilizarse sólo como último recurso, si no hubiera otra posibilidad. No podía imaginarme que ibas a sacarlo justo al principio.

La opinión de los demás no me interesa. Pero siempre me acaba atrapando en sus garras.

## MUÑECOS RIÉNDOSE

Hablo para todos y para nadie.

Mis pestañas empiezan a temblar. Ese microscópico temblor anuncia la marea que se avecina, la corriente, el torrente salvaje, la tormenta. Mientras tanto está oscureciendo y el bochorno se intensifica. La tormenta está aún lejos. Tengo que cambiar la impotencia lastimera por una rabia gigantesca. Apoyarme en cualquier imagen que me libere.

Stolař el joven.

Imagino que le arranco la lengua. En vivo. Un salmón rosa. Y la extiendo sobre un pan untado con mantequilla. Sobre una rebanada de pan deposito ese trozo de salmón alargado, ese filete de arenque salado, una lengua aceitosa macerada en saliva, y que al morder salta unas cuantas veces en mi boca. No emitiría ni un sonido. Tal vez un gemido. Yo sé hacerlo, sé odiar. Pero ahora sólo intento resistir, no desmoronarme, no gritar.

Los segundos laten dentro de mi pecho como si me fuera la vida en ello. Pero los segundos de afuera transcurren con una curiosa tensión. Me sumerjo en un monótono susurro.

—Yo sí quiero hablar de todo eso. No tengo nada de lo que avergonzarme. Pero prefiero hablar ahora mismo antes de que el pueblo se llene de murmuraciones. Antes de que todo este increíble asunto se transforme en un enorme disparate. Dentro de decenas de cabezas como la de Stolař.

Stolař entreabre los labios. Pero se lo piensa mejor y no dice nada. Para que yo no cambie de idea respecto a lo de «admitir» mi culpa.

Se me hace un nudo en la garganta, trago saliva, deprisa...

Quisiera cortarle el labio superior con una cuchilla de afeitar desgastada. Y después el inferior. Y luego picar esas dos lombrices rosas ligeramente arrugadas para hacer albóndigas. Le quedaría una cara de muñeco de goma con un orificio rojo. Una atracción de feria, *vean lo nunca visto hasta ahora*; por cinco coronas puede arrojarle una pelota de colores y, si acierta, el premio principal será para usted: asfixiar a uno de nuestros muñecos. Lo principal es resistir, no desmoronarse, no gritar.

—Conocí a mi primer marido, Adolf Sráz, ese que tanto le preocupa, en la universidad. Vivíamos con nuestro hijo en un piso de dos habitaciones en la casa de mi tía Ottla, que recorrió media ciudad para conseguir que yo pudiera vivir normalmente. Era jueves, poco después del mediodía. Un caluroso jueves de julio, igual que hoy. Unos jóvenes inocentes llamaron al timbre y saludaron educadamente. Eran tres. Dos de ellos sujetaban a otro, de unos veinte años, que era el hijo de uno de los inquilinos de la casa. Lo entraron. Tenía la frente cubierta de sudor, y caliente. Decía que le dolía muchísimo la tripa. Como sabían que yo era médico, pensaron que le podría ayudar. No había nadie más en el edificio, sólo yo...

Le pido a la ayudante de garras artificiales un poco de agua. Es diligente. Me

sirve agua con gas que hace un gorgoteo. Y me la acerca, *venga, rápido, no te entretengas*. Una curiosidad ávida. Me humedezco los labios. Y sello esta operación apretándomelos con una servilleta.

—Tendieron al chico en el diván de la cocina. Me concentré en los síntomas que presentaba. Le toqué la frente para comprobar que realmente tenía la fiebre muy alta, le exploré la piel infantil del abdomen para descartar una apendicitis. Y tarde, demasiado tarde, comprendí que los tres se comportaban de un modo muy extraño. Demasiado tarde para cerrarles la puerta, o al menos para haber pedido ayuda en el pasillo con un grito. Lo que después contó en su favor. Porque actuaron como en trance. Porque estaban bajo los efectos del alcohol y de unas pastillas con las que experimentaban, y en ese estado de bajo autocontrol les entraron ganas de divertirse con una mujer. Casi habían perdido sus facultades. El hecho de que durante varias horas estuvieran fuera de sus cabales no cuenta, esas zarandajas no cuentan... Ve, señor alcalde: para algunos esta situación es un atenuante, para otros... un agravante.

No tengo por qué explicar nada. Debería girar sobre mis talones y salir a ese aire caliente, denso e inmóvil de ahí fuera. Demasiado tarde.

Barbora está pálida, asustada. Los hombres aguantan la respiración, con las pupilas dilatadas.

—El ataque fue inesperado.

Protegido por la sombra de la torre, Oujezdský apoya la mochila en la pared erosionada y da un trago al oporto caliente, que se le pega al paladar. Cansado, con los hombros doloridos, se aparta de la pared y entra al fresco interior, que engaña con su tranquilidad, como fuera del tiempo. Un falso señuelo. Una corriente de aire le refresca las sienes. Le gustaría quitarse la carga de la espalda, dejar aquí todas las cargas y quedarse frente al altar desnudo bajo los rayos inclinados; le gustaría despegar sus pies del suelo y ascender hacia la cúpula de la torre con los brazos extendidos y las palmas abiertas. Le gustaría volar hacia el sol, bañarse en sus rayos tibios, sobre los bancos vacíos y silenciosos.

Distraídamente, coloca mal el carro de la compra y éste se cae con gran estruendo. El cura sale corriendo de la sacristía.

—Tengo que hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, pero no aquí. Venga afuera.

Cuando están al sol el cura saca de su sotana una foto de algo que parece sagrado.

—No llevo nada más. Necesito su autógrafo, Maestro. Para mi ama de llaves. Es un ángel y me lo ha pedido hace tiempo. Ella no se atreve. Deje, yo se lo aguanto.

—¿No le bastaría un regalito de lentejas, monseñor?

—¿Qué?

—No, nada.

Oujezdský rebusca inútilmente en sus bolsillos.

—¿No tiene...?

El cura le tiende un rotulador negro.

—Si no le importa... No suelo llevar encima ninguna pluma, ya he perdido dos.

Con la mano temblorosa, Oujezdský escribe: «Afectuosamente y con cariño, Jiří Oujezdský».

—¿Está bien así?

—Gracias, Maestro. Que Dios se lo pague.

Oujezdský se lleva la compra a rastras. En el umbral de su cabaña se fuma un cigarro. Después cierra con llave, sin haber ventilado la casa, arroja sus cosas sin empacar al coche, enciende el aire acondicionado y se larga.

—El ataque fue inesperado. Cuando me incliné sobre su vientre, me agarró la cabeza con las dos manos y me la llevó hacia abajo, entre sus piernas. Sujetaba mi cabeza entre dos tenazas dolorosas. Y los otros dos chicos me empezaron a tocar los pechos, unos pechos hinchados y redondos, repletos de leche. Me defendí fieramente, no les entregué mi cuerpo, estimado señor Stolař, sin oponer resistencia. Me rompieron el brazo izquierdo. Aquí, ¿quiere tocar? Después el derecho. Es una sensación peculiar, estar tumbada con los brazos rotos. Como un pájaro inválido. Sin poder mover las alas. Sin poder moverse del sitio. No me desmayé. No grité. Mi hijo de cuatro meses dormía al lado. Yo rezaba para que no se despertara. Lo resistiría y después ellos se irían. Se irían y después tendría... paz. Al final tendrían que irse. Me usaron por turnos, en el diván de la cocina. ¿Quiere más detalles?

A Barbora le tiembla la voz. La pobre aún no sabe que cosas como ésas ocurren cada día, aún está afectada por la historia, me llama «abuela»; no suele hacerlo a menudo.

—Abuela, ¿por qué lo haces? Por favor, calla y vámonos.

Pero a mí un «por favor» no me vale.

Ya no.

—Vale. Sí. Claro. Las preguntas las dejamos para después. No me desmayé. Me concentré en una sola tarea: que centraran en mí toda su atención. Pero mi hijo se despertó. Escuché sus pucheros. Comencé a ulular para interrumpir su llanto, pero me llamaba con más fuerza, una y otra vez. Grité, y me taparon la boca. Y escucharon ese llanto suave... Lo trajeron... Lo trajeron... y lo mataron. Delante de mis ojos. Ante los ojos de ese pájaro inválido, que no pudo defender a su polluelo. No echó a volar. No podía ni mover las alas. Antes de irse se llevaron de la despensa el pan y el tocino. En esos largos minutos antes de que volviera la tía Otla y mi marido Adolf Sráz, ese que tanto le preocupa, señor alcalde, en esos minutos en los que sólo pude

tocar su cuerpecillo con la punta de los dedos de mis pies y fui incapaz de revivirlo, en esos minutos mi cerebro se nubló de verdad. Muchas veces había querido no tener nada que ver con este mundo, con el mundo de los vivos. Y entonces lo conseguí por un instante. Un vacío negro de muerte nubló mi cerebro. Y fue tan liberador...

## UN BÚNKER DE CEMENTO

Oujezdský llega a Praga con la botella de oporto vacía junto a él. Ha pringado el volante y su camiseta. Tiene los dedos pegajosos. El olor pesado del vino y el sudor se mezclan sobre su cabeza.

Durante su paseo vespertino por la isla de Žofín, se sienta con una segunda botella de vino a la orilla del río. Bebe, arroja la colilla del cigarrillo al agua y finalmente saca de la mochila unas bolsitas de papel. Las tira al río, a esa masa de agua que se lanza hacia adelante juguetonamente, fastidiándole. Una bandada de patos que esperan un desmigado bollo de pan seco se agita. Los patos se sumergen en una furia devoradora. Picotean los paquetitos blancos, luego, decepcionados cambian de dirección. El papel se moja y deja salir las lentejas, que se extienden y flotan sobre la superficie.

Durante mucho tiempo sus redondeadas barrigas tomarán el sol entre parejas de enamorados que reman en las barcas y familias montadas en patines chirriantes.

Stolař se frota confuso su larga nariz. Se pasa el dedo sobre los poros negros, llenos de grasa.

Con una navaja sin afilar con el dibujo de un ciervo, la navaja que solía llevar consigo mi hermano mayor Adolf cuando de pequeños nos escapábamos al bosque, la navaja con la que arrancaba setas de entre el musgo y grababa dibujos en la corteza de los pinos y los abedules, precisamente con esa navaja le haría un corte a Stolař bajo la nariz. Después le abriría dos rajadas perpendiculares. Cortaría una banda rectangular más ancha. Y le arrancaría la piel. Cortar, limar los huesecillos de la nariz, deshuesar ese apéndice olfateador en el centro de la cara. Dejar secar al sol la piel arrancada. Y con tinta negra adornarlo con las letras G, I, T y A. Por todas partes. Pintar ese motivo y ponerlo como pantalla de una lamparita diminuta. Bajo cuya luz el llanto deformaría mi rostro todas las noches. Los huesos con restos de carne los echaría en agua hirviendo. Para hacer un reconstituyente caldo de carne. Lo principal es resistir, no desmoronarse, no gritar.

—Así que, ¿cuál era su pregunta, señor Stolař? ¿Que cómo es posible que aún siga viva? ¿Cómo es posible después de todo seguir viviendo normalmente? ¿En este mundo de locos, que no cambia ni va a cambiar? Tanto da que esté aquí sentado su padre, o usted, o su hijo o su nieto. La gente no cambia. No hay esperanza. Ni en mí

ni en usted, ni en nuestros hijos. Si a todos los que están ahí sentados o de pie les arrancara despacio la piel, encontraría lo mismo. Somos todos iguales.

Stolař se remueve, incómodo. Se frota la nariz intermitentemente. Intermitentemente se toca el lóbulo derecho. Intermitentemente abre y cierra el archivador vacío. Cambia de sitio el jarrón achaparrado con los narcisos artificiales. Lo coloca en lo que cree que es el centro de la mesa. Si le rebanara el cuello no saldría ni una gota de tibia sangre humana.

Ha perdido el control de la situación. La que acaricia los triunfos en la mano soy yo.

El señor alcalde se había visto a sí mismo levantarse en el ring. Con el brazo derecho de la victoria alzado, sostenido aduladoramente por sus dos jóvenes mozalbetes. Sus fieles secuaces. Esas copias que ha criado. Pero yo le he quitado los guantes de boxeo, me los he apropiado y me los he colocado en mis brazos finos como palillos. He absorbido de ellos toda su fuerza y he duplicado así la mía. Pero los va a querer de vuelta enseguida. Me los arrancará de las manos. Si no, no sería él. Cuando los tenga de nuevo en su poder, cuando introduzca en ellos sus grandes puños, se le van a asar dentro y los guantes se le van a quedar pegados a la piel, achicharrados. Se fundirán con su piel. Nunca podrá volver a quitárselos. Lo principal es resistir, no desmoronarse, no gritar.

Tose antes de hablar, pero alguien se le adelanta inesperadamente. Habla Klein, el barbero, con su voz aguda, con sus ojos enrojecidos y ardorosos. Aún siento sus fríos dedos en mis bucles. Sí, aún los siento.

—Caramba, Gita, tu historia es terrible. Pero no me digas que no da p'a pensar mal, que te hayan pasao tantas... tantas cosas raras. Anda que no podrían pensar que te lo has inventao todo, porque a mí me da por ahí. Además, ¿cómo es que se mató tu marido y en cambio tú no te pusiste la soga al cuello, como se puede ver?

Se ríe y mira alrededor. Orgulloso de su ocurrencia. A ti bastaría con arrancarte la cabellera, momia embalsamada. Y delante de tus ojos moribundos peinar esa cabellera cuidadosamente teñida y perfumada. Lo principal es resistir, no desmoronarse, no gritar.

Tuerce las comisuras de los labios en un gesto de amarga seriedad.

—Además, se dice que el asunto nunca se aclaró del todo; bueno, la investigación dejó sus buenas dudas, como ha contao aquí Ladislav, ¿es así, Ladis?, de si fue un suicidio. O si alguien lo ayudó...

Suena el golpe de un pequeño puño sobre la mesa.

—La pregunta de quién es normal y quién no irá dirigida más bien a los suyos. No hemos venido aquí para discutir la vida de mi abuela. Son ustedes los que deben explicarse. Y tú, abuela, serénate. ¿Es que te crees que son tus colegas? ¿Cómo les cuentas esas intimidades? Es muy desagradable.

Barbora solloza. Siente rabia. Rabia por la humillación que nos he infligido a las dos. Hasta Denis quiere decir algo; con la frente arrugada comienza a hablar otra vez en susurros jadeantes. El abogado, en silencio y detenidamente, evalúa la situación, la estudia como si fuera una cobra alerta.

Demasiado tarde, queridos, demasiado tarde. Nada me puede detener. Aunque me dirija a cualquiera, todas mis palabras están destinadas a una sola persona. Estoy en el ring con Stolař, y tras él ondea la sombra de su padre.

Y el cuadrilátero se transforma en un búnker de cemento.

## SEÑALES ONDULADAS

Nataša resplandece de felicidad y besa las letras onduladas.

—Es una señal, una señal. La suerte ha cambiao. ¡Menudo chollo! Y mira que no ha pedío ná, hasta el oportu he tenido que dárselo a la fuerza.

Drbavá pone ojos de carnero degollado.

—Nataša, ¿no podrías cambiarme estos paquetes sin firmar por esos firmaos?

—Sólo uno, y ya.

—Bueno, vale.

—Es usted de las primeras, señora Drbavá, anda que no se quejará.

Drbavá se quita el pañuelo de la cabeza con rizos y envuelve en él la bolsita blanca firmada, con tanto cuidado como si fuera un pastel recién hecho.

—Dejo en casa toda la compra y nos vamos.

—¿Adónde?

—Pues a fisgonear al Ayuntamiento.

—Por orden, señores.

Todo requiere su tiempo y éste corre hacia delante y hacia atrás, sin detenerse en embalses ni en canales ciegos.

—Vivo. Tantas veces no he conseguido suicidarme. No me suicidé ni siquiera después de volver de *allí*. No me suicidaré nunca. Allí ocurrieron cosas que la mente humana no puede abarcar, ni el corazón soportar. Y esas cosas se podrían repetir de nuevo. Bastaría dejar sitio al deseo infinito de buscar chivos expiatorios. Buscar a los más débiles y machacarlos, machacarlos para mantener el poder. No me suicidé ni cuando devolvieron la consciencia a ese pájaro inválido sin su polluelo. No me suicidé, porque se mató mi marido. Como un cobarde. Y qué fácil habría sido para mí entonces. Matarme. Incluso hoy sería increíblemente fácil, tan sencillo. Y justificado. Siempre me ha parecido que es mucho más difícil encontrar argumentos para no suicidarse. Para vivir.

Marcharse por voluntad propia, se dice. Pero nunca es por voluntad propia. Uno



está obligado por corrientes externas y ocultas, que conforman y erosionan las orillas de un acto semejante. Las corrientes de las circunstancias externas. Las de las pesadumbres internas. Uno se ve empujado y arrastrado hasta la decisión final.

Cuando uno conoce lo que la vida significa y la poca justicia que existe, debería irse a tiempo. Pero siempre queda la esperanza de que haya algo oculto. Algo que uno va a conocer, que va a entender en el próximo minuto, a la vuelta de la esquina. Y que hará que todo cambie definitivamente.

Stolař se frota el lóbulo. Se lo agujerearía varias veces con un clavo oxidado, le haría unos agujeros bien redondos en las orejas. Y por esos agujeros pasaría unas brillantes pesas oscuras y metálicas de cincuenta kilos. Y después añadiría más y más piezas, relucientes como testículos de perro. Hasta que en sus lóbulos no hubiera sitio para colgar ninguna más. Hasta que se desgarraran con esos robustos y hermosos pendientes de hierro.

—Enloquecí, tiene razón. Por completo. Hasta entonces me había balanceado sobre una fina cuerda. Sobre un cable tendido entre Puklice y el lugar donde asesinaron a mis padres. Adolf Sráz, mi supuesto marido, mi supuesto apoyo y mi actual fantasma, vino a verme al hospital. Con la tía. Él vino una sola vez. La tía Ottla venía cada día. Tenía ganas de encontrarme con él, necesitaba calor humano en el que envolverme, pensaba que nos abrazaríamos como la primera vez, porque a los dos nos había ocurrido algo... una de esas pérdidas tan terribles que unen a las personas. Pensar en su nombre me reconfortaba. Él sabía cómo se sentían esos tipos a los que un pueblo no perdona. Pero ya lo tenía todo decidido. Vino sólo a decirme... vino a decirme que habían matado a su hijo porque... que su hijo había muerto porque... porque yo me lo estaba pasando bien. ¡La culpable era yo! No soportó la vergüenza que se le había pegado al vivir conmigo. Me dijo que le habría gustado volver atrás en el tiempo, y esta vez, en las escaleras de la facultad, me evitaría y regresaría a su antigua vida... Escribió una carta llena de autocompasión y abandonó este infierno sobre la tierra que yo, según decía, le había preparado. Se colgó en el desván de la casa en la que vivíamos, el muy cobarde. Con la cuerda de tender la ropa de la vecina cuyo hijo me había pedido que lo librara de los dolores que tenía en el bajo vientre. Una vecina que de soltera se llamaba Poledňáková. Una vecina que toda la vida cuidó conmovedoramente de su hermano menor Artur cuando él se estableció en Puklice. Que sacaba la basura, que fisgoneaba y chismorreaba con mi marido, que durante cincuenta años, por los pasillos y en el patio de la casa, lanzaba interrogantes envenenados sobre mi pasado, y llenó con ellos la cabeza de su hijo. Y fue justo ella la que encontró a mi marido. Cuando subía con un cesto a recoger la ropa de cama limpia y seca. Unas sábanas de cuadritos azules.

## MAR HELADO

Nataša almacena y ordena en unas cajas de plátanos los autógrafos del Maestro.

—Ya verás cuando lo vea el ama de llaves del señor cura. Me tira la casa y me vacía la tienda. Los demás van a quedarse a verlas venir. Ésa adora a Oujezdský, tiene grabadas todas sus películas y series de televisión.

—Nataša, tengo que hablar contigo de algo antes de que vuelva Drbavá.

—¿De qué?

—Fue mi hijo quien llenó de grafitis esas casas.

—¡Virgen Santa!

—Sí.

—¿Por qué hace esas tonterías?

Hanka Malá le coge a Nataša la caja llena y se queda esperando con ella hasta que Nataša vacía la estantería superior del cuartucho tras la cortina y coloca allí el tesoro, cuidadosamente.

—Es un bobo, sí, se dejó pillar en la ciudad y por la letra descubrieron que había llenao de grafitis también Puklice. Y el muy idiota encima confesó y dijo que estaba orgulloso de haberlos pintao.

—¿Y a mí qué más me da?

—Stolař es pariente tuyo. Nataša; dile algo p'a que lo saque de ahí. Mira, el chico tendría un borrón en el expediente, y quiere ir a la universidad. No sufras, te lo pagará con creces. Ese cabeza hueca te devolverá el favor algún día. Con intereses.

—Si me hubiera suicidado yo también, les habría servido la victoria en bandeja. Si hubiera cedido y me hubiera vuelto loca, si me hubiera mantenido en ese estado de enajenación, huyendo de la realidad, estaría reconociendo que *ellos*, que *ustedes* siempre vencen. Y no podía permitirlo. Me atacaron. Me forzaron. Me rompieron los brazos como si fueran espaguetis secos. Me marcaron con una navaja una cruz gamada en el pecho. Me trajeron unos regalos extraordinarios esos tres reyes magos. Durante largos meses me limité a quedarme tumbada. No hablaba. Me negué a comer. Nunca me recuperé de todo eso. Pero vivo. Y no me rindo.

Stolař tose. Y habla con una voz temblorosa, que no parece la suya.

—De todo eso se deduce...

—De todo eso, concretamente para usted... no se deduce nada. Sólo para mí, joder.

Con el pensamiento le devuelvo su rostro. Y le coso su lengua gelatinosa. Le repaso la nariz y las orejas. Y le cubro con la piel curada las palmas de sus manos. ¿Por qué resistir, por qué no desmoronarse, por qué no gritar? *Quiero vomitarle mi historia a alguien.*

—Querido, me costó mucho trabajo aprender de nuevo a vivir. Obtener para mí

misma algo positivo de la vida. De la gente. Volver a confiar. Pero lo conseguí, de nuevo lo conseguí. No sola, evidentemente. La tía Ottla me lavó el pensamiento. Para que junto a la espuma amarga goteara también toda la suciedad. Fue ella la que encendió en la oscuridad de mi cabeza las primeras velas, tan fáciles de apagar. Prendió toneladas y toneladas de cerillas para ello. Pero lo conseguí. Todas esas tareas necesarias y sin sentido. Lo conseguí. Ésa es mi victoria. Levantarme, coger el cepillo de dientes, sacar la pasta del tubo, cepillarme los dientes. Desayunar. Echar el café molido. Mezclarlo con una cucharilla. Ordenar mis pensamientos, concentrarme en mi trabajo. Colocar mi mano sobre una frente fría. Rebuscar meticulosamente y con profesionalidad en los cuerpos humanos. Abrir un libro, estudiar. Enamorarme. Alegrarme. Hacer el amor. Por ejemplo.

Barbora se lo pone en bandeja a Stolař, me interrumpe con gritos de «tú te has vuelto loca, ¿qué les estás contando?» Cuanto menos lúcida se muestra Barbora, más calmado está el abogado. Escucha divertido como una esfinge alucinada. No mueve ni un pelo. Algo da vueltas en su cabeza. Con un silencioso regocijo interior mide a los oyentes. El tiburón está calculando cómo comerse un banco de peces asustados.

—Como digo, eso fue lo más difícil. Tocar un cuerpo vivo. Permitir que alguien me tocara a mí. Eso fue lo más difícil. Pero lo logré, lo conseguí. Vencí. Vencí a los monstruos que me espían sin descanso por las calles vacías y me siguen por los descampados. Vencí a los cadáveres andantes de *allí*. Vencí a Puklice. Vencí a los tres reyes borrachos. Conseguí casarme por segunda vez, parir y criar a otros hijos. Preocuparme por mi descendencia. Querer a mis dos nietas. ¿Ve qué nieta tan maravillosa y lista tengo? Obsérvela por todos lados. Barbora, acércate, vuélvete. Y nadie, menos que nadie usted, corregidor, me va a hundir de nuevo. Usted es la cuarta sombra invisible de aquellos tres. El que me quiere romper los huesos hoy. Aquí y ahora. Se ponen uno junto al otro, en posición de firmes. Caminan al mismo paso. Fingen dolor de vientre. Yo les tiendo una mano auxiliadora. Ustedes me la muerden. Y son ya tantos... En toda mi larga y jodida vida...

Una rabia maravillosa, soberbia y aliviadora.

El mar helado no se ha derretido con las mareas diarias de calor rojo. Hay que entrar en él a hachazos, abriendo orificios. Sí. Abriendo agujeros.

## CABELLO TEÑIDO

Drbavá entra precipitadamente, engalanada con un pañuelo nuevo que no está bien planchado en las sienes. Tras ella arrastra a una recua de mujeres con los ojos desorbitados. Nataša, asombrada, aparta la cortina, se retoca los labios recién pintados y regresa al mostrador.

—Señora Drbavá, ¿ha perdido la chaveta?

—Bueno, las otras mujeres también quieren verlo.

—Vamos, por favor, que no es un baile o una fiesta.

—¿No?

—No. Hanka Malá y yo sólo queremos ir y quedarnos debajo de la ventana, calladitas. Nada de llamar la atención.

—¡Ah, eso! ¡¡Lo que las mujeres quieren ver son las firmas!!

Nataša lo pilla finalmente, desaparece tras la cortina y aparece de nuevo. Sobre la cabeza blande una bolsa de papel corriente con unas letras garabateadas: «Afectuosamente y con cariño, Jiří Oujezdský». Se la enseña a la muchedumbre de mujeres que está tras el escaparate y se la entrega con cuidado a Drbavá. Ésta sale por la puerta con un tintineo, se queda un buen rato hablando en la plaza y después deja pasar la bolsa de mano en mano.

—¡Jesús María y José! ¡Es verdad!

—¿A ver?

—Y encima, *con cariño*...

—Yo lo necesito para Helena, que va a ser su cumpleaños.

Así que Hanka Malá se pone de nuevo la bata blanca tras un biombo y reparte artículos, los pesa, los envuelve. Nataša calcula, devuelve el cambio, la frente le brilla con una crema barata que se ha echado; marca en la caja y ceremoniosamente, con una mágica bendición, reparte a las clientas el tesoro soñado. Las mujeres hacen cola; están excitadas, compran cervezas sólo para poder colocar el preciado suvenir en la parte superior de las bolsas de la compra o deslizarlo tras los delantales a la altura del pecho.

Bajo el polvo inundado por el sol de la plaza aparecen las siluetas de sus madres, suegras, hermanas, hijas y nietas, que se apelonan y extienden las manos vacías. Después las mujeres se dan la vuelta y regresan a la interminable cola.

El más confundido es el enjuto Klein. Se remueve en su silla. Necesita liberar su cuerpo de las ramas entretejidas y secas. Adhiere su mirada a las caras, una a una. Excepto a la mía.

Espera una explicación. Se ha enredado en la madeja de tantos años de dar órdenes. Se pierde en todo aquello que no puede tocar o pronunciar con sus propias palabras. Pero al menos no ha pasado por alto la comparación. Que entiende textualmente. Se inclina asustado hacia Stolař.

—Vamos, hombre, ¡di algo! Eso es una tontería, tú no podías estar allí. No puede ser, eras demasiao pequeño, ¿no?

Stolař se vuelve hacia él con una mezcla de enfado y miedo.

—Por Dios santo, claro que no estuve allí. Ha sido una provocación. Yo tampoco entiendo lo que ha querido decir.

Stolař busca. Y al final encuentra: su voz.

—¿En qué tinglado me quiere meter? ¿Qué cojones quiere decir con eso?

—Es tal como lo he dicho. Hace mucho que esos tres salieron de prisión. Tal vez me los encuentre por la calle. Y para mí, desde hoy, usted va a andar a su lado. Como una sombra. Para siempre.

Klein está absolutamente enredado, como un montón de trenzas de Navidad pegadas. Un montón grumoso de masa fermentada. De camino al horno.

—Pero Gita, Ladislav ha dicho que no los conoce. A cada uno lo que le toque.

Ignoro a ese hombre perfumado de la navaja. Al que le brilla con gomina el cabello teñido de negro. Se ha colocado en la cabeza una cacerola de explorador reluciente, casi nueva.

—Para mí, Stolař, es usted un asesino. No porque haga revivir mi pasado y desvíe la atención del suyo, sino porque hace revivir mi pasado para enterrar mi derecho a un presente. Pero no le va a salir bien.

Stolař está sentado, como pasmado. Su astuto golpe a mi plexo solar le ha sido devuelto con una dureza duplicada. Tose teatralmente.

—Bueno, creo que con esto podríamos poner fin a esta desventura *familiar* y centrarnos en el asunto que nos ocupa. Entonces...

No, no, no, querido, no vamos a poner fin a nada. Ese canalla se cree que tiene derecho a dirigirlo todo. Ese ferroviario usurpador cree que va a continuar dirigiendo los raíles de la conversación, como un dictador, según le convenga. No, no. No y no.

—A mí me va a escuchar, Stolař. A mí, sí. Va a escucharlo todo atentamente hasta el final. Se lo va a tragar hasta el fondo. Le va a entrar por las orejas hasta dentro de su mollera, ya que tanto le interesaba. Lo peor no fue lo que hicieron conmigo. Lo peor fue que mi marido se hundió cobardemente, como un gallina. Y se mató. Lo peor fue que delante de mis ojos, delante de estos ojos, decapitaron a mi hijo. Y después, con ese mismo cuchillo, cortaron el tocino y el pan. Y con la cabecita... jugaron a pasársela alrededor del diván de la cocina, al que me habían clavado con clavos de dolor paralizante. Jugaban con la cabecita porque les parecía divertido. Y mientras, tragaban rebanadas de pan con comino con un trozo de panceta. Se pasaban de mano en mano el cuchillo rojizo, en el que clavaban esos bocados como si fuera una brocheta. Desaparecía en sus bocas. Y luego lo dejaban ver entre sus dientes fuertes y blancos. Una y otra vez.

—Cállate, abuela, cállate.

—Me concentré en una sola cosa.

—Para, por favor, calla.

—En ese triangulito palpitante, apenas visible, en esa flechita en la cabeza del bebé decapitado: monitorizaba el movimiento de la fontanela, que ya nunca iba a poder cerrarse. Rompieron en pedazos mi guijarro, ese que yo tenía que pulir. Un guijarro, el único importante en el mundo, el que tenía que haber encerrado en mi mano con firmeza, y alisarlo, observarlo largamente y acariciarlo, pulirlo, sacarle brillo. Y no distraerme con otras cosas. Entonces...

—Calla de una vez, ¡cállate!

Barbora grita histéricamente. Le tiembla no sólo la barbilla. Están a punto de saltársele las lágrimas. Me arranca de mi silla. Me saca de debajo de la mesa y me coge como si me quisiera abrazar. Como si ella misma necesitara que la abrazaran. Me pone en pie. Me obliga a terminar esta confesión humillante. Me aprieta la mano con fuerza. Y seguidamente la retira incrédula al notar la humedad pegajosa de mi palma.

Saca con gesto frenético unos pañuelos de papel. Alternativamente, habla a trompicones y seca las gotas.

—Lo que faltaba; has debido de hacerte un corte, o te has levantado una costra. En el coche hay un botiquín. Ven, vámonos. Es sólo un rasguño, lo arreglamos enseguida. Todo va a ir bien, no te preocupes. Todo irá bien...

La humedad cálida gotea y cosquillea. Las gotas brotan incluso de la mano izquierda.

—... ¿me oyes? A ver, has debido de hacerte un corte, aquí, creo, o no, aquí, o... Todo va a ir bien, no hay que preocuparse, ¿verdad, doctor? —Se vuelve desesperada hacia Denis—. Bueno, ¡haga algo!

Los pañuelos absorben y cubren inútilmente las manchas de sangre, que atraviesan el tejido de papel. Calan y forman a su antojo borrones de tinta roja. Grafitis abstractos hechos por una mano invisible sobre una pared húmeda y desconchada, los grumos de papel adheridos por la humedad. Me los despego de las manos. Los tiro por encima de la mesa. Hacia los pies del de la franela y el de la camiseta, que tienen los ojos desorbitados. Las manchas de sangre se quedan marcadas ante Stolař. Se extienden sobre el mantel grisáceo. Golpeo enérgicamente en la mesa. Con las dos manos. Hacia delante, hacia detrás y hacia los lados. Dejo un mosaico rojo en el blanco ajado. Delante de Stolař, delante de ese cabrón. Las huellas van desapareciendo. Hasta que empalidecen en un suspiro rosáceo. Hacia el vacío. No me da tiempo a apretar mi mano contra la frente de Stolař. No me da tiempo a grabarle mi sello definitivo.

Denis, fascinado y con un interés profesional ostensible, suspira.

—¿Son estigmas?

Quiere mirar las heridas, de las que manaba ese hilillo de sangre. Es una pena que nunca manara cuando podía haber sido absorbido por la nieve.

Me echo a reír.

—Sí, claro. ¿Qué otra cosa se podía esperar, doctor? La sangre que brotó de mis padres, de Rozálie, de mi hermano Adolf, de mi hijo Rudolf. Esa sangre bombeó hasta mi corazón. Hasta mis venas y arterias y capilares. Y hay momentos en los que tengo que soltarla. Antes de que vuestras jodidas jetas y vuestros nidos robados en Puklice sean barridos por una gran ola de sangre. Definitivamente. Hacia el infierno.

Las estanterías se vacían; entregan hasta sus últimos artículos. Entre resoplidos, Hanka Malá quita el polvo de las tapas redondas de las cajas, deposita en los brazos impacientes cervezas caducadas. De la pirámide del escaparate coge el cuello pegajoso de la botella de Pepsi-Cola, que acaba en una bolsa de malla. La pirámide se va encogiendo, empequeñece; la acalorada Nataša vende hasta cajas vacías de quesitos y de cacao. Como decoración para la cocina. A diez coronas. En el último momento le arranca de la mano a Hanka un tarro vacío de pepinillos.

—Los tarros no, Hanka, que voy a hacer conservas.

El sudor que gotea de la frente de Hanka emborrona las letras del último «Con cariño». Se ha vendido todo.

Nataša se sienta en la silla de la tienda saqueada, estira las pantorrillas hinchadas bajo la mesa y alcanza el auricular del teléfono.

—Es como en la película ésa, *La tienda arrasada*.

—Tendrías que haber subido el precio y darles al Maestro por trescientas coronas.

Las mujeres cargadas con el peso de las compras no se mueven de la plaza. La cartera se separa de ellas, atraviesa la plaza en su bici chirriante y grita hacia la tienda.

—¡Hanka! —grita—. Nosotras esperamos aquí a ver con qué nos salís ahora.

Hanka se quita la bata empapada en sudor, la enrolla y la tira en una esquina. Luego se peina el cabello rubio.

—Bueno, vale. Nataša, venga, deja de parlotear ya por el dichoso teléfono.

Nataša cuelga el auricular y Hanka le da un masaje en las piernas con linimento.

—Me duelen horrores las pantorrillas. He encargao treinta sacos más de lentejas.

—¿Treinta? Chica, ¿y dónde los vas a poner?

—En el cobertizo. O en el granero. Se me ha ocurrido que por Navidad podría regalar a las clientas un saco de lentejas con un lazo y la foto del Maestro. Los repartiré debajo del árbol de Navidad iluminao. Hala, vamos.

—¿Qué has dicho de una foto?

—Nada, nada, señora Drbavá.

La señora Drbavá, que está sentada como una borrega en una caja vacía de whisky, se ata el pañuelo al cuello.

—Voy con vosotras. P'a que haya también una representante de las mayores.

Los caballeros pueden estar satisfechos. Han corroborado que no soy normal. Se les salen los ojos de las órbitas. Como si fuera una mujer de la Edad Media acusada de brujería que antes de comenzar el interrogatorio y la tortura hubiera confesado libremente y con orgullo que ha fornicado con el diablo.

El desconcertado Stolař lo comprende mucho después. Cuando las gotas de sangre real e indeleble del mantel del Ayuntamiento galvanizan su cerebro. Como un rayo. La última y repentina impresión ha sido como un martillazo en su mollera.

Intenta salvar su posición de poder. No quiere quedarse fuera de combate, no quiere que lo echen.

—Mire, señora Lauschmannová, no tengo nada contra usted, pero será mejor respetar las normas y comprobar todo minuciosamente...

Él siempre necesita comprobar todo minuciosamente. Pero yo he tamborileado sobre la mesa con mis manos un mensaje claro y renovado: la norma es que no hay normas.

—Doctora Lauschmannová, todo esto es una terrible y lamentable metedura de pata. Le ruego que le... que nos perdone, Por favor, acepte nuestras disculpas. Deberíamos retomar el hilo de nuestra reunión, si es que es todavía posible, y no encender más... emociones. Sugiero que hagamos una pausa.

Vaya, qué suelta tiene la lengua el señor ortopeda. Mi respuesta, por inercia, se la lanzo a Stolař. A ratos le trato de usted, a ratos de tú.

Es *mi* señal de desprecio.

—No existe ninguna disculpa para esto. No voy a perdonar a nadie. Nunca. De algunas épocas de mi vida no hablo. Tras todos estos años tengo la sensación de que esas cosas le ocurrieron a otra persona, que no fue y no es asunto mío. Y usted, en vez de disculparse porque me robaron mi propio techo y me echaron de mi propia casa como a un perro sarnoso y famélico, saca tranquilamente y sin inmutarse esa carpeta negra. Se hincha las mejillas con aire fétido y de un soplido barre el espeso polvo de tantos años. Aviva crímenes que de hecho no tienen nada que ver con usted. Ha traído de vuelta a mi vida a esos tres imbéciles colocados. A los tres. Para que lo hagan de nuevo.

A Barbora se le doblan las rodillas, solloza. Su cuerpo se derrumba sobre mí como si no tuviera huesos. Me libero de su tenaza debilitada. Me molesta.

—Menos mal que de *allí* volvió tan poca gente, si no cada día se recordarían unos a otros con su sola existencia todos sus fallos y todos sus miedos, las líneas de la piel y los montones de dientes de oro arrancados, entre los que se perdió la corona de oro de mi padre como una aguja en un pajar. Todos los cuerpos de los recién nacidos a los que las madres atadas con sus pechos llenos de leche no podían dar de mamar, para que en esos experimentos inocentes se averiguara cuánto aguanta un bebé sin comer al lado de su madre antes de morir de hambre. Su padre también hizo experimentos. También quería que yo me muriera de hambre, pero yo no era un bebé. Yo puedo dar testimonio. Tengo momentos de lucidez en los que estoy sacrosantamente convencida de que todo eso son historias de un pasado muy lejano. Una versión manipulada y lúgubre de los *Cuentos de las mil y una noches*, transformados en pesadillas. Historias ajenas. Pero ¿qué pasa cuando llega alguien como usted, señor alcalde, y desentierra estos recuerdos? Me ha clavado el anzuelo en el paladar y ha sacado a la luz los días de oscuridad. Uno tras otro. Con unas tenazas, el ayudante del herrero Ladislav Stolař me arrancó sin anestesia, sin un trago de aguardiente, incluso los dientes sanos y fuertes. Existen recuerdos que sólo yo tengo derecho a remover. Pero



el descuartizador viene una y otra vez para arrancar y sacar el hilo de las heridas remendadas con tanto esfuerzo.

—¡Cabrón!

Barbora se ha recuperado de forma inesperada. Se inclina sobre la mesa. Salpica saliva y blande el brazo con el pulgar desencajado. Quiere agarrar al joven Stolař por el cuello. Después se recupera, respira aceleradamente. Con las dos manos me agarra por la cintura y apoya la cabeza en mi hombro. La llevo como a una amante embriagada por la luz de la luna llena. Hacia la puerta. Que nos abre el inescrutable abogado. Esta vez con la americana sobre el brazo y con unas manchas acres de sudor en los sobacos. Con cuidado, dejo sobre su pecho el cuerpo sin voluntad de Barbora. Me molesta, me estorba. Me duele la rodilla.

—Hala, listo. Podemos irnos.

Le tiendo la mano a Denis.

—Doctor...

Él extiende con ímpetu su brazo y me da un apretón de mano dubitativo pero largo. Su mirada baja no se aparta de mis manos. Le gustaría leer el futuro en ellas, estudiar detenidamente las líneas rugosas. Lo que más le gustaría sería tomar mi mano, acercarla a su nariz y olerla, examinarla bajo el microscopio. Hacerle una radiografía.

—Doctor...

—¿Sí?

—Salude a su madre de mi parte.

No deja de mirar mis manos. No, no es la primera vez, Denis. Deberías haberlas mirado cuando estaban intactas. Cuando la tía Otla me encontró un empleo de doctora en la empresa Českomoravská Kolben-Daněk. En la periferia de Praga. Una sustitución de un médico destinado unos meses a otro lugar. Vi cumplido mi sueño de dedicarme a la patología. En esa época no podía ni abotonarme la bata...

## SIGUIENTE, POR FAVOR

Trabajo en un estadio de embarazo avanzado, por eso no puedo abotonarme la bata. Por las noches estudio febrilmente. De la biblioteca saco toneladas de libros en mi bolsa de malla. Patología. Neuropatología. Tengo que estar preparada para cuando llegue mi hora. En la consulta abarrotada navego silenciosa entre mis pacientes, navego por el aire con el vientre crecido. Como un pez mudo y balanceante, que vuela ligeramente y se deposita de vuelta en el fondo. A través del cristal del acuario escucho sus quejidos, toco sus cuerpos.

Me hallo en un extraño estado.

Primero tantos llantos y unos calambres internos, confusos. Y después una tristeza tranquila. Una tristeza equilibrada, de la que uno no puede escapar. El mero hecho de levantar las comisuras de los labios es ya un trabajo extenuante, como si una tonelada de peso colgara de ellos.

La tristeza es al menos digna. Camino despacio. Levanto las manos despacio. Hablo despacio. Todo lo realizo despacio. Ninguna brusquedad, ninguna duda. Alguien tira de mí unos hilos como si fuera sonámbula; cuando quiero bostezar me cubre la boca con mi mano. Yo sólo espero a que coja el hilo y me levante la mano. En mi cabeza repaso las páginas con el diagnóstico de la enfermedad pertinente. Tareas mecánicas, como un robot. Un suministro en cadena de enfermos a los que hay que limpiar, engrasar, cambiar piezas. Las piezas me fascinan, los pacientes me son indiferentes.

No nadamos en el mismo acuario.

Siguiente, por favor.

Un fortachón atraviesa el umbral de la consulta junto con el intenso murmullo de la sala de espera. En el sobre de su historial médico son visibles las letras «Ing.» y un nombre ilegible. Me tengo que poner de puntillas para alcanzar con la espátula alguno de esos orificios tan atractivos, una de las puertas que conducen a los túneles en cuyo final se esconde y se revela todo lo fundamental.

Él saca la lengua.

Me encanta esa visión de las amígdalas palpitantes, húmedas, rosas y espumosas. Tumbarse en esa esponjosidad de plumas, con colinas en forma de amebas, y descansar en esa blandura palpitante donde maduran los frutos. Bolitas blancas. Cortarlas y bañarse en la sangre caliente. La lengua empieza a agitarse, me oculta esa magnífica visión: de la garganta llega un indescifrable gruñido: «u o eeh». La enfermera me toca el codo.

—Doctora, creo que ya no aguanta más. Le duelen las mandíbulas...

Bueno, y qué. A mí también me dan calambres en las pantorrillas de estar de puntillas. Vuelvo a apoyarme sobre los talones. El hombre cierra la boca con cuidado. Con una mano se masajea las mejillas, con la otra se rodea el cuello y balbucea atontado.

—¿Es serio?

—Según se mire. Anginas.

—¿Anginas? ¿Después de mirar tanto rato? El doctor habría reconocido unas anginas sólo con un pestañeo.

—Yo soy yo, y el doctor es el doctor.

—Bueno, no se lo tome a mal, sólo quería saber si está del todo segura de que son sólo anginas. —Se golpea el pecho—. Ni siquiera me ha auscultado.

—Ahora lo haré. Desnúdese.

—Prefiero esperar al doctor, no se lo tome a mal. De momento puedo tomar en casa té con miel y limón y un chorrito de ron, y sudar bajo la manta.

—Desnúdese.

—No, de verdad, doctora, gracias. Enfermera, ya vendré otro día.

—Entonces que te zurzan. O mejor, lárgate.

—¿Decía usted algo, doctora?

A la enfermera se le resbala un recipiente con las espátulas. Los palos chupados de los helados salen volando en todas direcciones sobre la superficie abrillantada del suelo. El hombre se queda rígido. Yo levanto la voz.

—Que te zurzan, que te largues. Por ejemplo a la porra. Yo no domino tu lengua y tú no dominas la mía.

—¿La lengua?

La enfermera recoge en cuclillas las espátulas del suelo, balanceándose como un pato. Tiene la tela del pantalón tan tensa sobre los muslos que casi va a estallar. Con la mirada baja pide disculpas por la situación, farfulla que los médicos están sobrecargados de trabajo y de papeleo, hace referencia a mi embarazo.

—Le pedimos disculpas, camarada ingeniero, de verdad. Bueno, ésta debe de ser la última. Siento hormigueos en las piernas.

Las espátulas están recogidas en un montón.

—Me voy a quejar, de eso esté segura, y a las más elevadas instancias.

—A las más altas.

—¿Quééé?

—A las más altas. Largo.

—Sólo eres una putilla con un bombo. Qué te has creído, inútil, media hora mirándome la garganta. Al menos media hora. Dios sabe si de verdad eres médico. Lo que has hecho es inadmisibile.

—Que se vaya ya este capullo.

—Eres una zorra estirada. A mí nadie me grita así; te voy a cruzar la jeta de un guantazo.

La enfermera lo agarra del brazo. El nudoso pulpo se abalanza, los cabellos de Medusa se arrojan sobre mí. Acomete con una serpiente, lanza al aire otra víbora. Todo su cuerpo trata de aplastarme, está preparado para atacar. Le gustaría ponerme en la palma de su mano, cerrar el puño y apretar, apretar. Corro hacia el armario blanco acristalado. Y agarro un bisturí.

El tipo no da crédito a lo que ve. Repliega sus culebras cobardemente y una se enrosca alrededor de la enfermera. Una estatua petrificada. Siguen el blandir de mi mano. Han cometido un error: mirar hacia atrás.

—Te voy a amputar esas amígdalas tuyas. Y no vas a tener que ir ni al hospital, por tus reales anginas. Te las voy a cortar ahora mismo, incluso esos grumitos blancos que tienen. Para que entiendas qué clase de médico soy. Y cómo sé dar el corte preciso...

La enfermera empuja al hombre hacia la salida. Que salga rápidamente. Ella misma camina con paso de oca y trata de apaciguarme con timidez. El tipo aprovecha la oportunidad y sale por la puerta a todo correr. «Llaman a la policía, a los de seguridad —grita por el pasillo—. ¡Se ha vuelto loca!».

Por la puerta entreabierta no tarda en asomarse un racimo de caras de la sala de espera. Ojos sobre cabezas. Les sonrío.

La fiesta se está animando.

La enfermera me retira delicadamente el bisturí de la mano. Sonrío a las cabezas de los pacientes asomadas por la rendija.

—El siguiente, por favor. Entre. Hoy vamos a tener día de operaciones. Hoy vamos a acabar con todas las enfermedades. Y sin anestesia. Aunque... —Bajo la voz y me inclino hacia adelante, mientras la enfermera marca febrilmente un número de teléfono; se ha confundido ya tres veces al mirar la guía—. Aunque bastaría con cerrar bruscamente la puerta. Tiene el borde afilado. Las cabecitas caerían por aquí rodando, como melones. ¿Qué es lo que habrá dentro, tan apiñado? Guillotinar, apartar las cabezas de una patada y continuar.

Los melones desaparecen.

Se esfuma esa bandada de niños traviosos y quejosos, a los que alguien poderoso ha advertido e inesperadamente ha devuelto a la sala de espera. Luego ha cerrado la puerta de un golpe. Me imagino que han colocado el respaldo de una silla de madera bajo la manilla. Intentan levantar una barricada y aislarme.

La enfermera termina de telefonar. Habla con alegría, pero su mirada es insegura; se frota las manos, inquieta.

—Bueno, ahora nos vamos a hacer un té, doctora Gita, y todo irá bien. Sobre todo hay que mantener la calma. Otlá ya viene para aquí... ¡Dios mío! ¡Venga, rápido! Vamos.

Abre el grifo del agua fría. Y me lleva rápidamente a rastras de la muñeca hasta él.

—Se ha cortado con ese maldito bisturí.

Me lava con agua fría la mano derecha, hace desaparecer de ella el color rojo. Pero las gotas siguen tamborileando sobre las baldosas del suelo. Bajo la mano izquierda. Estoy de pie con los brazos extendidos. Los dos charcos se agrandan: el que está difuminándose bajo el chorro del lavamanos y el que está adquiriendo un tono rojo vivo. La enfermera aplica unas gasas sobre la fuente de la sangre. Me coloca sobre el lavamanos también la mano izquierda. El agua fría se lleva el color rojo. Sería muy hermoso que la nieve en polvo lo cubriera.

Helena busca los cortes. Voltea mis manos arriba y abajo, me palpa el dorso y la palma, acerca la nariz a mi piel. Olfatea milímetro a milímetro. En la punta de la nariz se le queda una mancha roja como de payaso. La piel está intacta. No puede

encontrar la herida, entra en pánico. Le gustaría gritar y desaparecer. Me gustaría susurrarle: «Lo principal, enfermera, es resistir, no desmoronarse, no gritar».

Desea seguir a toda prisa a esa bandada de melones rodantes, extender las alas mojadas. Pero tiene que rendir cuentas a Ottla. Incluso en un día como ése, en el que todo la supera.

—Jesús, María y José, yo no entiendo mucho de esto, pero parecen casi como...

—Estigmas. —La abochornada Ottla irrumpe por la puerta.

Y me da un bofetón.

## PRISMÁTICOS

—¿Preparadas?

—Preparadas.

La cartera se apoya la bici en el muslo mientras la bandada de mujeres que la rodea forma un círculo impenetrable. Se inclina sobre el manillar y del bolso saca unos viejos prismáticos militares. La muchedumbre murmura. Nataša, dubitativa, toma en sus manos el objeto metálico.

—¿Qué hago con esto?

—Pues mira, a veces son de lo más útil. Yo los uso p'a controlar las casas y los jardines, p'a no tener que cargar las cartas de aquí p'allá. Es una pérdida de tiempo. Algunos abuelos están en casa, pero están sordos como tapias. Con los catalejos veo si están y les echo una voz.

—Pero *ella* no está sorda.

Las mujeres asienten en grupo. Balancean sus cabezas como si fueran tentetiesos.

—Anda, ir a ver cómo va el asunto. Si necesitáis algo silbáis, y nosotras iremos.

—No los quiero.

Nataša le da los binoculares a Hanka Malá y le ayuda a pasarse la cinta de cuero por la cabeza bien peinada.

—Pues yo sí. Así miraremos a la Lauschmannová de cerca.

Incluso consternado como está, Stolař es capaz de reaccionar en caso de necesidad. Se yergue, cubre la salida. Se frota el cuello, que Barbora no ha llegado a apretar.

—Señora Lauschmannová, sólo quería poner las cartas sobre la mesa para que nos entendamos. Sin ases en la manga. No pretendía nada más, de verdad.

—Pues las cartas se nos han revuelto. Ha sido muy agradable vivir durante todos estos años como si eso no hubiera ocurrido. Vivir en un lugar donde nadie sabía nada sobre ello. Ni siquiera mi segundo marido lo averiguó, imagínese. Está juntando historias que no se pueden unir, para acosarme, para etiquetarme. ¿Como qué? ¿Como una nazi? ¿Como una nazi que merecía ser violada? Con una mentira así no

se puede ir a ninguna parte. Tengo que irme. Otra vez por la fuerza, no podía ser de otra manera. Sin embargo, volveremos a vernos. No tema. Pronto. Pero ahora ya no voy a conformarme con un monumento, miserables.

El viejo Klein, el barbero centenario que dormita, parece que no se entera de nada, pero quizás algo de lo que se ha dicho hoy le entre en el cerebro y le suene dentro de un mes o medio año.

A veces soy como él, siempre un paso por detrás. Hoy me doy cuenta de lo que pasó anteayer. Mañana me daré cuenta de lo que pasó ayer. Hoy decodifico con errores. No me comporto de la manera adecuada. Y mañana recibiré mi castigo por ello. Pero sólo lo entenderé pasado mañana.

Klein levanta su cabeza con curiosidad de entre una maraña de tendones gastados. Como si la sacara de un saco de dormir. Intenta adoptar la expresión adecuada para una fotografía de grupo que tomará desde la puerta en su mente.

—¿Qué monumento?

—Lo único que en realidad quería acordar con ustedes hoy era la construcción de un museo. Y la asignación de un lugar en la plaza para erigir un monumento que recordaría que aquí vivió Rudolf Lauschmann. Un buen patrón y un hombre de su época, asesinado por los nazis. El resto se lo habría dejado por la simbólica suma de una corona.

Con la mano libre, el abogado se coloca con rabia sus gafas de sol. Para esconder su mirada incrédula. Estoy vaciando su cartera.

Cojo a la desgarbada Barbora con fuerza por el otro lado. Aprieto mi bolso.

—Pero ahora, caballeros, gracias al señor alcalde, la situación ha cambiado radicalmente. Voy a querer la devolución de todas mis propiedades. Y con intereses. Y créanme que esto va a ser una dura lucha; para variar será *mein Kampf*. Hasta que se les pongan los pelos de punta. Incluso éstos de su peluca engominada, Klein.

El barbero da un respingo, asustado. Se acaricia el pelo revuelto y pegajoso de las sienes. Silba entre dientes.

—Yo me llamo Malý, señora, Vlastimil Malý. Checo de toda la vida. Checo al cien por cien.

## NO HAY MOROS EN LA COSTA

Nataša, Hanka Malá y la señora Drbavá rodean el edificio, caminan con ligereza sobre el polvo del verano, se detienen bajo la ventana abierta de la sala de reuniones.

—¿Oyes algo?

—Nada.

Nataša levanta con cuidado el moño, desliza la mirada por encima del alféizar. Ve

la larga mesa con los narcisos, las tazas de porcelana y las marcas rojas del mantel. Ve las espaldas de los nietos de Poledňák contra la pared. Ve a Ladislav Stolař con la manilla de la puerta en la mano. El barbero dormita junto a la mesa. Falta Denis.

—¡No está!

—¿Quién?

—La Lauschmannová.

—¿Cómo que no está? Coge los gemelos.

Nataša se decide, pero suelta un ruidoso suspiro. Las cabezas de la sala se vuelven hacia ella.

—Bueno, ¿qué pasa?

Los hombres callan.

—Dios Santo, Ladis, ven aquí que te voy a dar algo.

Levanta una bolsa de lentejas firmada, la última con la palabra «cariño» emborronada, y deja el paquetito de lentejas en la zarpa de Stolař.

—Bueno, ¿qué, Ladis? ¿Le habéis chafao los planes?

—Anda, mejor vete. Saldrá cuando menos te lo esperes, por el otro lado.

Nataša, Hanka Malá y la señora Drbavá se agachan, se arrastran a cuatro patas hasta un arbusto. Esperan con los prismáticos en ristre.

Salgo del edificio del Ayuntamiento.

Mi tragedia ha acabado en una farsa. En la densa y poblada maleza de la entrada murmuran unas voces; mis sobrecargados ojos ven la silueta de tres figuras, una masa de cuerpos extraviados, unos ojos de lechuza... Son alucinaciones. Tengo que largarme de aquí.

Tiritando en el calor inmóvil, me dirijo al coche. Con una mirada de odio, sí, de verdadero odio, por fin, después de tantas décadas, estudio a las curiosas de la plaza y a las que están tras las cercas de las decentes casas unifamiliares. Tras esas vallas a las que se sujetan sus dueñas con las manos agarrotadas, y tras las que los niños desnudos chapotean en piscinas hinchables con chillidos de placer. Con una mirada de odio calcino a la bandada de clientas de la tienda de ultramarinos. También a la cartera, que da vueltas a la plaza en su bicicleta chirriante.

«Que os den».

Mastico las palabras en mi mente. Con las mandíbulas prietas.

Me siento junto al altivo conductor. Me cuesta un buen rato tranquilizarme lo suficiente como para darme cuenta de que en el asiento de atrás, al lado de mi gimoteante y abatida nieta, se encuentra Denis. Musita un largo monólogo de disculpa. Con la mirada fija en mis dedos, entrelazados y apoyados en mi regazo. Denis es un hombre típico. No entiende que muchas veces lo mejor que se puede hacer en momentos decisivos es cerrar la boca.

Tres mujeres vigilan desde detrás de unas zarzas. Salen, se sacuden la suciedad y se limpian las rodillas, salen zumbando hacia la tienda. Para elevar la tensión de ese montón de mujeres ya repleto de curiosidad. La cartera frena bruscamente. El polvo que levanta se posa en las mejillas calientes.

—¿Qué has visto?

—No mucho. No sé usar el chisme éste.

—Pero algo habrás visto.

—Llevaba unas perlas en las orejas. Así de pequeñas. Y en el cuello también.

—Y a la joven le ha dao un patatús.

—¡A ver si está en estao!

—Salía tiesa como un pavo.

—¿Y? ¿Se va a quedar con todo?

—Los hombres nos lo dirán. Tenemos que esperar.

Que me deje tranquila. Que se vaya. «Que os den por culo a todos.» Dios mío, pero qué estoy diciendo.

—Denis, salga del coche, por favor.

Él esperaba otras palabras. Esperaba rabia. Insultos. Llanto. Está perplejo. Aún estaría más perplejo si le escupiera lo que realmente tengo en la lengua.

—Ya he comprendido cómo están las cosas. Persiga su objetivo, doctora. Pero debería negociar con ellos de otra manera, con ellos no puede hablar de...

—Lárguese, ése es mi objetivo.

—Sí, claro.

—Baje del coche.

—Por supuesto. Perdone.

—Y salude a su madre de mi parte.

Dejamos atrás, en el arcén de Puklice, su figura menguante. Un silencio elocuente inunda nuestra celda de hojalata.

El coche verde botella ha salido disparado a la velocidad de un coche de carreras. Nataša lo sigue con la mirada. Las mujeres tosen y entornan los ojos dirigidos en dirección a la nube de arena.

—Menudo carro.

—¿Se ha ido?

—A ver si nos la juega...

La cartera le coge los prismáticos a Hanka Malá, los ajusta a sus ojos, se sienta en su bicicleta y pedalea tras el polvo arremolinado. Al cabo de unos minutos regresa jadeante, hace un gesto por encima del manillar, vuelve a dar media vuelta y sigue pedaleando. No hay moros en la costa.



Salen corriendo hacia el Ayuntamiento.

## Tercer regreso (verano de 2005)

### ATRACCIÓN DE FERIA EN TARROS DE CONSERVAS

Una tarde algo ebria, anhelante, en la que tintinea suavemente el tranvía. El bochorno duele. Praga se va tragando las agotadas voces de los hombres, las enfría en sus entrañas pegajosas. Ella misma le planta cara al sol, desvergonzada, se quita las gafas de sol provocativamente y expone su desnuda blancura al resplandor. Los dos contrincantes están igualados.

En una de las celdas de ese cuerpo fresco se abre y se cierra bruscamente un frigorífico con un destello; se cuecen unas lentejas, se prepara una ensalada, se fríen unos filetes, se abre una botella de champán, cacarean animadamente unas voces de mujer.

La señora Lauschmannová pronto volverá a sus papeles. Estamos en el año 2005 y sus padres han sido rehabilitados.

El juguete mecánico ralentiza su paso de garza. Se va pa... ran... do... Necesitaría que alguien le diera cuerda con la llave de atrás.

Mira a su alrededor con cautela. Nadie le sigue. El coche verde botella, del que la doctora Lauschmannová lo ha echado sin piedad, ha girado con un chirrido hacia la izquierda en una curva hace ya un rato.

En su cabeza revolotean con frenesí unas brujas montadas en sus escobas. No lejos de una zanja en la que un cerezo sacude su madurez jugosa y roja, se abre los botones superiores de la camisa. Los desabrocha con un movimiento familiar. Unas manchas húmedas se expanden por sus axilas. Denis levanta los ojos. Antes de que tenga tiempo de protegérselos con la sombra de su mano, lo ciega el abrasador disco solar del mediodía.

Se queda sentado en la hierba durante largo rato, medita en el arcén. Las avispas zumban y llegan hasta él, se asoman a sus orejas, sorben el sudor de sus mejillas.

Los torpedos a rayas negras y amarillas revolotean alrededor de su cabeza, clavan sus mandíbulas, chupan la mezcla de pensamientos de su dulce melón. Denis sacude los brazos inútilmente, no logra espantarlas. Finalmente levanta su pesado trasero. Regresa al pueblo.

Atraviesa la plaza con paso cansino. Nataša y la cartera discuten airadamente. Hay una bandada de mujeres, de rostro desconocido pero que le resulta familiar, con

pesadas bolsas de la compra y carritos de los que se van cayendo alimentos y en los que se derrite la mantequilla. Participantes en una excursión que esperan a que llegue su autobús. Una de ellas rodea la multitud, se coloca con disgusto el pañuelo sobre la frente y luego lo retira. Al poco se ata mejor el nudo al cuello. Se coloca ese rizo gris desobediente en la sien. La cartera deja que los prismáticos pasen de mano en mano, los enfoca, reniega.

El cúmulo de parloteos femeninos se congrega en torno a Denis.

El pueblo va de aquí para allá como un hormiguero en peligro. Aparentemente las tareas cotidianas han quitado protagonismo a los excepcionales acontecimientos. Sólo cuando se mira de cerca resulta evidente que todo y todos están en movimiento. Las mujeres hablan enconadamente de la arrogancia insolente de la *vieja teutona*, como han bautizado a la señora Lauschmannová. Están acaloradas por el bochorno, excitadas por las escandalosas novedades. Cada una de ellas lleva en la mano la bolsita firmada como si fuera un arma. Una granada sin explotar.

Stolař ya se lo ha contado. Ha hinchado y deformado toda la historia. Ha arrojado a puñados unos granos ya elegidos. Y con su relato las mujeres han ido recogiendo esos granitos, que difícilmente podrían ser trocitos de verdad. La verdad la tiene Stolař en casa, escondida debajo de la cama. No hay en el mundo un pozo lo suficientemente profundo para dar toda el agua necesaria para pasar los granos que se han quedado atragantados en tantas gargantas.

Refugiarme en mi madriguera, en mi piso de Praga, y hacerme un ovillo. Aquí habita un amable silencio. No como en Puklice, donde el silencio es amenazador. Pero los figurantes aguardan: mi hija con mi nieta pequeña Anna. Me han traído la compra semanal. Han limpiado.

A ratos me duele el corazón. De vez en cuando alguien da vueltas a un destornillador en mi pecho.

Están extrañamente excitadas; Anita, llena de curiosidad. Han rebuscado entre mis cosas. Dejé los cuadernos azules con mis recuerdos de Puklice sobre la mesa, olvidé meterlos en la caja blanca de los documentos, guardarlos en la caja fuerte. Como hago siempre, antes de salir de casa. Las páginas se muestran impúdicas, abiertas y emborronadas de tinta: «Desde que he regresado de *allí* vivo como si me hallara bajo una gruesa capa de hielo sobre la que los demás resbalan ávidamente, con las mejillas encendidas de emoción». Hasta mis pequeñas mujeres están coloradas, jadeantes. Han participado en una carrera para ganar un premio secreto. Los ojos les bailan, han ganado. ¿Lo habrán leído todo?

Entro renqueando en mi estudio. Desde la mesa me hacen muecas unos papeles y sobres medio abiertos con restos de sellos oficiales.

Es la gota que faltaba. La última gota del día.

Denis da vueltas en un tiovivo de preguntas, no puede seguir el ritmo.

—Dicen que esa vieja loca lo quiere todo. Qué le vamos a hacer, menudos tiempos nos ha tocado vivir. Cada uno mira por lo suyo.

—Pero si siempre ha sido igual...

—Al final van a comprarlo todo, hasta la última tabla. Una vez vino un alemán con su Mercedes y le echó el ojo a la casa del maestro Oujezdský. Pero yo le dejé todo bien clarito. Le dije que era de un gran actor checo que salía en una película americana y que no pensaba venderla ni por casualidad.

La del mechón gris se acerca a Nataša y se rasca bajo el pañuelo.

—Bueno Nataša, vosotras dos y tu madre lo tenéis bastante negro. Primero irá por el palacete, así que ya puedes ir vaciando la tienda.

—Escuche, señora Drbavá, ya lo arreglaremos. Pero si en todas partes cuecen habas.

La señora Drbavá se ata y desata el nudo nerviosamente y se acerca a la cartera, que con los prismáticos apoyados en la nariz, observa cómo se acerca Denis. Con admiración. De arriba abajo. Y vuelta a empezar.

—Y pensar que mi madre la ayudó a nacer...

La cartera se quita las gruesas gafas y se da una palmada en la frente.

—Y ¿dónde vamos a meter los sacos de lentejas?

El tiovivo se acelera, las caras que van a lomos de los animales se balancean, los óvalos borrosos zumban en los oídos de Denis.

—Nuestro padre dice que no nos pueden echar de la casa.

—Seguro que antes la encierran.

—O alguien le dará una torta bien dada en esa narizota suya tan tiesa.

El tiovivo estalla en carcajadas.

Denis se libera de las frases hechas a las que se ha reducido el diccionario de esas mujeres. Piensa en su hermana. Nataša se ha visto obligada a adaptarse. A no destacar. O quizá siempre ha sido así. O le falta oído y talento para percibir los elocuentes cambios en las miradas, en las comisuras de los labios. Las palabras no siempre expresan lo más importante. Las mujeres lo saben, por eso derrochan tantas. Lo importante es quién hace qué; decir, cualquiera puede decir cualquier cosa. Su hermana. Tiene miedo porque sólo sabe bailar al son de esa única flauta.

—Bueno, mujeres... El vino está servido, así que habrá que beberlo.

El tiovivo se detiene. No conocen esta canción.

Denis se dirige al edificio en el que nació. La casa familiar de Gita Lauschmannová.

El grupo de la plaza va creciendo, el tiovivo acoge a las que llegan. El pueblo se amontona, se aúna en una barrera impenetrable. Los pequeños odios y las rencillas se olvidan. Las disputas vecinales se han aparcado. Dirigen su malicia hacia una única

persona. Allá van.

«Y yo formo parte de todo esto. He roto el juramento hipocrático, he sobrepasado los límites... Sólo que la pobre Nataša no sabe bailar a otro son... o...».

Denis se pasa el índice por las líneas de la mano izquierda: tiene la palma seca. A su espalda el tiovivo chirría, adquiere una velocidad endiablada con sus giros rechinantes, hasta que uno se agarra con sus últimas fuerzas antes de que la fuerza centrífuga lo lance por los aires... Debería darles la espalda. No. La gente de Puklice no escucha ya ningún argumento. Sólo escuchan la melodía del tiovivo. Que se extiende de una generación a otra. Como una epidemia. Un estremecimiento antes de un linchamiento. Denis se masajea la palma seca. «Hay una atmósfera tan horrible aquí, doctora. Será mejor que no vuelva nunca más».

Denis escucha su nombre. Desde la iglesia llega una voz urgente. La señora Lauschmannová lo llama con un aullido, encogida tras la cúpula roja de la torre con un bebé en los brazos, escondida en el astillado ardor de unos rayos dolorosos. Denis baja la vista; las estrellas comienzan a girar salvajemente antes de desaparecer. Se limpia la frente sudorosa. La voz ruge de nuevo.

Nataša.

Gritando que no irá a casa hasta la noche. Que va a ir a casa de la vecina, Hanka Malá. Su marido llega en el autobús de la tarde y querrá enterarse de todo en caliente.

—Díselo a mamá. Mira, Denis, se pasa la vida ahí sentada, esperándote, así que mejor no le cuentes mucho. Hay que andarse con cuidado con la gente mayor. A su edad, para qué darle un disgusto...

## TERCIOPELO ROJO

Denis rodea el palacete, abre la verja, se desliza hacia la entrada. Aprieta el pomo de metal con el adorno de las dos serpientes. En el perchero del vestíbulo cuelga lacio el delantal limpio de su madre. La puerta de la derecha da al comedor y la cocina. La atraviesa, siente un cosquilleante hormigueo por la espalda. El hormigueo se intensifica según aumenta la intensidad de un susurro, que se va dividiendo en los retazos ininteligibles de una conversación.

En la cocina se amontonan alineados batallones de tarros para hacer conservas. Están por todas partes. En columnas de a cuatro, lavados y ordenados cuidadosamente. Su vacío brillante y pulido reluce bajo el sol. La mesa está ocupada por una amplia fuente de piedra negra con cerezas apiladas. Una montaña ondulada de color rojo oscuro. Los cuatro discos de la cocina eléctrica están ocupados por una enorme cazuela grisácea para cocer fruta. Fuentes y recipientes de todos los tamaños y colores llenos de cerezas cubren la encimera de la cocina. Algunas cerezas han caído entre las rendijas del suelo de madera.

Denis no tiene sitio para pasar. Piensa, busca posibilidades. Aparta unos tarros

llevando un hervidor metálico en la mano derecha. Después cambia de idea. Inclina el cuello del hervidor, tira el agua y lo coloca de nuevo en el fregadero. Da la vuelta a una taza; después coloca la fina arena de nuevo dentro y devuelve la achicoria al recipiente redondo con tapa marrón. Bajo el chorro de agua quita el polvo restante del fondo de la taza sin usar. El polvo se le ha adherido en la piel, se le ha pegado en las yemas. Arroja la cucharilla al cajón de los cubiertos con un tintineo. Coge de la nevera dos tomates que están sobre un tetrabrik de zumo de manzana y los echa en el fregadero, donde su piel se rasga y deja al descubierto la carne roja. Bebe directamente del tetrabrik, en el que deja sus huellas marrones.

Sólo entonces continúa investigando de dónde vienen esas voces ininteligibles.

En el antiguo dormitorio, una habitación amplia con un pequeño Matisse y un Cézanne originales, está sentada frente al televisor la madre de Denis. Los cuadros los trajo Ulrike Lauschmannová de París a comienzos de los años treinta. Todas estas décadas han permanecido ahí colgados como un tesoro sin descubrir por unos buscadores de oro ciegos.

La vieja Mujer dormita frente al televisor susurrante.

Pocas veces sale de la casa.

—Bueno, ¿qué tal ha ido?

Todo hierve dentro de mí. Como en una caldera a vapor. Voy a la cocina. Hay galletas dispuestas en unas bandejas. Merengues comprados en una pastelería. Unos canapés con salmón, aceitunas y verdes rodajas de kiwi. Todas esas viandas están custodiadas por unas relucientes copas de pie alto, por las que se pasean unos brillantes rayos desobedientes, díscolos, que se han alejado de su fuente. Abro el frigorífico. El champán se está enfriando; en una fuente descansan unos filetes empanados y una ensalada de lentejas con salsa de queso. Soy una extraña en mi propia casa.

—¿Por qué fisgoneáis mis cosas?

—Te hemos traído la cena. Y hemos limpiado un poco. Vaya desorden que tienes en la mesa.

—¿Y?

—Lo hemos dejado todo como estaba. Nos hemos dicho que hoy era un día tan importante, el día de tu regreso a Puklice, que deberíamos celebrarlo contigo.

—¿Lo habéis leído?

—¿Quieres un café?

Mi hija coloca el hervidor debajo del espumoso chorro de agua del grifo de la cocina. Un ritual para ganar tiempo.

—Bueno, ¿lo habéis leído o no?

—Por encima. ¿Por qué nunca me habías hablado de ello? ¿Por qué dejaste pasar tanto tiempo antes de pedir la rehabilitación de los abuelos?

—No quería volver a todo eso, no quería abrir la caja de los recuerdos, levantar el esparadrapo. Tu abuela tendría ahora cien años. Está enterrada hace mucho. Igual que tu padre. Pero los estoy resucitando. Por eso lo hago. Además... No te preocupes. Es asunto mío.

—Pero también es cosa nuestra. Y si Barbora tiene que ayudarte con los aspectos legales, al menos debería saberlo todo. Está bastante pálida, ¿qué ha pasado?

La pregunta se une al tintineo de los cubiertos, a los que saca brillo una mujer atareada, inteligente y musculosa a la que yo di a luz. Los frota vestida con una camiseta blanca y unos pantalones cortos de algodón que no son adecuados para su edad. Las últimas palabras las dirige hacia el cuarto de baño donde ha desaparecido Barbora. La respuesta es una puerta cerrada y un lavabo con el grifo abierto. Para que no se oiga su llanto tras la puerta ha abierto el grifo de la ducha. El chorro intenso de una alcachofa en flor. Tengo muchos años de experiencia. Ella también los tendrá.

—Lo que he escrito sobre Puklice es mío, y tú lo mareas y lo revuelves como si fueran desperdicios.

Las pesadas y descoloridas cortinas de terciopelo rojo están echadas. Parece que fueran a romper la barra con su peso. La avariciosa tela capta cada rayo de sol y atrapa cada mota de polvo, se hace más pesada. El plato de porcelana blanco con adornos azules que está sobre el regazo de la Mujer contrasta con su rostro. Arrugado, ajado por el aire del campo. El plato está lleno de crujientes ganchitos amarillos. Las voces del televisor pertenecen a personas artificiales. Maniqués repeinados que caminan por una habitación de cartón piedra cuidadosamente decorada. Salen de su agujero como cucarachas, pasean su cuerpo por la pantalla, pisan el televisor, se sientan sobre él, balancean las piernas, se suben a las cortinas y luego se deslizan hacia abajo, hasta que vuelven a la caja. La Mujer pasa todas las tardes ahí sentada, viendo telenovelas de todo el mundo. Con la mano metida en un cuenco del que come regularmente. Ahora, desde la caja tonta, gritan con sentimiento, chillan y saludan inútilmente a su fiel espectadora. Que tiene la boca dentro de un cucurucho.

La Mujer observa una ranura entre las cortinas. Un rayo se ha abierto camino a tientas desde fuera. Una banda dorada de luz cae oblicua sobre sus piernas doloridas e hinchadas, que sobresalen del sillón orejero, y luego se desliza rápidamente hasta la pantalla negra de la estufa. Una estufa limpiada y abrillantada que nunca se usa.

—Así que ha venido.

Denis no se sorprende de que su madre saque el tema sin andarse con rodeos. Sin saludarle. El sonido de los tiovivos de feria llega hasta aquí.

—Sí, ha venido.

—¡Vaya idea! ¿Sola?

—Con su nieta y un abogado.

—Vaya, tiene una nieta. No como yo...

La mirada de su madre se levanta con reproche hacia las sienes canosas de su hijo antes de volver posarse en la radiante caja.

—Nataša no me ha contaó casi ná. Ha venido corriendo de la tienda toda emocionada y ha metido en la caja fuerte unas tonterías firmadas. Dice que voy a copiar y firmar algo y que me va a dar un premio, y que no diga esta boca es mía. Y luego venga a hablar de hacer conservas.

—No quiere que te enfades por bobadas.

—¡Bah! Y lo dice ella, que siempre está cabreada. No tiene ni idea; sólo tiembla de alegría por el negocio ese que se ha inventao. Cree que no sé nada, que no me entero, pero yo sé muchas cosas. Cojo un cachito de aquí y otro de allí, y tachán, me entero de tó. Como tú. Tú eres listo, has salido a mí.

Denis se peina el cabello impacientemente con los dedos.

—Creo que es normal que Nataša tenga miedo de perder el piso y el trabajo. Y quiere ahorrarte el miedo a ti.

—Bueno, y ¿qué? ¿Se lo devuelven todo a la Lauschmannová o no?

—Ha ocurrido algo desagradable en la reunión... No se ha puesto de acuerdo con el Ayuntamiento... sobre todo con Ladislav.

—Vaya sorpresa...

—Hay que ir a juicio.

—No me hables como si fuera idiota. ¿Se lo devuelven o no?

—Es difícil de saber.

—¡Dime la verdad!

—Es muy probable que gane el juicio.

—Cierra la puerta.

—¿Qué?

—Ven; cierra la puerta y siéntate. No, espera, antes tráeme un cuenco de la cocina.

—La cocina está inundada de cerezas. Me temo que no voy a encontrar ningún cuenco vacío.

—Pues tráeme una cacerola.

## UN VIAJE EN TIOVIVO

Está impaciente. Tiene miedo de repensárselo. Lleva sesenta años haciendo acopio de valor.

Denis regresa con el cazo en el que su madre suele calentar la leche. La mujer lo coge por el mango de baquelita y le indica a su hijo que eche dentro los ganchitos del plato. Los pequeños cilindros se amontonan. Denis los vierte hasta que ya no caben más. Se desbordan y al caer, desprenden un polvillo fino. Denis intenta recogerlo de



la alfombra persa. La madre se vuelve impaciente hacia él.

—Deja eso. Y cierra la puerta. Eres como Nataša, ésa tampoco para quieta un momento.

Coge con las dos manos el plato blanco con el fondo decorado con unos característicos adornos azules.

—A Nataša ni mu.

Levanta el plato sobre su cabeza y vuelve la mitad superior de su cuerpo hacia Denis. Como un vencedor de Wimbledon orgulloso de su trofeo.

—¿Lo ves?

—Mamá, creo que deberías descansar.

—¿Lo ves?

Baja las manos cansadamente hacia el regazo.

—Bueno, pues esto también era de ella. De la pequeña Lauschmannová. Ese día que entró en casa yo lo tenía en la mano. ¿Por qué tendría que tener miedo? ¿Por si pierdo la casa? Anda, como si esta casa fuera mía. Nunca ha sido mía. Y no es que yo pueda lavarme las manos...

—Pero tú no decidías nada.

—Te sorprenderías.

—El tío nos lo contó muchas veces, a mí y a Ladis... Que mandaron una comisión de crímenes a Puklice con tres miembros de la Guardia Roja, y quien se opusiera...

—El tío Stolař os contó esos cuentos, ¿verdad?

La madre se ríe. Parece que va a soltar el plato. Denis se lo quita con cuidado de las manos. No sabe qué hacer con él y lo deja en el sillón bajo el codo de su madre.

La risa se transforma en un sollozo que agita el cuerpo enjuto de la Mujer.

Entro de nuevo en mi estudio, cojeando. Me pongo a cerrar frenéticamente los cuadernos y a introducir los papeles en sus sobres, y lo meto todo a presión en una caja.

Mi hija busca apoyo en mi nieta Barbora, que ha salido del cuarto de baño blanca como la pared y con los ojos enrojecidos. Abatida y agotada, se sienta en un sillón. Le hace un gesto a su madre para que se calle.

—No ha ido ni bien ni mal. No se ha podido llegar a un acuerdo. Vamos a continuar. Por vía judicial.

Me aprieto la caja sobre el pecho hasta que duele. Le echo un hechizo contra las miradas intrusas. Es sólo mía. La dejo en la mesa y tamborileo sobre ella. Mi metrónomo interno marca un *staccato* cada vez más rápido.

—Esto, esto me está quitando el sueño de mis últimas noches. Esto es mío: no es una novela para criadas ni para antes de irse a dormir. No quiero que cualquiera meta las narices en ello.

—¿Cualquiera? Somos tu familia. No tienes a nadie más.

—Pero tú sí. Vete a cocinar algo para tu marido, ese experto en tranvías, antes de que le eche el ojo a alguna más joven. Y más delgada.

Anita coge a Barbora por los hombros, levanta la vista hacia el cielo. La pelea de siempre ha comenzado. Esta vez mi hija ha hecho un intento notorio para mantener la paz. Ha venido a hacer las paces, salvo por esa infracción con las puntas de sus dedos. Con unos canapés en una bandeja, una hogaza conciliadora de pan con sal como bienvenida. Pero yo no he dado ni un paso. Le he tirado la bandeja de la mano, he abierto el salero y he tirado la sal. Por eso explota aún más.

—Mi marido es una buena persona y a ti te molesta que haya descubierto cómo eres. Siempre te has ocupado sólo de ti misma; eres una santa egoísta. ¿Y encima me quieres ofender?

—¿Qué quieres de mí? No tengo nada. Sólo la casa de Puklice, donde están agarrados esos piojos. Y sus nidos. Por todas partes adonde uno mira. No me pude llevar ni esa trona, que quería para mi hijo. Y ¿de qué te iba a servir saber que no eres la primogénita, que antes de ti ya había dado a luz? Sólo vivió cuatro meses. No existió. No hubo un primer matrimonio. No existió. ¿Qué esperas? ¿Qué quieres?

—No quiero nada de ti. Pero ya que lo dices, lo único que he querido de ti es ese medallón de la abuela, el que me has prometido desde que era pequeña. Se balanceaba alrededor de tu cuello. Para ridiculizar a los niños que extendían inútilmente la mano para cogerlo. Yo era pequeña y te lo pedía, y tú decías: «Era de la abuela Ulrike. Un día te lo daré y tú se lo darás a tu hija. Es nuestra cadena de la suerte. Pero ahora no, cariño, ahora quita la mano, o te voy a dar un cachete. Y vete adonde papá; yo tengo que trabajar». Todo cuentos y mentiras. A saber dónde lo has metido.

La misteriosa risa mezclada con lágrimas se apaga. Y es la rebeldía la que ocupa su lugar.

—Me duele tó. No queda mucho tiempo; cualquier día la palmo... Por eso te lo voy a contar tó. ¡Te lo voy a contar!

Discute con alguien invisible. Consigo misma.

—¡Ahora mismo lo cuento! Que alguien lo sepa, al menos.

Se levanta de golpe del enorme sillón de cuero. Con esfuerzo, se separa de esa butaca solitaria con un reposapiés, encargada en Londres en los años veinte. *Diseño original inglés, color marrón rojizo, piel de vaca curtida a mano, botones cosidos, estructura firme de madera de haya, un tapizado especial, patas de madera maciza.* Como si tirara de un pesado *rickshaw*. Aunque bastaría con decirle a Denis que hiciera un ligero movimiento hacia ella. Está agotada. Con los dedos retorcidos agarra el borde del plato de porcelana con adornos azules. Lo agarra con firmeza.

Habla en un susurro conspirador. Está exhausta, y sin embargo se levanta. Mira

tras el sillón, rebusca debajo, levanta jadeante las pesadas cortinas. No hay nadie tras ellas. No sobresalen las puntas de unos zapatos ni de unos pulgares desnudos. Tras la ventana no hay ninguna cara con la oreja pegada y unos prismáticos. Aliviada, se sienta de nuevo en su trono.

Para saltar de él a los pocos minutos.

## ESTO ESTÁ QUE ARDE

Denis no la interrumpe. Las palabras mueren en una primera lluvia de frases atropelladas, cuyos finales se traga la Mujer. Habla del primer y sorprendente regreso de Gita Lauschmannová. El pueblo había caído en un delirio avaricioso. El final de la guerra se unió a un futuro pintado de color rosa. Todos podían llevarse una recompensa tangible, plantar semillas en su tierra. Todos tenían propiedades, todos eran iguales. Entonces nadie podía prever nada; experimentaban el paraíso en la tierra. A cada uno su parte justa. A cada uno según sus necesidades. Si alguien hacía notar que los Lauschmann podían volver, que sólo habían pasado unas semanas desde que acabara la guerra, la pandilla de Stolař los hacía callar. Todo estaba comprobado y certificado. Ladislav rodeaba por el hombro a los que dudaban y los calmaba. «Están todos bajo tierra. Y si no da igual: Lauschmann era un burgués asqueroso y encima alemán. Ésos ya no vuelven, están enchironaos. Esto es un pueblo checo: limpio, feliz; todo el mundo tiene derecho a un techo. Hemos ganao la guerra, acéptalo».

La Mujer se levanta, revisa detrás las cortinas, tantea debajo del sillón. No hay nada.

—El tipo tenía autoridad, Denis. Volvió destrozao del campo de concentración.

—Como la doctora Lauschmannová.

—Sobrevivió. Como Gita.

¿Por qué todo vuelve una y otra vez?

¿Por qué mi hija no podía ocupar el lugar de mi primer hijo, de Rudolf? Aunque hubiera estado rodeada de miles de retoños, entre ellos siempre habría esa negritud lastimera y fría.

Mi hija recién nacida, como un mensajero imparcial, trajo la nueva purificadora. De que dentro de mí se había enfriado la lava ardiente, se había secado y extinguido el asco líquido que en contra de mi voluntad me habían bombeado esos tres reyes magos. Al dar a luz me puse histérica. Me horrorizaba lo que podía haber engendrado, fruto de la sangre contaminada y la carne maldita. Las contracciones llegaron un lunes. Después de desayunar. Después de que mi marido se fuera a dar clase. Recogí la mesa de la cocina. Dos platos. Dos tazas. Dos cucharillas. El

azucarero. El salero. Mermelada de cerezas. Mantequilla. Queso ahumado. Unas cáscaras de huevo. Los restos del copioso desayuno de Johan.

Recogí las migas del mantel con la mano, no hice caso de los primeros síntomas. Lo principal es resistir, no desmoronarse, no gritar. Fregaba los platos y respiraba hondo. Mientras dejaba una taza con el borde dorado en el escurridor, sentí unas pulsaciones no sólo en el bajo vientre. Un aviso de ese conocido martilleo en mi cabeza. Un suave toque de que me iban a hinchar la cabeza. Ignoré a mi cuerpo. Pasé la hoja del calendario de mesa, hipnotizada por una fecha subrayada en rojo.

—Es lunes, y yo tengo que dar a luz el miércoles. Es un lunes del año 1963, pero yo tengo que dar a luz un miércoles del año 1963; es lunes, yo tengo que dar a luz el miércoles...

Me resistía a dar a luz con ese inútil y estúpido mantra. Durante horas y horas lo estuve recitando mientras balanceaba la cabeza. Como el péndulo incansable de un reloj de pared. Me enfrenté a la naturaleza.

—Un embarazo y un segundo parto sí los podrás superar físicamente, incluso a tu edad, pero no sé lo que va a pasar con tu mente.

La Mujer sigue comiendo ganchitos.

—Quién iba a decir que no, Denis. Era imposible. Había comenao una nueva vida. Y si te quedabas parao, ahí estaban todos como buitres p'a llevarse tu tajada del pastel. Yo también estaba como loca, borracha. Se había acabao lo de trabajar las tierras de otros. De repente tenía mi propia finca y mi jardín, y una cuadra, y un huerto de manzanos. Y una casa enorme. Con muebles. Lo único que nos trajimos tu padre y yo fueron unos edredones, unos trapos, dos sillas. Nos mudamos aquí para cuidar de todo esto. Como decía Ladis, el enemigo nunca duerme; a saber cuándo puede volver y atacar otra vez. Y ya nos quedamos. Luego partieron la casa en cinco pisos. Pusieron la oficina de correos en una de las salas y el economato en el salón. Yo estaba en estao, de ti. No había otra, tocaba empezar de cero, ya no se podía vivir como antes. Me aprendí todo lo que decían los demás. Pero algunas cosas de esa vida nueva... no estaban bien, no señor.

Hace una seña y Denis le da las muletas. La Mujer se acerca con dificultad hasta la estufa. Con una muleta levanta la holgada cortina. No se mueve nada tras ella. Regresa.

—Había una trona en la cocina que me ponía de los nervios.

—¿Una trona?

Denis está cansado, quiere comer, ducharse y echar una cabezada en el diván. Esa charla sobre muebles lo fatiga. Se han vuelto todos locos. Él ya tiene sus propias preocupaciones, qué más le dan esas viejas historias.

—Una silla de ésas p'a que coman los niños. Le puse una maceta encima. Me moría de ganas de quemarla; aunque te parezca tonto, tenía pintado un oso con unos

ojos como platos que me seguían a tos laos. Al final no la eché al fuego, no me atreví. La cambié de sitio por toda la casa. Y al final la llevé al cobertizo. Igual aún está tirada por allí.

Di a luz por la noche, en el salón de casa. Cuando Johan cogió el cuerpecillo rojo, manchado como con témperas, por un momento me asusté mucho. Pero luego me enseñó a la niña, sana y hermosa. Me lancé a por ella. La apreté contra mí, indiqué a mi marido qué tenía que hacer cuando mi cuerpo expulsara la placenta, cómo tenía que cortar el cordón umbilical. Así nos encontró el médico al que habíamos llamado; ese momento se le quedó grabado en la memoria.

Una mujer tendida en un sofá ensangrentado sin sábanas. Sudorosa, gimiente, con una falda larga y una blusa azul, con sólo un calcetín puesto, porque el derecho se le había deslizado del pie y colgaba como una gorra sobre los dedos, hacia un lado. Una mujer tendida, gimiente, que aprieta feliz a un bebé sin lavar envuelto en un pañal de tela, y que llora histéricamente. Un hombre tan blanco como una pared que está de pie, alelado, con unas tijeras en la mano.

Un oso. «Dios mío, sálvame».

Denis va a la cocina a por un zumo de manzana, la bebida preferida de su madre. Para que se tome un respiro y se humedezca los labios hinchados.

Un oso. La feria le está llamando. Junto al tiiovivo colocan un teatro de marionetas con un polichinela. Denis siente que algo no está bien en la presión atmosférica. Hay un extraño bochorno, como el que precede a una tormenta que no se ve llegar. El polvoriento telón se pone en movimiento sobre sus guías atascadas, las pesadas cortinas rojas empiezan a abrirse. Denis se sienta de cara al escenario, estira las piernas y las apoya en el asiento de delante. No conoce al autor, ni el título ni el género de la obra. Es un espectador huérfano en un asiento duro. El único espectador a quien esa manivela subterránea que conecta vidas aisladas va a hacer honor con un monólogo que nunca jamás volverá a representarse. Para proteger a su madre, entre otras cosas. Los acontecimientos desgarradores, diseminados por los campos de los años, alzan el vuelo. ¿Tiene que ocultar algo así? Denis se frota los ojos. Todo lo vivido se aleja, él mismo regresa a los comienzos. En su amanecer neblinoso hay un niño asombrado. La cadena de descubrimientos ata y estrangula los días normales y grises. Bastan unas horas inundadas con este calor, y a su vida llega una mezcla de extraños olores...

El mundo se pone patas arriba. Antes de que Denis se recobre no podrá ni acordarse de cómo era todo antes. Ni de los decorados.

Limpia del tetrabrik las huellas marrones de sus dedos. Con un trapo de cuadros limpio y remendado. Con dos dedos agarra por el borde un par de vasos tallados. Y

sale con estrépito hacia la habitación.

La anciana madre y el envejecido hijo hablan durante largo rato. Hasta bien entrada la tarde. Tras las cortinas echadas.

Hasta que no cumplió cuatro meses, ese número mágico, no alejé a mi hija de mis brazos. La sujeté desde su primer segundo de vida; la acariciaba, tocaba suavemente su cuerpecillo, le susurraba cerca del suave vello de sus lóbulos, discutía por teléfono con la pediatra. No la soltaba del regazo. Me bañaba con ella en la bañera grande. Dentro había colocado la pequeña bañerita llena de agua caliente y espumosa, como si fuera un barco bamboleante. Iba al inodoro con ella. Me sentaba cuidadosamente en el borde, de lado. Para no despertar el dolor en esa cicatriz que tenía entre las piernas, con el bebé atado al pecho con un paño de lana. Hasta que no cruzamos esa peligrosa frontera de tiempo, viví dentro de una jaula amenazada en la que tenía que proteger a mi hija, como en un trance. Durante cuatro meses me negué a salir del piso y no contestaba a las insistentes llamadas del timbre de la puerta, que sonaba como un obsesivo repique de difuntos. Me negué a poner a mi hija en el cochecito, a pasear con ella sin sentir su cuerpo sobre el mío. No abría la puerta a nadie. Mi niñita casi no lloraba. A veces hacía algún intento de llanto, un pequeño puchero cuya causa yo descifraba de inmediato. Aprendimos a entendernos con nuestro propio lenguaje, aprendimos a leernos los labios y a reaccionar. No soltaba a mi hija de mis agotados brazos. Gracias a los conocidos y al enérgico ir y venir de la tía Otlá, gracias a la intervención de mis colegas del hospital, gracias al ginecólogo, que habló con la cabreada pediatra y con mi marido, no acabé internada.

—Está al borde de la locura; no podemos dejarla así. Y no creo que sea sólo por la psicosis de la lactancia.

Johan hablaba de mí sin rodeos, como si yo fuera un objeto; tenía que saber que yo lo oía todo. El ginecólogo se oponía.

—Al contrario. Tenemos que dejarla así. Para que no caiga por completo en la locura. Está bajo una gran presión. Dese cuenta de que ya perdió un hijo.

Mi confundido marido, ese científico erudito, se marchaba exhausto a la cocina. Cortaba los filetes con regla y masticaba triangulitos de carne que le había frito la tía Otlá. Para acompañar la carne se hacía bolitas de pan, parecidas a esas canicas de tierra que se lanzan a un agujero en primavera.

Y se las echaba en la boca.

## ALGO CRUJE BAJO LOS PIES

La Mujer bebe a sorbos pequeños y lentos, como los de un pájaro. Suspira con un placer amargo y se limpia la boca con el pecoso dorso de la mano. Como si en la

época de la siega, al final de un tórrido día en el campo, bebiera una jarra de cerveza fría y burbujeante.

—El año pasado aún me hacía yo el zumo de manzana. Zumo casero. De las manzanas de nuestro huerto. No se puede ni comparar con este bodrio; desde luego, esto no es zumo.

Con cuidado, deposita el vaso tallado vacío enfrente del de Denis, que hace ya un rato que está medio vacío.

—En realidad... de *su* huerto.

La confesión de su madre incomoda a Denis. Otra confesión de una anciana con la máscara de un polichinela aporreado. Es demasiado para un día y para un mismo hombre. Querría poder clasificar antes los despojos que se ha traído del Ayuntamiento esa mañana. Intenta zafarse. No será tan grave. Su madre se lo ha callado toda la vida; seguro que puede aguantar unos días más. El próximo fin de semana vendrá otra vez.

—Mamá, tú no eres culpable de nada. Así eran aquellos tiempos. Son otros los que deberían confesarse. No tengo mucho tiempo; mejor cuéntame qué novedades hay en Puklice, qué hace...

—¡Si hubiera protestao, mi propio hermano me habría matao!

Agarra y aprieta el puño de Denis. Con una fuerza inusitada. Lo cual agrada al médico que hay en el hijo; la madre conserva su vitalidad, su coraje.

La mujer le clava las cinco uñas rotas en la carne antes de apartarle la mano con odio hacia un lado, como si fuera un despojo inútil, como si fuera el tubo atascado de una estufa. Luego coloca la suya en el borde del plato. Mira fieramente hacia delante y ve unas figuras ante ella, además de las que saltan en el cuadrado abultado de la pantalla.

—Lo voy a apagar.

—¡No!

—Pero si no lo estás mirando...

—¡Tú no sabes el miedo que pasé, ahí dando de comer a escondidas a Gita Lauschmannová! P'a que no se muriera de hambre. P'a que pudiera seguir escondida. Si Ladis o tu padre o, mucho peor, Poledňák y Klein se hubieran enterao, yo habría acabao como ella.

Lo primero que saco del frigorífico son los filetes. Sopeso los dos platos con pan rallado. Pongo uno encima de otro y los dejo a la mesa. Envuelvo la comida en papel de aluminio.

Daré un portazo, en cuanto se vaya mi familia.

Sin embargo, la necesito tanto... Necesito saber continuamente que me van a llevar en brazos para no hundirme en las ciénagas que han sido preparadas para mí. En cuanto mis piernas ceden, siempre hay alguien que me agarra con fuerza de las

axilas. La tía Ottla me acunaba en sus brazos, decía que era su polluelo indefenso y que muy de vez en cuando me transformaba inesperadamente en un depredador sanguinario que picoteaba a todos los seres vivos que lo rodeaban y les arrancaba trozos de carne sanguinolenta. Sobre todo a mí misma.

Agarro otros dos platillos y un nuevo color tiñe mis mejillas. En toda mi vida ¿a quién he llevado yo en brazos, a quién he acunado?

Denis se frota las cinco manchas rojizas del puño. Sabe que ha caído en una trampa. Y ya no puede escapar.

—Voy a apagar la tele.

—¡No!

Denis rechaza el crujiente aperitivo. La madre se echa los ganchitos a la boca y mastica ruidosamente entre palabra y palabra.

—No sabía que conocías a la doctora Lauschmannová desde hace tanto tiempo.

—Desde que acabó la guerra. Yo le salvé la vida. Y anda que no pasé miedo; si se llega a chivar a alguien...

—¿La salvaste?

—Sí.

—Por eso ha insistido tanto en que te saludara.

—¿Cuándo?

—Hoy por la mañana.

—Que me saludaras... ¿Delante de todos?

—Sólo a ti. Ha dicho: «Salude a su madre de mi parte». Teniendo en cuenta las circunstancias, todos se lo han tomado más bien como una amenaza a nuestra familia de que vamos a quedarnos sin techo, porque he hecho algo horrible, he revelado...

—¿Qué?

—No, nada.

¿Por qué no lo digo? ¿Por qué callo lo más importante? ¿Por qué no digo cuánto lamento, en el fondo de mi corazón, no haber colocado hace mucho tiempo la cadena de Ulrike alrededor del cuello de mi hija? Sin embargo, hace unos años hice algo bien. Le regalé ese medallón dorado a alguien. A una niña rubia. Pero fue en otra época, en otro país, escondido dentro de otro cuerpo. ¿Por qué demonios no lo digo? Suéltalo, venga. Soy una abuela desagradecida, y el cansancio tiene la culpa.

¿Acaso temo que no me entiendan?

Lanzo el último par de filetes al montón con sus congéneres.

—¿Esa mosquita muerta ha aprendido a amenazar ahora que ha llegao a vieja?



—¿La salvaste? Nunca me lo habías dicho.

—¿Para qué? Tu padre me habría matao.

—Si me lo hubieras dicho antes, las cosas podrían haber sido distintas. Podría haberla invitado a venir aquí.

—¿Aquí?

—Se habría tranquilizado. Los del pueblo se habrían tranquilizado. Seguro que vosotras dos os hubierais arreglado y llegado a un acuerdo mejor que... toda esa inútil burocracia oficial. A ti no te habría echado de la casa. Tampoco a Nataša; ella se alarma sin necesidad. No tendría que haber habido ninguna reunión oficial en el Ayuntamiento. No habría habido nada oficial si hubieras hablado... Y sobre todo, deja de echarle la culpa.

—Sí, claro, ahora todos dicen que teníamos que haber dicho que no. Pero eso era imposible, Denis... Y no quiero ver a Gita. Para mí es un hatajo de piel y huesos que se largó corriendo entre los manzanos del huerto, con una bolsa militar. Para mí, murió hace sesenta años. La borré de mi vida. Y sanseacabó.

## REFRIGERIO BAJO LOS MANZANOS

Denis se levanta.

—Vamos a dejarlo, mamá. Cálmate. No merece la pena enfadarse por algo que pasó hace tanto. ¿A quién le importa? Esperemos a ver qué decide el juez. Tú ahora descansa. Y en otoño Nataša te hará otra vez ese zumo de manzana casero que tanto te gusta. Le gusta hacerlo, le encanta embotar y hacer zumos y conservas como una posesa. Y si no, se lo compramos a alguien de aquí.

Denis ha adoptado un tono impersonal. Le echa zumo en el vaso. Está impaciente. Le gustaría quedarse solo un rato. En sus oídos retumba una rueda de feria, dan tumbos las carretillas de peregrinos de los alrededores...

La arrugada mano sale disparada, le quita de la mano el vaso a medio llenar. El cascabel del polichinela tintinea.

—¡Y una mierda! No soporto ese zumo, *himlhergot*, nunca me ha gustao, ¡es asqueroso!

El líquido amarillo salpica la pared. Unas manchas húmedas ensucian la cortina negra de la estufa, como si fueran un adorno. Cae también sobre el televisor, y unos chorrillos resbalan por la pantalla. Se deslizan sobre las figuras del panóptico televisivo: los rostros se deforman, las bocas se abren, sacan la lengua, buscan las refrescantes gotas, con gusto relamen las huellas húmedas. El vaso intacto rueda hasta el zócalo de roble de la puerta. Un rayo de luz tenaz que cae sobre él se fragmenta en dibujos geométricos proyectando un rompecabezas sobre la alfombra.

—¿Sabes por qué me he atiborreo de zumo de manzanas todos estos años? ¿Sabes por qué?

El plato se le resbala. La caída es amortiguada por la alfombra persa. Denis se inclina cansinamente y se detiene en cuanto el rastrillo de cinco dedos de su madre se le clava de nuevo en el cuerpo. Esta vez en el hombro. Controla el imperioso deseo de levantarse y devolverle el golpe.

—Porque eran las manzanas de este huerto, ¿entiendes? De este huerto y de ninguno más. Así me castigaba. He estado bebiendo de esos árboles bajo los que está mi cu-culpa, me he bebido la culpa para que el cuerpo podrido ya no pudiera decir ni pío. Me bebía el cadáver enterrado, pero ¿quién me lo saca del cuerpo? ¿Y de la cabeza?

No entenderían nada, las muy tontas.

Barbora hace gestos frenéticos a su madre. En el reflejo del cristal de la ventana abierta veo su dedo índice, colocado sobre sus labios entreabiertos.

¿Por qué insulto? No hay motivo para meterme con mi yerno, trabajador y tranquilo, que ha criado solo a sus dos hijas. Tal vez me cabrea precisamente ese tranquilo aplomo con el que deja libre el camino a mi hija. Desgarro la piel de aluminio prensado.

La atormentada Barbora da una teatral palmada, una efusión de entusiasmo poco convincente.

—En fin, vaya día. Pero todo va a ir bien, todo va a salir bien, sí, todo. Bueno, vamos a comer algo de estas cosas tan buenas, abuela, ¿vale? Seguro que tú también tienes hambre. Ana ha dicho que en el congelador hay helado de vainilla; con este calor, al menos nos refrescará. Le pondremos nata y cerezas. Todo va a salir bien, ya verás.

—Yo quiero sopa de ortigas.

—¿Qué?

—Sopa de ortigas. Un recuerdo de Terezin que quiero compartir con vosotras. Se puede hacer sopa con una hoja polvorienta de ortiga. Ahora me apetece sopa de ortigas.

—Calma, tranquilízate.

Denis evita llamarla por su nombre. La madre dirige ese baile, monstruoso y a la vez divertido, y él no debe perderse la actuación. Ahora la gran casa embrujada se ha unido al tiovivo de la plaza. Le empieza a resultar difícil llamar «mamá» a esa Mujer: los dos tienen una edad en que un par de décadas no suponen mucha diferencia.

La Mujer se desequilibra, aprieta aún más dolorosamente el hombro de Denis y a la vez se apoya en él. Con la pantufla, da una patada rabiosa al plato que el estupefacto Denis ha intentado recoger. La madre rebufa por el doble esfuerzo: el de sus movimientos y el del monólogo concentrado que se atraganta dentro de ella.

—Cuando Gita volvió no fue el primer susto, qué va, no fue el primer pecao. Antes que Gita volvió su hermano. Adolfo. Aquí casi todos piensan que volvió a largarse, qu-que vino y luego se fue a ver qué pi-pillaba por ahí. Pero algunos sabíamos que se había quedao. Ahora sólo lo sé yo, porque Klein está como una regadera. Sí, sólo algunos sabíamos que se había quedao. —Le cuesta respirar; suelta la garra del hombro amoratado de Denis—. Se que-quedaó.

Agarra con avidez el vaso de Denis y sorbe ansiosamente el zumo de manzana. Hasta el fondo. Unos chorretones de zumo reemergen rápidamente por las comisuras de sus labios, mezclados con saliva. Y le gotean hacia el cuello alto de su vestido negro.

## OTRA RACIÓN DE ORTIGAS

Denis le tiende a su madre un pañuelo de papel para que se seque el cuello. Esta tarde ya no le servirá más zumo. Se arrodilla junto al sillón, como si fuera un confesionario.

—Estás excitada. En momentos de tensión la gente puede delirar. Sobre todo cuando recuerdan sucesos tan antiguos. El regreso de la doctora Lauschmannová te ha inquietado. Uno mezcla y confunde cosas; en tu estado es absolutamente normal.

—Es como si hubiera si-sido hoy.

La Mujer se levanta con dificultad y tiende los brazos hacia su hijo. Denis da un paso atrás: no quiere acabar entre sus zarpas. Ella lo agarra de la camisa de verano. Lo atrae hacia sí, dejándole medio pecho al descubierto. Lo zarandea.

—Estuvo aquí, te digo. Igualito que te veo a ti. Adolfo Lauschmann. Tenía dieciocho años, cuatro menos que yo. Apareció en Puklice unos días antes que Gita; venía del campo de concentración. Se enfadó, se puso como loco y gritó que iba a ir directo a Třebíč, o a Praga, y que iba a acabar en un pispás con ese robo tan descarao. En la plaza se montó en el camión del viejo Kabrhel, que el pobre ya estaba mal de la cabeza y pensaba que era un gran honor llevar al joven señor. No llegaron mu lejos. Tu padre, Ladislav, Poledňák y Malý, que entonces se llamaba Klein, corrieron por el cementerio judío p'a alcanzarles. Querían llegar a un acuerdo, que no hiciera nada a lo loco, que no los denunciara sin más. Querían saber qué pensaba hacer de verdad. Tenían miedo. Interrogaron a Adolfo aquí, en el palacete. Por la tarde, p'a ver si se asustaba, lo encerraron en la cámara del tesoro del viejo Lauschmann, donde ahora Nataša guarda esas estúpidas bolsitas de lentejas. Pero se olvidaron de él. Por la mañana lo sacaron casi asfixiao. El pajarito casi no podía respirar, pero amenazaba a diestro y siniestro. Al final lo metieron en el pajar, lo ataron a una viga y lo dejaron morir de hambre. Poledňák y Ladis iban de vez en cuando a ver cómo estaba, si ya la había palmao. Tu padre les echaba una mano. Después lo enterraron en el huerto de manzanos.

—Sopa de ortigas. Y para acompañar, pan con embutido ahumado. Invitaremos a alguien para que nos lo corte a lonchas.

Pero ¿cómo me comporto así con ellas?

Soy inaguantable.

Estas tres mujeres que me rodean querían ayudarme. Durante toda la vida les he escondido todo. Y cuando, a jirones que les duelen también a ellas, se enteran de la verdad, las echo, las ofendo.

Ésta es también su historia. Si las alejo y doy preferencia a los muertos, no romperé nunca ese círculo diabólico. Pongo mis necesidades por encima de las suyas. Mi sufrimiento. No tienen la culpa de no saber lo que es el hambre, de no haber tomado dos cucharadas de sopa de ortigas, de no haber escuchado voces que se resistían desesperadamente a ir a las duchas sabiendo que eran de gas. Pero también son sus recuerdos. Y podría ser su futuro.

¿De quién es la culpa de que no entiendan mi mundo? No se lo he puesto fácil. Durante toda la vida he dado señales equivocadas a los demás. Y los demás las tomaban por buenas. Sus vidas son parte de mi historia y de la de otros, que se deslizan bajo el sol en esa única historia del ser humano. Todo necesita su momento, su tiempo, y éste corre hacia delante y hacia atrás sin necesidad de diques y canales.

Y sin embargo, las odio por inmiscuirse a la fuerza en mi historia. Quiero ahorrárselo. Dejo que se marchen del piso con expresión fría. No escucho a mi hija, no quiero oír su verdad, no quiero escuchar su blablablá.

—Siempre teníamos que quitarnos de en medio: papá, la tía Otla y yo. La tensión que te rodeaba era inaguantable. Tú no nos hacías ni caso, y sin embargo papá te quería tanto. Tu frialdad lo mató, y casi me mató a mí también.

Blablablá.

Su padre adoraba la comida. Comía, deglutía y devoraba sin cesar, cortaba los bocados todos iguales. Con un cuchillo, partía con precisión geométrica los filetes. Al principio cortaba cuadraditos, pero siempre terminaba la ceremonia de la comida con formas triangulares. El arroz tenía que estar servido siempre en diminutas cúpulas alrededor del plato. Sólo después, en el centro de esa muralla, en el centro de ese muro del hambre impenetrable, se podía inclinar el cucharón con la carne y las verduras en salsa. Cuando se servía otra ración, había que reconstruir el anillo de arroz. Sólo que esta vez era más pequeño, con un diámetro menor. Yo me quedaba de pie junto a él y con cuidado volcaba el cucharón caliente con la mezcla picante.

Johan era sociólogo e historiador. Yo lo atacaba constantemente. ¿Acaso se puede clasificar las almas, los universos interiores? ¿Es eso posible? Los sucesos y los movimientos externos son sólo envoltorios vacíos. Todo lo que averiguas, lo deformas con todas tus especulaciones.

Él se reía y masticaba.

## UNA GOMA ROSA EN LOS MATORRALES

Del teatrillo de marionetas directo al castillo encantado, un oso remolca el tren de madera donde va montado el muñeco rígido.

La Mujer suelta la camisa. Se deja caer sobre el sofá. Rebota dos veces sobre sus muelles. Denis no puede irse. Aunque quisiera. Se le doblan las piernas; se ha convertido en piedra en el asiento de ese tren desbocado que conduce la fiera peluda. Mira perplejo a su trastornada madre como si fuera una aparición, como si la viera por primera vez en su vida.

Se coloca bajo el culo la banqueta de terciopelo rojizo. Que junto con la butaca, forma el conjunto fabricado en Inglaterra a la medida del cuerpo de Rudolf Lauschmann. *Una verdadera joya del arte del tapizado inglés en color marrón rojizo.*

—Entonces aquel cráneo...

—Era del pequeño Lauschmann. Desenterraste la calavera de Adolf. Y ala, te pusiste a hacer castillos de arena. Menuda grima.

Se ríe y expulsa unas migas amarillentas. Una corriente atraviesa la oscuridad. Con esa risa, la madre lo incluye en la culpa.

—¿Cómo has podido, durante todos estos años...?

Se detiene, antes de terminar de pronunciar esa frase tan tonta.

—¿El qué? ¿Aguantar? Pues porque sí. En la guerra se cargaron a un montón de gente... Era cosa del pasao. Pero ahora ella se ha puesto a incordiar. Si no lo suelto no me moriré tranquila. Te lo confieso a ti, sólo a ti. Tú eres listo, como yo. El cura se lo cotillearía enseguida a su ama de llaves, esa que colecciona autógrafos de gente famosa. ¿Y si al final el fuego del infierno...?

La madre se ríe otra vez. Se atraganta. Tose un rato.

—Seguro que después de tantos años todo ese asunto ha prescrito. Deberíamos...

—¿Largárselo a la policía? Y ¿qué crees que investigarían? Es un judío alemán de los Sudetes muerto, al que no pudieron llevar a ningún lao.

—No era un alemán de los Sudetes. Lo confundes todo.

—Además, ese chico era terco como una mula. Se peleó con Poledňák y con mi hermano en cuanto llegó. Mi hermano tuvo que darle un golpe con la metralleta y le arrancó los dientes; si no, no se habría librao de esa rata. Tú habrías hecho lo mismo. Pero no le disparó, eso no.

El brusco tirón del tren casi le rompe a Denis el cuello, pero éste no se detiene.

—Papá...

—Pero luego pasaron los años... Vivimos decentemente. Tu padre pensaba que no habíamos hecho nada malo, y la verdad es que ellos no lo mataron. Se murió de hambre y sed; hacía un calor como p'achicharrarse. A ver quién iba a demostrar ná. El chico volvió de *allí* esquelético, flaco como un fideo. Podría haberse muerto de agotamiento por el camino antes de haber llegao aquí. Sólo alargaron su marcha hacia la muerte.

—¿Qué?

—Que sólo alargaron su marcha hacia la muerte, eso decía Poledňák.

—Y eso, ¿de camino a *su casa*?

No, no escucho. Voy apilando filetes.

—Así tendréis para el fin de semana.

—Mamá, deja ya eso. Esos filetes los he comprado yo, los he empanado y los he frito. Y no sólo compré los filetes.

—Nadie te lo ha pedido. Y nadie te lo pide ahora.

Las ofendo con ese montón pegajoso; nada de cuidadosas formas geométricas. En el mismo trozo de papel de aluminio coloco sobre los filetes unos canapés, y (ñam, ñam) unos pastelillos. Éstos se rompen y el merengue pringa los canapés; las aceitunas se hunden en él, las lonchas de salmón se le quedan pegadas.

Envuelvo la agridulce empanada en el papel de plata y dejo ese pastel abultado entre los brazos de mi hija.

—Que lo celebréis como Dios manda.

Anna se saca de la boca una goma rosa, se la introduce de nuevo, la mastica, se envuelve la lengua en su funda rosada, hace un globo y lo explota en dirección a su madre y hacia mí. Luego empuja a Barbora hacia la puerta.

—Ya puedes dejar de lloriquear; nos largamos. De verdad, no entiendo como a vosotras dos os pudieron dar un título en la universidad.

Y da un portazo al salir.

Denis no entiende demasiado a su madre. Mejor dicho: no la entiende en absoluto.

Siente náuseas. El sabor del vómito le llega hasta la garganta. Está envuelto en la niebla, su vida ya no le pertenece. Se observa a sí mismo desde la lejanía, no es capaz de concentrarse. Tiene miedo de desmayarse. Los vagones se lanzan hacia arriba por una escalera de caracol, traquetean hasta el último piso, adonde llega el sol. Las marionetas del teatro de títeres, excitadas, se sientan en los vagones; el polichinela les indica dónde colocarse.

Denis intenta cambiar la dirección de ese convulso viaje.

—Lauschmannová dice que su hermano vive en el extranjero, que emigró.

—¿Ah, sí? Y ¿tiene pruebas? A Gita no le vas a decir ni mu. Esto queda entre nosotros, Denis. Lo había borrao de mi memoria y me lo había tragao con zumo, pero ahora va ella y aparece otra vez... En el cincuenta y cuatro también apareció; ésa no aprende. Me metió por la puerta su barriga de embarazada. Yo me moría de miedo por si se lo contaba a alguien..., por si largaba que yo le había dado pan a escondidas. Si se enteraban, acabarían como Adolfito. Me darían el finiquito y no dirían ni pío. La segunda vez que vino, Denis, empecé a tener unos sueños p'a morirse. Soñaba que

estaba atada en una mesa, con montañas de comida por todo el cuarto. Boqueaba como un pez fuera del agua, me moría por un bocao, un trozo, una migaja. Y al final me llenaban la boca de tierra. Puaj... Y ahora Gita aparece otra vez, como un fantasma.

—¿Qué es lo que quieres, mamá? ¿Qué es lo que pretendes realmente? Tenemos una vida normal. Pero tú nos arrastras por una pasarela estrecha. —Con el pulgar y el índice indica una distancia de un centímetro—. Así de estrecha. Y tenemos que andar detrás de ti en la niebla. Pero debajo sólo hay un pantano. Nada más que un pantano asqueroso, ¡y tú haciéndote la santa!

¿Qué es lo que pretendo? Limar los barrotos que llevo dentro.

Me pongo a temblar en cuanto se marchan. Una y otra vez, finjo emociones distintas de las que realmente me inundan. Estoy devastada por dentro.

Me quito a capas todo lo que hoy me han arrojado. Me quito el pan rallado de las manos. Están secas, no hay sangre.

No soy capaz de querer a mi hija o a mis nietas más de lo que me quiero a mí misma. Cómo voy a querer a nadie.

No, no quiero vadear mis recuerdos con ellas. Recordar la basura que me ha traído el día de hoy. No quiero que sepan. En Puklice puedo arrojar mis recuerdos a mi alrededor. El día de hoy me ha demostrado que no desean mi regreso. Me expió en Puklice, el basurero de mi pasado.

Lo que pretendo, niñata, no te lo voy a decir hoy. A mi cabeza en expansión no le basta esta cocina; mi envoltorio cerebral toma la forma de un cubo. La parte superior de la cabeza se aplasta, la frente se levanta en ángulo recto, se alarga en los extremos y llega hasta las esquinas del techo. Soy un demonio de cuatro cuernos. Soy un engendro; una voz interior llama con impotencia a mi hija. Soy un monstruo de cuatro puntas.

## EL POLICHINELA SE PRINGA DE TIERRA

Denis está inmóvil sobre la banqueta raída. Como una seta pesada, empapada de agua. La cabeza no lo acepta. La razón hace huelga, se defiende del oscuro vacío. Denis siente en su mano la tierra untosa. El barro le proporciona una agradable sensación de frescor, pero también se le mete debajo de las uñas. Si lo hunde más el placer se convertirá en dolor.

Saca el dedo rápidamente.

El Denis adulto observa su dedo, largo y fuerte. Blanqueado por los desinfectantes. Cuidado. La media luna blanca asoma tras la cutícula, bajo su dura funda. Por encima de la uña las arrugas de la piel son paralelas, profundas y trenzadas

a la altura del nudillo. Las extiende y se traga el remolino de tiempo. En los lugares en que el dedo se une a los otros cuatro aliados solitarios las líneas se pierden, ocultas tras unas manchas, una lluvia de diminutas pecas bajo un vello apenas perceptible. Una telaraña de cerdas que Denis asocia con Adolf Lauschmann. Con ese dedo tocó su cráneo. Con ese dedo le dio unos golpes. Con esa mano lo llenó de arena.

—Vaya regreso a casa que tuvo el pobre.

—Pues sí.

La Mujer se anima. Confía en las circunstancias atenuantes.

—Se merece un entierro decente.

—Eso no, Denis, ni hablar. Empezarían a i-investigar. No me escuchas, ¿tienes cera en los oídos o qué?

—Te escucho. Pero si no murió de muerte violenta nadie averiguará nada. Nadie lo tocó; murió de agotamiento, le dio un colapso. Diremos que al arreglar el huerto de manzanos encontramos por casualidad el cuerpo de un desconocido y...

—Sí ya, sólo que... no fue... no lo apalearon *mientras estaba vivo*...

La Mujer tartamudea, las palabras se le agolpan en la punta de la lengua, se pelean por ver cuál es la primera. Como no se deciden, usan hasta los puños. Y este combate dura un rato.

El frigorífico está saqueado. Y me entra un antojo indecente por un filete. Rebaño de un cuenco los restos de la ensalada de lentejas. Me cuezo unas patatas. Y me hago unos huevos fritos. Pelo cuidadosamente las patatas. Acurrucadas, indefensas en mi mano. Las dejo desnudas, desolladas. Una tras otra. La tía Otlá solía envolver las peladuras rápidamente en un periódico viejo y las tiraba a la basura, para que no las viera. «Eso le habría salvado la vida a Rozálie, estas peladuras le habrían salvado la vida a Rozálie. Y vas tú y las tiras.» Agarraba del cubo un racimo de serpientes marrones, me las metía en la boca, las masticaba hasta hacer una papilla repugnante con los restos de tierra y la tragaba a duras penas.

Culpaba a la inocente. No soy tan distinta de los demás.

Agotada, me hago unos huevos. Uno lo tiro: está podrido. Los frío con cebolla. Parto la cebolla; el cuchillo atraviesa las láminas picantes. Estiro los dedos. Veo una mano de niña con las uñas sucias que agarra con fuerza la cebolla de la partera Drbavá. La única que tuvo valor.

Tenían miedo. Temían por sus vidas. Habría sido lo mismo que esconder a un judío en los días de los feroces pogromos.

Unto el pan con mantequilla baja en colesterol y la espolvoreo con cebollino. Lo pico muy pequeño. Sin piedad, parto las largas culebrillas verdes en pedacitos. Las corto bruscamente durante mucho rato.



## LECHE DE OSO

—¿Tienes sed?

Denis está de mal humor. Sólo quiere llenar el vacío. Bajo la dirección del polichinela trasladan el tiovivo, que se pone a girar en el tejado del castillo encantado.

—Muerte violenta, como dices tú; en realidad un poco sí fue...

—¿Un poco? Pues cuéntamelo todo, por el amor de Dios.

Le llenaría la boca de ganchitos a manotazos, para que lo suelte todo de una vez.

—Tranquilo, no tengas miedo. Tu padre, Poledňák y el tío Ladis están muertos. Si se lo hubieran contao a alguien, ya lo sabría to el mundo. Y Klein es un viejo chocho.

La Mujer se echa a reír de nuevo en su trono. Rebota como en un trampolín. Se balancea hacia delante y hacia atrás, se columpia en un columpio invisible. Y mientras, vacía sus sacos lagrimales.

—Ay, Denis, Denis, si supieras...

Al cansado Denis le asalta un desagradable olor a basura. Un loro desplumado picotea y escoge sobres cerrados de la rueda de la suerte, y saca uno nuevo y reluciente.

Denis reprime su aversión hacia esa colección de confesiones históricas de las mujeres viejas. Siente rabia y desprecio. La lástima y hasta la curiosidad se desvanecen.

Al niño ha dejado de gustarle la tierra untosa.

Una flecha de indio atraviesa el oscuro vacío del cráneo de Denis. Un recuerdo pringoso. Proyecta la película hacia atrás. Siempre se detiene en el mismo lugar. Con los ojos tantea esa imagen inmóvil que se ha quedado atascada.

—El cráneo. Estaba entero, sin deformar, pero... Sí, qué tonto he sido; ese cráneo estaba separado del cuerpo. Lo desenterré solo, lo llené de arena, le di la vuelta. Alguien tuvo que manipular el cuerpo.

La risa se le huela en la cara. La madre vuela en su columpio de feria. Ascende con un silbido, más y más alto. La diversión se transforma en un tormento.

—Denis, si supieras... Eran otros tiempos. Ladis lo... Bueno, lo hicimos de prisa y corriendo.

—Tú también estabas.

—¡Pero fue después! No me interrumpas todo el rato cuando te cuento algo. No nos dio tiempo a cavar una fosa profunda. Era una noche muy clara. Si alguien nos hubiera visto... Todos teníamos miedo y la tierra estaba seca y dura y... Ladis... antes de quemar el cuerpo... aquí en esta estufa... aún tengo ese olor dulzón en la nariz... Ladis lo troceó.

Denis lanza la mirada hacia la cortina negra que su madre cosió y colocó delante

de la estufa limpia y encerada. Nunca volvió a encenderse. Nunca. Ni siquiera en Navidad, cuando Nataša y él lo suplicaban. Le tiemblan las comisuras de los labios. No le falta mucho para soltar una risa nerviosa como la de su madre. Esto es demasiado.

—¿Qué dices que hizo con él?

—Lo troceó, con el hacha... para poder meterlo mejor en el hoyo... Le puso los brazos y las piernas encima de las costillas... y la cabeza... aparte... Lo mejor que pudo.

—Claro. Sí, claro.

—Parece repugnante, ¿verdad?

—Es repugnante.

—Pero, Denis, no podíamos hacer otra cosa.

—Claro. Sí, claro.

Denis carraspea intensamente. Unas flemas de desprecio le atenazan la garganta.

—Claro. *Luna lunera, cascabelera*. Eso lo explica todo. Mi madre y mi padre descuartizando un cadáver bajo la luz de la luna. Y en otro lugar y en otra época, tres petimetres le rompen los brazos a una mujer. Claro. Sí, claro.

El vino está servido, hay que bebérselo.

Después de tragar el último bocado y relamerme las migas adheridas al dedo que he pasado por el plato, me cepillo los dientes. Cierro la ventana, echo las cortinas. Había retrasado sensatamente tanto tiempo la solicitud de rehabilitación de mis padres, y ahora, en mi vejez... Debería haberme borrado la memoria. No remover ese nido de avispas.

Abajo tintinea un tranvía medio vacío. Y vuelve a tintinear. «Venga da marcha atrás; vive tu vida.» Tintinea por tercera vez. Me trago un somnífero. Una siesta tardía sobre el cojín.

Me levanto y junto a la ventana me tomo la segunda pastilla.

Por la calle una turista morena salta con un maletín. Tras ella, un hombre traquetea por los adoquines con una abultada maleta de ruedas. En la esquina de la placita una mujer sucia con la cara enharinada se apoya en un bastón y extiende la mano; de la muñeca le cuelga una bolsa de plástico con kétchup reseco. Inmóvil, espera unas monedas.

Denis no desprecia a su madre por lo que hizo, sino porque le está destrozando su vida. Siempre se ha sentido superior a ella. Y a su hermana. Un intelectual que se ha quitado las alpargatas y odia a todo el que sujeta una horca y remueve el estiércol en el jardín de su infancia.

No puede taparse los oídos. Tiene que mantener la calma. Aunque haga un

bochorno asfixiante.

—Sobre todo hay que mantener la calma.

Levanta el trasero de la banqueta. «Denis levántate. Mira qué hora es.» Sus pasos de garza resuenan. Rodillas arriba, izquierda, derecha. Se acerca a la cortina raída. Abre la rendija, la habitación se ilumina. En el alféizar desnudo ordena unos ganchitos de dos en dos. Hace una flecha con siete puntas. Catorce alubias contrapuestas, catorce focas durmientes.

—Ya veo. Hay que comentar toda esa absurda historia como si nada. Es la única manera. Claro.

La madre se seca los ojos, extrañada. Se palpa nerviosa las bolsas de las ojeras, esta vez con su pañuelo de tela con unas letras bordadas. Le duelen la frialdad y la distancia de su hijo. Esperaba tener un aliado que la compadeciera. Hundida en el sillón orejero, se defiende con un torrente de palabras que se acelera y se transforma en un remolino. Denis inspecciona su dibujo de ganchitos. El diseño de unas costillas.

—¡Yo salvé a Gita, Denis! ¡A una alemana! En contra de todos.

Denis agarra la cacerola de la leche y coge una nueva ración de ganchitos.

—Aún tengo guardaos unos papeles que Ladis falsificó. Denis, tienes que echarme una mano. Voy a ayudar a Gita otra vez. Dáselos; tal vez sirvan p'a algo. Qué voy a hacer yo con ellos; estoy vieja y enferma, soy un alma en pena... ¡Denis!

Denis se retira del alféizar y con gran interés estudia su obra de ganchitos.

—Denis, tienes razón. Gita puede venir a vivir aquí enseguida. Lo vaciaremos todo. Sólo me hacen falta mis edredones, las sillas y los trapos. ¡Podría mudarse ahora mismo si quiere!

Denis pesca otro ganchito, lo estudia, lo tira. Busca otro más regordete. Para hacer el esternón de la segunda caja torácica.

—Ella no va a dejar su piso en Praga. Sólo pretendía limpiar el nombre de sus padres. Quería que erigieran una estatua en Puklice. Nada más. Y como un idiota, yo incordié a todos mis conocidos en la administración, abogados... Busqué la manera de destrozarle la vida. Soy un idiota.

—Denis, tengo unos ahorros. Los he juntao durante toda la vida, p'a los nietos... Te lo daré todo, Denis, ahora mismo; tengo una libreta con una contraseña. Ven, que te la voy a decir al oído, Denis...

Intenta inútilmente levantarse del blando sillón. La rapidez le atenaza las extremidades. Que ya estaban atenazadas por el miedo. Esperaba otra reacción.

Complicidad.

Denis ya consiguió borrar el pasado una vez. Volver al punto cero. Una señal divina corpórea: todo estaba perdonado, el pasado, borrado.

La Mujer mira a Denis y solloza.

Esta vez tenía que haberse callado.

La mendiga se ha retirado a rastras. Le doy la espalda a la calle reblandecida por el sol. Un círculo rojo inmisericorde.

Este día de locos me impide dormir. Quiero estar sola, pero me asomo por encima del hombro de otras personas. Mi vida traspasa la de los demás; sin ellos sería tan sólo un colador agujereado. Recojo los destinos de otros, que están entretejidos con los demás, cada uno conectado con todos. Conectado, aunado... y solo. En una telaraña de los afectos.

Tenía que haber sido un regreso fácil.

¿Cómo podía estar tan convencida de que había llegado al punto en que uno sabe todo lo que hay que saber sobre los demás? Las cuentas nunca están hechas y terminadas. Una división infinita. En mitades, en cuartos, en migajas... Sé vivir con mis depresiones. También he sufrido una tragedia. Y he sobrevivido. No sólo una vez. Soy incorregible.

Los meteorólogos han predicho lluvias torrenciales.

Me tomo otra pastilla. Se me cierran los párpados.

## PRIMICIAS

Se oye un ruido en la entrada.

La Mujer se interrumpe. Se yergue inmediatamente, se alisa el cabello, se seca los ojos. Se agacha con una agilidad inusitada y recoge el plato del suelo. Sopla las migas, frota el fondo con la manga, echa un puñado de ganchitos de la cacerola y comienza a comer mecánicamente. Le lanza a su hijo el pañuelo salado.

—Seca esas manchas de la pantalla. ¡Y cállate! No digas nada delante de Nataša. Y sube el volumen de la tele. Mucho.

La feria se ha animado con un puesto de tiro al blanco. Los rifles de perdigones se cargan. Ha llegado un escuadrón completo. Nataša irrumpe excitada, con las mejillas enrojadas por las nuevas atracciones de feria.

Sorprende a su madre y a su hermano mirando entretenidos una serie en el televisor. Ambos siguen con la cabeza los movimientos de los duendes, como hipnotizados. Éstos, divertidos, se han reunido, señalan con el dedo a la pareja y se doblan de la risa.

Los ganchitos amarillos se introducen en la boca sin interrupción. Dos excavadoras mecánicas escarban la cacerola, llenan el cuenco. Denis se levanta y los duendes dan un paso atrás, registran con atención el comportamiento del hombre que se va comiendo el dibujo del alféizar. A Nataša no la inquieta esta aparición.

—¿Denis ya te lo ha contao todo, mamá?

La madre aparta los ojos de la pantalla.

—Sí.

—El pueblo está patas arriba. Menudo robo más descarao. La gente está que trina. Es demasiao. No quieren devolver nada. La vieja Drbavá ha dicho que no va a dejar que una nazi, que encima no está bien de la cabeza, la eche de su casa. Y Kabrhel el joven ha dicho que sería una injusticia sobre otra injusticia. De todas formas eran los señores; de casta le viene al galgo: sólo les importaba lo suyo. Y aquí todos trabajando como negros para ellos. Pero Ladislav ha dicho que no hay nada perdido, que está loca de remate. Por lo visto le falta un tornillo y no está «en posesión de sus facultades».

Denis limpia el alféizar. Luego se retira las migas de su cuello, del vello de su pecho, de los muslos. Se despide apresuradamente. Pone como excusa que tiene guardia en el hospital.

—Pero si has dicho que te quedabas hasta el lunes para pensar qué vamos a hacer.

—Cambio de planes. Tengo que ir a trabajar.

—Eres un héroe. El monumento te lo vamos a hacer a ti.

Nataša se calla. No sabe si ha hablado de más delante de su madre. Su mirada se posa alternativamente en uno y otro. Denis la tranquiliza con un beso en la mejilla.

A su madre no la besa en la sien.

Llevo en brazos a mi hijo recién nacido. Mi bisabuela cruza el patio con la cabeza envuelta en un pañuelo. Ha encendido el fuego en la casa y en la caseta del patio. Nos alerta sobre el ganso y la gansa, que muerden a la gente en la tripa. La carne de la cintura. Y pellizcan la grasa acumulada. Mamá tenía que haber venido. En su lugar hay una mujer extraña con una niña rubia que lleva un pequeño biquini. Corro al retrete con el recién nacido. Huyo. Cierro de un golpe la puerta de la caseta y echo el cerrojo oxidado. El ganso y la gansa se balancean tras la puerta medio podrida. Graznan y graznan; sus cuerpos crecen y los picos naranjas se agrandan, se estiran, se afanan. La bisabuela no tiene rostro. Un helador agujero negro en medio de un colorido pañuelo. Levanta al recién nacido, introduce su cuerpecillo moreno en el cuello del ganso. Como si fuera una piña. Suda y rebufa, hasta que finalmente introduce por el pico los rosados talones. Miro por una rendija y no hago ruido. Me siento impotente; no puedo hacer nada. La fría negrura frota el cuello blando y grasiento, que se ondula con los movimientos de cuerpo del bebé. Enterrado en el cuerpo del ganso. Vivo.

Abro de golpe los ojos legañosos.

Una corriente ha cerrado bruscamente la ventana abierta.

Nataša abraza con fervor a Denis antes de que él se suba al coche.

—Dicen que gracias a ti el alcalde se ha librao de esa mantis religiosa. —Le

coloca en el asiento de atrás dos cartones de huevos—. Esto te lo manda la familia del viejo Klein, bueno, Malý; siempre me confundo. También están muy, muy agradecidos.

Denis ordena la guantera, saca la documentación y los mapas de carreteras, y mete dentro unos paquetes abultados, probablemente llenos de caramelos. Envueltos en un papel brillante de regalo y atados con una cinta roja.

—No lo abras hasta que no llegues a casa. Ya verás, un autógrafo así es difícil de conseguir hasta en Praga. Es una señal de que todo va a ir bien.

En el asiento delantero, ocupado por los papeles sacados de la guantera, deja una bolsa de cerezas.

—Ya verás qué cosecha de manzanas tendremos este año. ¡No se lo creerá nadie!

Denis frena en el mismo lugar donde la señora Lauschmannová lo ha echado esta mañana. Sale de su coche rojo de marca japonesa. Bajo las copas de los cerezos, que se yerguen orgullosos e inmóviles en el atardecer. Siente náuseas. Observa la hierba verde brillante adornada con frutos rojos en putrefacción e intenta refrenar la apremiante necesidad de vomitar.

«Soy un asesino.»

Escupe. Aún estaba en el vientre de su madre y ya había matado. Un bonito descubrimiento sobre sí mismo. Llegando a los sesenta.

Se apoya en un tronco nudoso. Vomita. Lleva los pies descubiertos, con unas sandalias de marca, y no le da tiempo a retirarlos.

No ha comido nada en todo el día. Sólo ha bebido un vaso de zumo y ha picado unos ganchitos. Falta de líquidos. Está agotado por el calor tropical y la falta de sueño. El día anterior tuvo turno de noche en el hospital.

Todo muy prosaico.

Se monta en el coche y se ajusta el cinturón. Qué hacer ahora con todos esos trastos que han quedado de la feria: un tiiovivo roto, unos columpios arrancados, el polichinela apaleado, el castillo de los horrores hundido, los fantasmas que han escapado, los carromatos medio podridos.

De camino a Praga, mientras se limpia la cara con una toallita refrescante y una corriente de aire le refresca el cuerpo, una idea empieza a florecer en él. Se asienta y se transforma en un convencimiento.

Antes de aparcar en el centro de Praga, que oscurece bajo el crepúsculo, en la calle donde vive, cubierta por el polvo del verano, antes de pasar junto a las mesas de la terraza del restaurante con sus velas trémulas, entre las que se pasean dos camareros con bandejas llenas de jarras de cerveza, antes de cubrir su cuerpo con el gel de ducha y de aclarar el desagradable olor de su boca y sus pies, antes de refrescarse la piel cubierta de sudor agrio, ya ha tomado una decisión.

Es una suave noche de verano y ha tomado una decisión.

## Cuarto regreso (finales de verano de 2005)

### SARMIENTOS

El sonido del tiovivo en movimiento no se va de su cabeza.

Denis pasa los fines de semana en su pueblo natal. En las despensas se amontonan para él cestas de manzanas, tarros de mermelada de fresa y de grosella, botellas de aguardiente de ciruelas casero, ristras de salchichones y chorizos. Las abuelas del lugar depositan obsequiosamente en los altares de la cocina huevos caseros metidos en bolsas de harina. En el sótano se amontonan sacos de patatas y cebollas; en la nevera, gelatinas y morcillas; en los congeladores, carne de corzo. Nataša, feliz, acepta los regalos que le traen de más cerca y de más lejos, abraza a los donantes, que vienen a inclinarse ante su hermano.

Éste va a ver a su primo Ladislav, trata de convencerlo, le insiste a gritos, intenta apelar al pragmatismo. El alcalde se niega. No va a convocar una reunión a cuenta de un absurdo monumento.

La cola de donantes de regalos se encoge. Se hace más pequeña cada día.

Para disgusto de la desesperada Nataša y con la aceptación muda de su madre, Denis se convierte en negociador entre los bandos enemigos. Un negociador extraño. Corre con la bandera blanca de uno a otro, explica, agita las manos, trata de convencer y pretende que en el centro de Puklice erijan un monumento a un antiguo paisano. Entonces, y sólo entonces, Gita Lauschmannová renunciará a los derechos de restitución de sus propiedades. Para no quedarse mudo de agotamiento, escribe una petición en lenguaje comprensible y la hace circular.

Nadie firma el documento, excepto la acalorada madre de Denis, cuya ilegible rúbrica nadie toma en cuenta. No son tontos. ¿Por qué iba alguien a renunciar a semejantes propiedades, ¡a tanto dinero!, por un trozo de granito y una placa de latón, por un trozo de piedra en una plaza polvorienta?

Sobre Denis cae el odio de todo el pueblo. Un desertor que ha cambiado de bando. Un desertor corrupto.

A él le gusta ser un desertor.

### TRANVÍA NÚMERO TRECE

Denis toca el timbre de la entrada de la ostentosa casa del representante de Ladislav, el señor Třešňák, actual dueño de la destilería de Puklice. Éste sale envuelto de cintura para abajo en una reluciente toalla blanca, cubierto de aceite como un atleta

de lucha grecorromana. La señora Lauschmannová y Stolař el joven coinciden en su opinión sobre él. Lo consideran un forastero. No es un lugareño y nunca lo será.

Está descalzo. Se muestra amable; invita a Denis a pasar. Ambos se dirigen a la casa por un camino cubierto de gravilla y bordeado de rosales floridos, con rosas rojas y aterciopeladas cuya fragancia inunda el aire. De vez en cuando el hombre da un salto y silba: las puntas de las piedras se le clavan en las plantas de los pies. Entrecierra los ojos con deleite.

—Es como el mejor masaje chino. Y gratis.

Antes de cruzar el umbral de la vivienda, conmina a Denis a probar su nueva sauna finlandesa. O a que se refresque tranquilamente en la piscina italiana. Su mano se posa en el pomo de la puerta de la mansión con cúpulas.

—Ya sabe, doctor, que le ayudaría con mucho gusto si sólo dependiera de mí... pero represento los intereses de todos los ciudadanos del lugar y su postura está muy clara, desgraciadamente. Yo vivo aquí desde hace sólo siete años, no sé nada, pero los que se acuerdan no ven al señor Lauschmann como usted, sino más bien en blanco y negro.

—¿Quiénes se acuerdan?

—Bueno, es cierto que no quedan muchas personas de aquellos tiempos, pero aún hay algunas. Además esa hija suya, esa vieja insensata, se volvió loca después de provocar a unos tipos. Pase, entre, nos tomaremos una copa. Tenga cuidado, esas baldosas están recién colocadas; es un tipo especial de piedra.

—La doctora Lauschmannová es una persona inteligente y está en sus cabales, se lo puedo asegurar.

—Cada uno tiene su opinión... Mire, piedra de muralla con diseño italiano Lanzarote.

—Basta con firmar esto.

—Yo lo firmaría con mucho gusto, doctor, encantado, pero ya sabe cómo es la gente de este pueblo... Y ya que está aquí, me gustaría pedirle una cosa. Cuando me agacho me duele aquí detrás y en la rodilla izquierda; noto como un tirón y pinchazos. ¿No sabe a qué podría...?

—Necesito su firma.

—No. Un tercio de los habitantes del pueblo trabaja para mí. Y yo los necesito a ellos.

—Y se ha hecho construir en la parcela del señor Lauschmann, ese caballero en blanco y negro, este pastiche con torreones.

El joven atleta se endereza, se ciñe la toalla alrededor de la cadera.

—Así no, doctor. Voy a hacer como que no le he oído. Lo pasado, pasado está. Aquí miramos hacia el futuro; nadie quiere un monumento a una historia indeseada. A mí no va a culpabilizarme de nada. Yo compré el terreno hace siete años y he trabajado dura y honradamente. Y ahora, si me disculpa... La próxima vez avise antes de venir. O mejor tomemos una sauna, sin conversaciones inútiles.



—Una firma. Y los demás también firmarán.

—Doctor, realmente me sorprende... Y por cierto, ese palacete se está cayendo. Tengo interés en él; podría arreglarlo. El alcalde está de acuerdo.

Denis mira la espalda parlante que salta por las piedrecillas y escupe. Menudo truhán engreído. No quiere discutir, no quiere ponerse a malas. Un médico especialista siempre viene bien. Sobre todo cuando de vez en cuando uno siente pinchazos en la rodilla.

Denis comienza a estar obsesionado.

Quiere ir a la plaza del pueblo en el tranvía número trece, a pesar de que no hay ningún tranvía. No hay vías. Cae en la obsesiva idea de que sólo va a vivir plenamente cuando llegue a la plaza con el tranvía trece. La construcción de un monumento a un hombre desconocido se convierte en el objetivo primordial de su vida. Emplea todas sus fuerzas en realizar ese viaje en tranvía. Lo demás es temporal y secundario. La obsesión se intensifica, aprieta las cinchas de su cerebro.

Así que cuando suena el teléfono de la consulta unas semanas después y Denis escucha las primeras sílabas, en la telaraña de las posibilidades se ancla la idea de cómo redirigir el tranvía hacia su objetivo. Una vez más saltará al foso de los leones. Esta vez sin avisar. Un tratamiento de choque.

—Te conseguiré el certificado, claro, no tienes que venir a Praga sólo por eso, yo te lo llevo. De todas formas planeaba ir este fin de semana a Puklice... No, no me asusta un anónimo escrito por unos cuantos vecinos... Sí, iré. Pero no por Nataša y mamá... No, no vayas a ninguna parte, ya te digo que voy a ir. Haz un bizcocho, muele café... No, no, estoy bromeando... Sí, vale. Te tengo que dejar. Adiós.

Se queda unos minutos sentado sin moverse. Con el rostro de piedra, en el que se refleja la esperanza. Alguien invisible chasquea los dedos, Denis revive. El tranvía trece ha cogido velocidad y resuena por las calles. Denis lo conduce y hace restallar un látigo sobre su cabeza. Se frota las manos, coge de nuevo el auricular. Habla con voz nerviosa y asustada.

—De verdad, no quiero molestar, pero es muy importante... Claro, tiene todo el derecho. Pero se lo pido por favor. Es un asunto de vida o muerte. No exagero... Por favor... ¿Esta tarde? ¿Hoy mismo? Gracias.

Denis rejuvenece. Decenas de anillos se desprenden de su corteza, las cinchas revientan. Dobla las rodillas, las coloca bajo la barbilla, apoya las suelas en el borde de la mesa, se impulsa hacia atrás con alegre fuerza. La silla de ruedas llega hasta el armario blanco, cuyo cristal tiembla tras el impacto de Denis. Las botellitas marrones con medicinas y las ampollas vibran; las cajitas con pastillas ordenadas se tumban con un efecto dominó. La enfermera irrumpe en la habitación. Lleva el pelo teñido de rojo recogido con un ancho pasador pintado a mano.

—¿Ha ocurrido algo, doctor?

—Haga pasar al siguiente paciente.

—Bien.

—O mejor no. Espere. ¿Dónde decía que le dolían hoy esas piernas tan preciosas?

—Doctor...

—¿Aquí?

—No, más arriba. Sí, ahí. Y el dolor llega hasta arriba del todo. Pero sólo cuando subo las escaleras.

—¿Cuando sube las escaleras?

—No, en realidad cuando las bajo...

Antes de tumbarse en la dura camilla cubierta por un plástico, la enfermera se agacha. Para colocarse bien la cadenita de oro sobre la piel morena de su suave empeine.

Me he tranquilizado. Con una pastilla para dormir tengo bastante. La soledad me hace bien.

Los tranvías tintinean con insistencia, me advierten inútilmente. Sigo destapando mis numerosos pasados. Esta tarde uno va a llamar a mi puerta.

Mi hija y mi nieta Anna boicotean nuestros encuentros. Anna, además, acaba de enamorarse y se niega a estropear su maravillosa sensación de embriaguez por el contacto con «parientes insoportables». Barbora me visita a escondidas. Se asfixia con preguntas sobre las irregularidades; se ha sumergido de cabeza de esa mañana pasada en Puklice, está hasta el cuello. Necesita hablar con alguien de sus angustias. Y ese alguien sólo puedo ser yo.

Respondo a algunas de sus preguntas. A la mayoría con un «más tarde».

Tras la puerta me espera impaciente una visita anunciada, aunque inesperada: Denis.

## HAY QUE VENTILAR

Nataša se desliza por la habitación y los pasillos de todo el piso con un tubo zumbador. Llega hasta el dormitorio en penumbra, en cuyo rincón destella un televisor. Saca del bolsillo del delantal una linterna con una goma y se la coloca en la frente; alumbra los lugares a los que llega el aspirador. Después de hacer brillar todos los colores de la alfombra persa, coloca una nueva boca en el tubo. La linterna saca de la negrura las pantorrillas rollizas de la Mujer. Con la serpiente anillada a la espalda, Nataša avanza. Roza con el ruidoso tubo gris las pezuñas hinchadas de la Mujer, embutidas en unas zapatillas nuevas dos números más grandes de lo necesario. Pasa el aspirador por el empeine y después aspira las migas del regazo, el pecho, rodea con cuidado por el cuello. Baja la potencia al mínimo y le quita las migas del

cabello, aplasta el nido con la mano. La Mujer levanta una cadera y Nataša aspira el sillón bajo su trasero. Entonces tropieza con la banqueta y suelta un juramento. Sube la potencia al máximo y recorre de arriba abajo las horribles cortinas rojas. La barra tiembla y el aspirador deja de gruñir. Nataša retira bruscamente las cortinas, abre la ventana, apaga la linterna de su frente. El Matisse y el Cézanne de la pared se recobran, los colores se caldean. La Mujer se vuelve, cierra los ojos.

—Corre las cortinas.

—Hay que ventilar la habitación; esto apesta como una cuadra.

Nataša se inclina, se masajea una mancha morada en la espinilla.

—Casi me mato.

—Pues ventila tu habitación. ¡Y corre la cortina!

—Me prometiste que ibas a firmar las bolsas. Tu firma es un garabato como el suyo. A ver cómo vas a hacerlo sin luz.

—Corre la cortina. Y tráeme unos ganchitos. Con la lámpara me basto y me sobro. Empezaremos mañana.

—Lo prometiste.

—Mañana.

Denis habla y habla y habla. Ha cambiado su paso de garza por un balanceo ligero; el tigre da vueltas en su jaula. Chasquea los dedos nerviosamente. A sus vueltas añade ese ritmo de percusión, como si fuera un chamán recitándome un ensalmo.

Estoy de pie, de espaldas a la ventana tras la que se desvanece otro caluroso día de agosto. Con promesas apenas perceptibles de un suave aire otoñal y de la nueva temporada teatral. Me gustaría volverme y mirar las nubes rojizas, esa espuma rosácea adornada con nubes cremosas y briznas azul claro que duran tan poco. Pienso en cómo echar a Denis. Para regresar a mi escritorio y a mi cuaderno azul con reflejos anaranjados.

Acepto su oferta absurda e insensata. A pesar de que está claro como el agua que la esperanza de Denis no es viable en Puklice. Pero aún puedo provocarles un rato. Acepto el plan de un hombre que ha puesto coto al estercolero en el que Stolař me metió el morro. Veo lo aliviado que se siente. Tengo un deber para con su madre. Así pagaré mi deuda.

En lugar de callar, despedirse y dirigirse a la salida, se sienta a tomar el té frío. Se frota las manos con gesto victorioso, sonrío machaconamente. Me gustaría darle un trapo para que se frote las manos secas hasta que enrojezcan. Como hizo su madre entonces. Con un trapo que tenía en su regazo. Lo agarraba con fuerza y a cada momento se frotaba con él los dedos resecos, agrietados y enrojecidos.

Para variar se pone a hablar de su trabajo; se dedica a devolver el movimiento a sus extremidades. Habla y habla y habla. No lo escucho. Por el rabillo del ojo observo el atardecer rojizo tras la ventana. Se echa al té la cuarta cucharada de azúcar.

Evita angustiosamente cualquier tema que se refiera a mi vida privada. Filósofa. Parece que hay para rato. Mierda.

Yo adoro las extremidades inmóviles.

No me entiende.

## UNA NOVIA ESTRUJADA

Nataša abre la caja fuerte. Saca los premios metidos en una bolsa. Tira las lentejas en el cubo de la basura, aplasta el papel abombado con un rodillo.

La Mujer mastica unos ganchitos amarillos y mira a esos seres del programa infantil matinal. Sobre el televisor vuelan unas elegantes brujas, a los duendes de los lagos les gotean los faldones, los hombres araña evitan balas mortíferas. Nataša le desliza bajo el codo una bandeja con unas cuartillas blancas, un rotulador negro, las bolsas de papel planchadas como modelo y un lote de bolsas nuevo. Acerca al sillón la lámpara de pie. La enciende. Intenta colocar en la cabeza de la Mujer la linterna con la cinta de goma.

—A trabajar.

La Mujer se quita la linterna, se despeina.

—Cuando termine de ver esto.

—Mamá, no me queda ni una bolsa y el lunes me traen género nuevo. La caja que hago ahora en un día no la hacía antes ni en un mes. Y Ladis está esperando; lo necesita cuanto antes. No es momento de bromas.

—Espera a que vuelva la firma original.

—Oujezdský no ha venío aquí en semanas. Un actor como él está muy ocupao, ya sabes.

—Pero los teatros están de vacaciones.

—¿Quién ha hablao de teatro? Está rodando una película.

—¿No va a venir Denis?

Nataša tropieza con el aspirador, que está ahí desde el día anterior. Le da una patada para apartarlo.

—Joder, y ¿qué haría aquí después de la que lió? ¿Es que sabe cómo vivimos aquí? Venga, firma. Antes que venga Hanka Malá y la Stolař, p'a que no lo vean. Vamos a hacer unas conservas.

Un abrasador sábado por la tarde, dos figuras bajan del Toyota rojo de Denis. La del dueño del coche se estira, la otra se encoge. El paso firme del hombre se adapta al ritmo de los pasos que se arrastran detrás de él. Hablan un momento. Con un gesto de comprensión, Denis deja pasar a su acompañante. Ésta se esconde con alivio dentro del escondrijo de hojalata como si fuera una escafandra salvadora. Para poder

respirar.

Denis se dirige hacia la casa blanca rodeada de una verja de madera pintada de azul oscuro que llega hasta la altura de la cabeza. Atraviesa el patio enlosado. En un parterre registra el débil verdor de unos tamariscos, alegrados por unas caléndulas. Desde el pueblo llega el ladrido de los perros y el sonido traqueteante de las sierras.

Ladislav Stolař el joven, con unos pantalones cortos Adidas, bronceado tras su viaje al sur de Francia, introduce el certificado médico en el bolsillo de su camisa de franela. De nuevo ese uniforme inadecuado bajo la fuerza renovada de los rayos del sol.

—Me viene que ni pintao, gracias. Qué rápido eres. Nos tomamos un trago, ¿no?

—No, he venido en coche.

—¿Y? Una copita no hace daño a nadie. Mira, hasta un bizcocho te ha hecho la parienta. Ahora está donde Nataša. No paran de hablar de la vieja loca Lauschmannová, no veas cómo deben de pitarle los oídos. Y la verdad es que a ti también.

—Me lo imagino.

—Yo le digo: «Déjalo, no te preocupes, si él sólo te estaba tomando el pelo», pero ella erre que erre. Bueno, ¿cuánto te debo por el papel? Esto es como agua de mayo: lo que voy a descansar cuando la parienta se vaya al balneario seis semanas... Y gratis. ¿Quieres al menos un café?

—Sí. Y puedes cortar el bizcocho. No he venido solo.

—¿No?

—No.

—Aaaah. Tío, ¿te has traído a una mujer?

—Sí.

—Joder, ¡ya era hora! Tu madre se va a llevar una alegría; por fin vas a sentar la cabeza. Se acabaron los dulces tiempos de las enfermeritas, ¿eh? Ya se ha hecho a la idea de que Nataša se ha quedao p'a vestir santos, pero eso de que tú no le hayas dao un nieto... Aunque vete a saber si ya tienes alguno correteando por ahí, ¿eh? O hay uno en camino; una cosa no quita la otra. ¿A qué estás esperando? —Stolař se ríe feliz, como un bobo—. Venga, tráela. ¿A qué esperas?

Ladislav Stolař el joven corre a la cocina. No sabe qué hacer antes. Ya está viendo cómo entra una despampanante veinteañera de largas piernas. Denis es un buen partido; un poco raro, pero seguro que sólo escoge lo mejor. Stolař está distraído. Echa azúcar glasé sobre el bizcocho. Abrillanta unos platos con un trapo. Retira una bandeja que estorba, sobre la que están las bolsitas de lentejas de regalo, numeradas para no perder ninguna. En tres tazas vierte ese café instantáneo «de los buenos

momentos». Enciende la cocina eléctrica, coge una tetera roja. Del grifo sale un chorro transparente que resuena en el fondo.

Denis regresa.

El emocionado Stolař adivina la segunda sombra tras el cristal translúcido de la puerta. Del bolsillo de atrás del pantalón extrae un peine. Se peina rápidamente, se pone saliva en las sienes y abre impaciente la puerta.

Están de pie con los brazos entrelazados. Dos figuras de porcelana en el marco blanco de la puerta, el soltero de la suerte y la muñeca de la pena. El alto soltero Denis, la cardada muñeca Lauschmannová. Con los escudriñantes ojos entrecerrados y un elegante bolso de charol colgado del hombro. Como en una foto de boda.

La Mujer perfila las letras, las repasa con la lengua fuera. Nataša la mira con emoción por encima del hombro, observa el trazado de la línea. Cuando acaba de escribir la última letra, le da un beso en la nuca. «Afectuosamente y con cariño, Jiří Oujezdský».

—Perfecto.

La Mujer tapa el rotulador negro. Con el mando a distancia comienza a cambiar de canal.

—Mamá, ¿no me has oído? Necesito veinte. Por lo menos.

—Y yo necesito que venga Denis.

—¡No!

—Pues voy a contarles que las engañas.

—¿A quién? ¿Quién te va a creer? Has firmao esta petición asquerosa.

—Porque Denis tenía razón.

—No empieces otra vez.

—Quiero que venga Denis.

—¡No! Nos ha traicionao. Lo que ha hecho es una vergüenza.

La Mujer destapa la punta negra y húmeda, y tacha la palabra «Jiří».

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué haces?

—Es mi hijo.

La Mujer aprieta con el rotulador y cubre también de negro el apellido Oujezdský.

—Quiero hablar con él.

—Vale, vale, está bien.

—Quiero que venga.

—¡Que sí! Pero ahora escribe. Escribe.

Nataša se lleva el aspirador. Antes de meter el monstruo en el trastero le da una buena patada.

Stolař se queda de piedra.

Desde la cocina le llega el silbido penetrante de la tetera con el agua hirviente. Que le pide ayuda desde la ardiente placa de la cocina eléctrica. Como una orden militar. Nada es normal, el mundo es presa del pánico, la guerra continúa y desde la trinchera llega esa absurda pareja justo antes del apocalipsis. La tetera se eleva por el aire, se inclina sobre su cabeza, vomita el agua hirviendo sobre sus cabellos repegados con saliva. La tetera silba y grita, y el escaldado Stolař no puede creer lo que ven sus ojos. Resiste la tentación de frotárselos. Esta vez no tiene nadie detrás que le sirva de apoyo. Está solo. La ventaja de jugar en casa no le vale para nada.

—Pero ¿de qué va esto, tío? Se te va la olla. Te has vuelto loco de remate. ¡Traer a esta mujer!

La tetera sigue pitando, incansable. Stolař es incapaz de moverse. Denis aparta la mano de la señora Lauschmannová y sale hacia la cocina. El aullido de la sirena cesa.

Ladislav Stolař el joven no se mueve. Gita Lauschmannová no se mueve. No tendrían que haberse visto en privado, sólo tras las fachadas de las instituciones estatales. Dentro de Stolař el joven burbujea la rabia mezclada con el asombro. A la señora Lauschmannová le entra un cosquilleo dulce, como cuando se vierte un baño de chocolate sobre un pastel y se extiende con una espátula. A Stolař le parece que le ha sacado la lengua, una lengua anormalmente larga. Una culebra ágil, apenas perceptible.

Nataša se calza unos viejos zapatos, sale, se estremece. Un cubo de lava caliente se desliza abajo por su cuerpo. En el cobertizo hace fresco, hay penumbra. Unas finas barras incandescentes cruzan el aire. Aquí y allá. Los rayos de un láser le atraviesan el cuerpo, pero no lo dañan.

Nataša apoya la frente sobre uno de los sacos de esparto llenos de lentejas, los acaricia, los abraza. De la pila de tarros ordenados coge los dos más altos, primero uno con una mezcla naranja. Muerde uno de los sedosos albaricoques y se guarda el hueso en el bolsillo del delantal. De la segunda columna baja una caja de plástico. Tendrá que frotar los pepinos con un cepillo en la bañera, la tierra pegada se ha quedado seca.

Coloca tres cajas una sobre otra y avanza a trompicones. Apenas puede con ellas; tendrá que hacer varios viajes. «Tengo que hacerlo todo yo sola».

Da una patada a la puerta que arregló su padre. Agacha la cabeza y por el rabillo del ojo alcanza a ver una mirada ajena. En un rincón, en una estantería baja con las baldas rotas, está tirada una trona blanca con la pintura descascarillada. Preparada. Nataša sonrío y le guiña el ojo a ese oso mirón, que tiene la vista clavada en ella. Pertenece a su niñez: aquí era donde se escondía. Aquí lloró durante horas, cuando hace unos años confirmó que no podría nunca sentar a esa pequeña mesa a su propio hijo. Hoy aquí es donde criba las lentejas. «Al menos éste es un compañero que nunca me ha traicionao».

En el centelleo del aire ardiente parece que el oso ha cerrado los ojos azules y ha elevado las marrones comisuras de su boca.

## REVUELTO DE SETAS FRESCAS

Denis regresa con una bandeja. En una mesita baja deposita tres tazas de café y un azucarero. La mano no le tiembla. Por dentro está satisfecho; el tratamiento de choque ha funcionado.

Tose. Articula cuidadosamente, suelta las palabras hacia los oídos de sus oyentes como si hablara por un tubo de metal.

—Tomemos un café.

—No, eso sí que no. Esto lo cambia todo. ¿Quién me iba a decir que...?

Denis ordena a Stolař que se siente inmediatamente. Éste se agacha con rabia; con el trasero hace balancearse los faldones del mullido sillón.

«Sobre todo atrincherarse en algo blando, como hizo mi madre. Pero más bien deberías apoyar tus posaderas sobre un cojín lleno de clavos puntiagudos, o de paja punzante».

—Tomemos el café.

La señora Lauschmannová menea la cabeza de forma apenas perceptible. Se queda bajo el marco de la puerta.

—Ladis, comprendo que esto es una sorpresa para ti.

—Y tanto.

—Quería hablar contigo una vez más. Demostrar buena voluntad. Después de todo.

Stolař va recuperando la compostura, emerge de su aturdimiento. De la sensación que ha experimentado de no ser dueño de su vida, de que la vida ha descarrilado. Siempre descarrila cuando en el pescante se sienta esta mujer.

—De ésta tu madre se muere, Denis.

—No creo.

—Joder, ¿quién lo iba a decir? ¿Nos tomas por tontos o qué? Al final me vas a decir que somos parientes, ¿no?

En su imaginación, recrea el posible significado de todo esto. Malý el barbero acicala a Denis y peina a la bruja de la Lauschmannová. En la iglesia, el cura casa a la deslucida pareja. Stolař y Nataša son testigos del sí y de un ruidoso beso. El maestro Oujezdský recita un poema. En el Ayuntamiento se ofrece un refrigerio de longanizas y licor de ciruelas entre narcisos y farolillos. Denis cruza el umbral del palacete con la novia en brazos. La emocionada madre de Denis da su bendición a la parejita. Las mujeres arrojan arroz y lentejas, toneladas de lentejas para atraer la suerte. La risa se abre paso hacia sus labios y va ganando intensidad, crece y estalla. Stolař se atraganta.



—Así que vamos a ser parientes, una familia feliz. Eres la hostia, Denis, de verdad, eres el cabrón más listo de este pueblo. Y aquí todos dándole al magín de por qué te mezclabas en el asunto. Claro, con esto se arregla todo, ni restitución ni nada... Lo que es mío es tuyo, claro... menudo gol te has marcao.

Lagrima de la risa e hipa como un burro.

—En fin, señora Lauschmannová, siéntese, ya que Denis y usted me han preparaao esta sorpresa. Que sea lo que tenga que ser. Al fin y al cabo todos somos humanos.

Hanka Malá y la rechoncha señora Stolař llegan pisando fuerte, con cuatro cestas llenas de setas. Nataša les abre; en la mano mojada sujeta un cepillo con el que está frotando los pepinos en la bañera. Las visitantes se quitan las recalentadas botas de goma y van directas a la cocina. La Stolař elige y rebusca delicadamente entre las setas.

—Sólo hemos cogido las pequeñas que estaban bien. El barbero está chocho pero p'a recordar los sitios donde hay setas, hasta con este calor, no veas qué memoria. Es p'a quitarse el sombrero.

—Hay que encurtir las ya. Tengo bastante vinagre. Luego hacemos las conservas de melocotón. Y mañana los pepinos.

Nataša se seca las manos con el trapo remendado.

—¿Quieres un café?

Le lanza el trapo a Hanka Malá, que se está aclarando las manos en el fregadero.

—Sí. Llevamos desde las cuatro corriendo por el bosque. Mi hijo se ha cargao el viejo a la espalda; el pobre hombre iba señalando los sitios con el bastón. Al menos así el pequeño se calmará un poco; su padre le ha guardaao los sprays en el garaje.

—¿Y qué hay de lo nuestro?

La Stolař se ríe pícaramente. Retira con delicadeza el pie de la primera seta.

—Va to bien, chicas. Mi marido ha ido por las oficinas untando al personal, así que pararán el asunto un tiempo, lo alargarán y al final le darán puerta. Y apenas ha comenzaao. Tendrá tiempo a porrillo cuando me largue al balneario a la cura ésa.

—Sí, hay que dar coba sin parar.

Hanka Malá bosteza y se estira.

—Nataša ha pensao que podríamos subir el precio del regalo. Y que en las bolsitas podemos meter chokolatinas en vez de lentejas. O caramelos.

A la Stolař se le ilumina la cara.

—Oye, y a los tíos les podíamos poner cigarrillos.

—Lo más importante es el envoltorio.

Nataša da un respingo.

—¡Mamá! Se me había olvidado del todo. Anda, servíos el café.

Hanka coge una cesta de varas trenzadas.

—Voy a por el resto. Vuelvo en un santiamén.

La Stolař recoge con la mano los restos de las setas.

—Ya te ayudo.

Mi propio valor me hace temblar. Y sin embargo siento vahídos.

A ver, ¿por qué entro en esta casa? ¿Para completar mi camino vital? ¿Para al final de mi vida terminar de contar la historia que he dejado tras de mí? Me arrodillo sobre los tacos de salida y espero. Llegan los otros. Me levanto, les sujeto sus tacos, les ayudo a colocar sus manos en la línea de salida, a calentarse, arreglar el traje, masajear las piernas entumecidas, liberar los tendones, tomar impulso. Todos salen corriendo. Pero yo no, nunca. Después de tantos años de espera se me acaban las fuerzas. Aunque hubiera tomado la salida tras el disparo, no aguantaría el ritmo.

Nadie se interesa por nosotros. Hasta que no le obligamos.

Por nada del mundo reconocería esta repentina debilidad física. Siento vahídos por culpa de este viajecito masoquista. No pienso sentarme en casa de Stolař. Denis me prometió que no tendría que hablar.

—Me temo que ha malinterpretado toda la situación. Por otro lado, es ya una tradición en su familia.

Denis coloca delicadamente las cucharillas en los platos, como si sopesara los escalpelos. Esas cucharillas ornamentadas me resultan familiares.

—¿Cómo que he malinterpretao?

Se vuelve hacia las manos atareadas de Denis.

—A ver, ¿andáis juntos o no?

—Según cómo se mire. —Las palabras de Denis resuenan como si tuviera un tubo metálico delante de la boca—. La doctora Lauschmannová y yo somos amigos, si puedo definirlo así. Y aprecio mucho esta amistad. Nada más y nada menos.

—Entonces ¿qué...?

—Quiero que reconozcas tu error en lo que a ella concierne, y que se lo dejes claro a los demás. Sé que cuando quieres sabes comportarte como un caballero. Basta con erigir el monumento. Y todo volverá a ser como antes.

Stolař sopesa la situación.

—Entonces ¿no va a haber boda?

—¿Boda?

—Sí, vosotros dos.

—No, nada de boda. Puedes estar seguro. No habrá boda.

—Yo no estoy seguro de ná.

Imperceptiblemente, me apoyo con el codo en la pared para separarme de ella.

—De esto sí puedes estar seguro.

Stolař, cubierto de sudor, se rasca el pecho.

—Pues entonces me tomaré un trago. Ya pensaba que habías perdido el juicio tú también. Por lo que dicen, ella se achuchaba con cualquiera...

## EL CABALLO SE DESBOCA

Denis evita la mirada de la señora Lauschmannová. Esperaba que, con el certificado médico en la mano, Stolař fuera más manejable. Que le halagaría el papel de líder que Denis le ha otorgado. Ese papel con el que Stolař cambiaría el curso de la historia. Llevando al agua desde ese canal artificial hacia sus orillas naturales. Como un caudillo en su caballo, con un penacho ondeante y una espada afilada. Que iría trotando al lado del tranvía número trece, en el que va sentada una mujer y que conduce Denis. Abriría el camino con la espada. Denis está obsesionado. Stolař va a levantarse, apoyado en los estribos. Denis lo detiene, impaciente.

—Quieto. Te vas a disculpar ahora mismo con la doctora Lauschmannová por esa ofensa intolerable. Con eso borraremos los agravios de ayer, para poder continuar y seguir borrando los de antes. Vamos a negociar. Tú y yo. Me vas a explicar por qué no se puede convocar una reunión pública a cuenta del monumento. Y después recorreré el pueblo de arriba a abajo hablando con uno y con otro para desmentir sus razones.

—Y ¿quién lo va a hacer? ¿Tú?

—Tú y yo.

—¿Has perdido un tornillo? Ya he dicho lo que tenía que decir.

—Como alcalde tienes autoridad. He suplicado a la doctora Lauschmannová, se lo he pedido durante mucho tiempo, la he tenido que convencer para que viniera conmigo aquí. A verte.

—¿Y por qué has tenido que pedirselo? Si ella quiere recuperarlo todo, ¿no? El caballo se ha desbocado, sale corriendo al galope.

—Ladis, tu nombre es aquí como un símbolo...

Hanka Malá se pone las botas de goma. La Stolař le da las cestas de mimbre.

—Hanka, no sé cómo decírselo a Nataša.

—De momento no le digas nada. Igual Denis no se queda mucho y se va enseguida.

—Pero alguien puede irse de la lengua.

—La cartera está en nuestra casa. Irá diciendo por el pueblo que nadie le cuente nada a Nataša.

—Buena idea.

—Se irá y no volverá. Qué iba a hacer aquí.

—Oye, Hanka...

—¿Qué?

—Sea como sea, Denis es de nuestra familia. Y no conocemos a otro médico tan bueno.

—¿Y he dicho yo que no?

—El símbolo de todas las putadas que le habéis hecho a la familia Lauschmann. A unos y a otros, *pito pito colorito, pin pon fuera*.

Ese tono divertido y acariciante ablanda a Stolař más que si me desmoronara. Parto las palabras como si fueran onzas de chocolate. Voy saltando con la tiza sobre ese muñeco pintado.

—¿Qué putadas? Al final voy a ser culpable de la Segunda Guerra Mundial...

—Ladis, si te disculpas... rápido, simbólicamente... calmarás toda esta pasión genocida... Alguien tiene que retirarse. La doctora Lauschmannová ya no tiene adónde ir. El mero hecho de que haya sido capaz de venir conmigo después de todo, que esté dispuesta a hablar contigo...

—¡Así que encima tengo que dar saltos de alegría porque ella se mete en mi casa y quiere charlar conmigo como si fuéramos viejos amigos!

—Es muy valiente de su parte, una muestra de su buena voluntad... No seas cobarde, Ladis. Espero que cambies de idea. Convencemos a los demás y se erige el monumento. Sólo es un maldito trozo de piedra, un monumentillo. ¿Qué mal puede hacer? Y todo se arregla con eso, todo... Por el amor de Dios, señora Lauschmannová, ¡síntese ya de una vez!

Nataša entra con un grueso libro de recetas de cocina bajo el brazo; sobre una bandeja hace equilibrios con un vaso, tres albaricoques y unos ganchitos. La Mujer está roncando bajo el resplandor de la luz, con el cuello torcido, la boca entreabierta; la lámpara arroja una luz intensa, que da a su rostro una expresión fantasmal. Nataša deja la bandeja, retira con cuidado de la improvisada mesa los dedos torcidos, coge las cuartillas garabateadas y las bolsitas. Antes de guardarlas entre las hojas del pesado libro de recetas para que se alisen, algo la desconcierta. El número de letras no coincide. Se asusta. «Afectuosamente y con cariño, Gita Lauschmannová».

Nataša revisa febrilmente las veinte bolsitas garabateadas. En todas ha escrito lo mismo. «Afectuosamente y con cariño, Gita Lauschmannová. Afectuosamente y con cariño, Gita Lauschmannová. Afectuosamente y con cariño...».

Aporrea la bandeja del desayuno con el pesado libro. Con toda su fuerza. Una, otra vez. Con una mirada de odio hacia los dientes amarillentos de su madre y con la respiración jadeante, rasga las bolsas de papel y se las mete en los bolsillos. A pesar de que preferiría metérselas a su madre en la boca. Apaga el televisor. La ausencia de sonido y la desaparición de la imagen sacan a la Mujer de su sueño. Nataša hace una bola con los trozos de papel y se la arroja a la cara.

—¿Qué es esto?

—¿Por qué me miras con esa cara? Es un regalo para los clientes.

—¿Has perdido la cabeza?

—Querías un autógrafo.

—Ya hablaremos luego. Por la noche... Te voy a dar otro montón de bolsas y lo escribes bien.

—Hazlo tú misma. Quiero hablar con Denis.

—Mira, aquí la que te viste y te mantiene soy yo.

—Quiero que venga Denis.

Nataša coge el libro, se lo coloca bajo el brazo, con la misma mano levanta la bandeja, con los dedos de la otra coge el bastón. Abre la manilla con el codo y la puerta con la espalda.

—Se acabaron los ganchitos. Se acabó el zumo. Hasta que no lo firmes bien.

—Quiero que venga Denis.

Nataša da un portazo. Arroja el bastón a la despensa. Y los ganchitos.

## UN REVÓLVER EN EL BOLSO

Sí, claro. ¿A quién más iba a gritar para soportar esta situación? Pero se equivoca. He demostrado *extraordinario valor y excepcional buena voluntad* sólo para proteger su estado mental. Para que él se calmara.

Y por curiosidad.

Me retiro de la frente un mechón de cabello. De la frente tras la que ya resuenan los golpes de yunque de una dolorosa intranquilidad.

Nos hemos deslizado hasta la conciencia de los guardianes, ante las puertas de la fortaleza enemiga, hasta los enormes cerezos retorcidos. Gritaban en medio de la calma que volviera. No, no he cometido un error. Me gusta estar aquí de pie. La terquedad de Denis me ha extenuado. Estaba tan tremendamente serio. Un caballero de su edad tan obstinado. Como si lo hubieran engañado a él.

Así que me pongo cómoda en el salón de Stolař. Con mi bolso de charol en la mano. En el que por desgracia falta un revólver.

Denis deseaba que nos tomaran por amigos. Podíamos haber interpretado la comedia hasta el final. Yo quería provocar. Divertirme a su cuenta. Engañarlos del todo. Una procesión nupcial, el huerto de manzanos como regalo de boda, el plato de porcelana roto para traer suerte. Las esquirlas con motivos azules me las habría quedado de regalo. Una novia estrujada; a la tercera va la vencida. Me fijo en mi propia cara. En el gran espejo de Stolař, para variar enmarcado en negro y con un repujado metálico, la obra de un maestro. Desgarrar mi imagen, arañar con las uñas a ese enemigo incapturable.

Un pastel de tres pisos colgado del techo; sobre su superficie vibran y titilan decenas de lágrimas de vidrio y espermatozoides. Los muebles brillantados, una clivia, una sansevieria, una copia acristalada de una figura de cómic. El revólver es áspero al tacto.

—Sólo quiero que regresen mis padres, no yo. Nada más.

Demasiado tarde para la mentira, demasiado tarde para la verdad. Debería estar de pie ante el tribunal, no aquí.

Stolař se ha recuperado del todo.

Natařa bebe un trago de aguardiente casero de ciruelas. Antes de que la Stolař empiece a quejarse lacrimosamente de la ingratitud familiar, entra volando Hanka, dejando tras ella un reguero de setas. Se apoya jadeante en la mesa.

—Ponme un trago a mí también. Denis ha venido y...

La Stolař da un puñetazo en la mesa.

—¡Hanka! Hemos dicho que...

—Espera, ahora eso no importa...

Natařa parpadea; le parece que ha oído mal.

—¿Denis? ¿Nuestro Denis? ¿Dónde tiene el coche?

—Está aparcao delante de la casa de Stolař.

La Stolař le da a Natařa un pañuelo de papel.

—No quería que te enfadaras, Natařa. Necesitaba un certificaao... por lo del balneario. Y él se empeñó en traerlo.

—Espera, ahora eso no importa. Dicen que se ha traído a... no lo adivinaríais ni en cien años.

Hanka Malá pronuncia en un susurro el temido nombre.

—¿Qué?

Lo repite dos veces.

—¿En serio?

—Sí.

La Stolař y Hanka Malá inclinan la cabeza; no se fijan en Natařa, que ha sacado una tabla de madera y está picando las setas mientras solloza.

—Dicen que son pareja.

—¿Quiénes?

—Pues la *frau* y Denis.

—¿En serio? ¿Y cómo lo sabes?

—Iban de la mano. La cartera lo vio con los gemelos.

—¿Qué?

—Sí.

—¡Será posible!

La Stolař se echa otro trago al coletto. Entonces ve a Natařa. Le seca las lágrimas y le quita el cuchillo de la mano.

—No hagas tonterías, Natařa. Es una pena usar estas setas p'a un revuelto. Mejor haz otro café.

—Menuda vergüenza. Como p'a no salir de casa. Como si no fuera suficiente

haber tenido que devolver los regalos p'a Denis. Hasta la última patata. Las viejas comparaban las bolsas de harina para ver si los huevos eran de sus gallinas.

La Stolař le acaricia los hombros.

—No es culpa tuya... Y Ladis no es idiota, Nataša, lo sabes.

Nataša suelta un chillido. El chorro de agua caliente con el que trataba de enjuagar una mancha marrón, una montañita de granos de café molidos pegados al cristal, le ha salpicado el dorso de la mano. El vaso se empaña. Se oye un chasquido. Nataša se chupa la mancha rojiza de la piel.

—Ponle más azúcar.

Nataša obedece. En medio del pánico se echa en la taza una ración de caballo, que transforma el café en una pasta pegajosa.

Hanka Malá vierte aguardiente en un vasito.

—Bébetelo.

Nataša ignora el vaso. Coge la botella y bebe a morro. Hanka le acaricia el hombro comprensivamente.

—No te preocupes. Mi chaval está vigilando; a los jóvenes no se les escapa ná. Y la cartera le ha dejao los gemelos.

—¿Y quién sacaría provecho de ese teatro? Si fuera por la Lauschmannová, no vendría nadie. Mira, hay que mirar al futuro. Pasar página, ¿entiendes?, pasar la última página. Poner punto y aparte.

Stolař, manotea como un loco, pasa páginas imaginarias, agita la mano en el aire.

A diferencia de Denis, yo no abro el tapón de la rabia. Dejo que salga poco a poco. Que gotee alrededor del tapón mal cerrado. Aunque, como esperaba Denis, Stolař se lo hubiera pensado desde el último encuentro y sopesara las ventajas de mi oferta, nunca podría hacerlo en contra de todos. Lo echarían. Igual que han echado a Denis.

No lo perdonaré nunca.

No te perdonaré nunca, alcalde. Aún no sabes que esto es lo peor que podría pasarte en la vida. No desees que alguien más no te perdone como no te voy a perdonar yo. Nunca te voy a perdonar. No perdono a los asesinos. No perdono a los que levantan la mano y mienten a sabiendas. No perdono a los que llevan un puñal en la mano y lo clavan con deleite en la espalda de otros. No perdono a los que con cabriolas y canciones desvían la atención de esa mano.

En cuanto uno perdona, se une a ellos.

Discuten vehementemente, desenvainan las espadas, hacen restallar los látigos, se lanzan al cuello. Stolař se pone rojo; Denis empalidece. El alcalde blande el certificado.

—Así que esto era un especie de sobornito, ¿eh? Me querías untar, ¿verdad, cabrón? ¿Por qué te metes en todo esto?

Rasga el papel con todas sus fuerzas, como si fuera una rígida plancha de metal, y lo hace pedacitos encima de la mesita. Los copos de papel con letras salen volando. Unos se hunden en las tazas templadas y absorben el líquido marrón. Otros conservan su blancura. La mayoría cae sobre la moqueta roja.

## SENDERO DE ARAÑAS

Me salgo del marco, abandono allí mis tensas muecas.

Me dirijo a la parada del autobús. Despacio y con dignidad. Por el centro de la plaza. Ni un alma. Silencio. El aire caliente no se mueve. Pero no me hago ilusiones. Seguro que alguien sabe de nuestra llegada. Las cortinas tiemblan como una tela de araña en la que ha quedado atrapada una mosca.

Siempre lo he sabido. Incluso de pequeña, cuando observaba los copos de nieve tras la ventana de la vieja escuela. Sentía una nostalgia y una angustia insoportables. Miraba por la ventana mientras detrás de mí se celebraba una batalla entre parloteos y gritos. Yo estaba excluida de lo que ocurría. Fuera. Lejos. Ya entonces lo sospechaba.

Fuera de aquí, ése es mi objetivo.

Cada visita a Puklice después de la guerra me deja sin fuerzas. Incorregiblemente, vuelvo y trato de alcanzar los momentos perdidos. En lugar de vivir los propios. En mi pensamiento nunca he abandonado Puklice. Sólo mi cuerpo ha vagado por el mundo: mi alma se ha quedado aquí anclada. Y ésa ha sido la venganza de *ellos*.

La telaraña está tejida firmemente. Sin principio ni fin. Tendida por toda la amplitud del horizonte. Sobre el palacete, el cementerio, el huerto de manzanos. Estoy tumbada sobre ella; no trato de liberarme. Me he vuelto indiferente a los sonidos sospechosos con los que esa araña asquerosa y peluda anuncia su llegada.

Pero ha crecido en mí una firme decisión, que enraizó durante la última reunión en el Ayuntamiento. Voy a ir a juicio. Y un día me cremarán, no, me *enterrarán* aquí. Eso no me lo pueden prohibir.

Me dirijo a la parada.

Los murmullos de voces electrizan el aire. Apenas son perceptibles. Primero el sonido es como una hoja seca que cae solitaria a través de la copa del nogal. El primer presagio del otoño.

Murmullos de voces. A los nombres conocidos se unen otras arañas anónimas. Se unen en tropeles y en filas ordenadas. Los informantes de antaño, agentes de la



Gestapo, los pequeños Klein y Stolař, y los grandes, los jóvenes borrachos y drogados, viejos y viejas transparentes, los de las camisas de franela, familias jóvenes con cochecitos de niño, soldados, policías. Los hombres de Estado han salido un momento de las mansiones confiscadas. Me rodean en un enorme desfile circular y envolvente; las filas más cercanas se sientan en el suelo.

Aunque estuviera sola frente al mundo entero, incapaz de moverme, enredada en las telarañas para toda la vida, no me voy a rendir. Mientras viva, hay esperanza. Quizá Adolf vuelva por fin. Rasgaremos las telarañas juntos. En silencio. A él no tendré que explicarle nada. Él conoce la historia de nuestra infancia. Con la que la vida empezó.

Y para mí también acabó.

La cabeza de Denis aparece sobre la compacta verja de madera teñida de azul, como si fuera un balón con el que juegan los niños. Saluda, llama. Mi hija también saltaba y llamaba.

—¡Mamá, mamáíta!

Desde la otra habitación, yo respondía irritada.

—Voy enseguida. Tengo que terminar una cosa.

¿Qué, qué era eso que tenía que terminar? ¿Qué es eso que tengo que terminar? Nos es dado comenzar el trabajo, pero no nos es dado terminarlo.

Me acerco a la parada de autobús, desde donde puedo abandonar el nido en el que nací, un nido de briznas de hierba que se descomponen.

No creo lo que veo. ¡Se despiden de mí!

Vaya, piensan en mí. Fascinada, estudio su saludo. Como en un trance, sigo el mensaje. El monumento a mi familia. Un saludo de despedida para Gita Lauschmannová. Un saludo de todos los buenos lugareños que alguien ha pintado hace poco con un color amarillo cálido sobre el soporte metálico informa de las horas de salida y llegada de los autobuses. Aún no le ha dado tiempo a secarse. La pintura mancha.

Querida Rozálie, ¿por qué no te quedaste inmóvil, desnuda bajo la helada? Estuviste así mucho tiempo. Ya lo sé, las filas son escasas. Y los camiones están abarrotados. Entonces los motores de todos los camiones arrancan de golpe, el aire se estremece. De las gargantas de miles de mujeres en el umbral de la muerte llega un grito aullador que sólo puede detener esa muerte. Y después llega el inevitable pánico. Los camiones se ponen en marcha. Una mujer se arroja del vehículo en marcha. Y después otra... y otra. Los oficiales de las SS saltan de los camiones con palos y látigos, y apalean a las que querían imitar a sus predecesoras. Rozálie, ¿por qué no te quedaste quieta, por qué seguiste a las que te precedían? ¿Por qué no te

quedaste de pie desnuda hasta que llegara el verano revivificador?

Me cambio el bolso a la mano izquierda, deslizo mi dedo índice derecho por el regazo ovalado de la primera letra. En la yema del dedo se me queda adherido el reflejo amarillo del sol brillante. Un último saludo veraniego como despedida.

Una estrella amarilla con la palabra «JUDÍA».

Un coche frena bruscamente al lado de la isleta. Denis salta desde el interior. Su palidez macilenta ha tomado tintes azulados. Un cráneo revestido por una fina y transparente película bajo la que se perfilan y palpitan unas venas.

—Doctora Lauschmannová, ¿por qué ha salido huyendo? Ninguno de los dos me ayuda mucho.

Adopta una postura poco natural. Con el dedo índice dirijo su mirada hasta el poste.

Repite «Dios mío» en diferentes tonos. Si no sintiera en el aire el aliento de tantas gargantas, un aliento helador, me echaría a reír. Están esperando a ver cómo reacciono.

Los dos estamos fascinados por el laberinto de esa estrella amarilla.

—Vaya excursión más divertida, ¿eh?

—Por favor, suba al coche.

—A ver si se acaba el verano de una vez.

—Vámonos.

Denis tose con sus labios exangües. Coloca la muñeca de porcelana con el dedo índice extendido en el asiento del pasajero. Una figura del museo de cera. Le tiemblan las pantorrillas. Aprieta los dientes dolorosamente.

Me niego a ponerme el cinturón de seguridad.

—Mi único objetivo es largarme de aquí.

Dejamos atrás los troncos retorcidos con frutos rojos demasiado maduros. No es normal que los árboles sigan dando frutos a finales de agosto. No es normal.

—No tendría que haber removido mi pasado.

Denis mira fijamente la cinta de asfalto que vamos devorando. No adivino lo que está pensando. Adivino lo que ve. Una elegante momia, que estudia la punta de su dedo. Estiro el brazo hacia el cristal abrigado. Y lo golpeo con el dedo y dejo una marca amarillenta. Fácilmente confundible con un excremento de pájaro.

Denis se aclara la garganta retóricamente. Desafina.

—Todo lo malo tiene su lado bueno; hay que mirarlo así. Ha conseguido algo que los demás no pueden tener.

—¿En serio? ¿Y qué es?

—Un grado superior de pureza moral.

—Pues yo lo cambiaría. ¡Ahora mismo! Soy una proscrita.

Somos dos voces programadas en la intimidad de la cabina de un estudio de radio. Dos cuerpos a los que nadie ha enseñado a mover la cabeza.

—Usted es la voz de su conciencia. Yo sólo me diferencio en que soy capaz de reconocer la verdad. Y capaz de... llamar a las cosas por su nombre, y llegado el caso incluso de... castigar a sus... lo diré sin rodeos, torturadores.

—¿Torturadores?

—Bueno, pues ladrones.

—No se ponga demasiado patético, Denis. No quiero linchar a nadie. Sólo retirar ese montón de estiércol y de mentiras con el que han sepultado a mis padres.

—Usted sola no puede agarrar la horca, yo la ayudaré. Necesitará abogados expertos.

—Tengo abogados expertos. Y ya me ha ayudado bastante, hasta donde era posible. No, no. Tengo que hacerlo sola. A veces para ayudar basta con no hacer daño. Callar.

—Yo...

—¡Cerrar el pico! ¿Sabe usted cuánta fuerza y autocontrol me cuesta mi amabilidad? ¿Esa amabilidad aprendida? ¿Ese examen interminable, ese experimento de toda una vida para saber si es posible comportarse civilizadamente entre la gente? Hay que jugar, pero no hay tantos juegos para escoger. Porque si no lo haces, te detectan, te dan la espalda. Sólo por ser amable. La amabilidad se confunde con debilidad. He tenido que aprender a sobrevivir entre las bajezas cotidianas de los demás. Como cuando uno endurece su cuerpo con una ducha de agua fría por las mañanas.

Denis aprieta a fondo el pedal.

Nos dirigimos a Praga a gran velocidad.

Igual que la última vez con el abogado, hemos hecho el camino en un tiempo récord. Como si me estuvieran secuestrando.

Si fuera capaz de atarme al capó de un coche en marcha. Y restregarme la frente con el pavimento arrugado. Ese asfalto abultado y refrescante. En medio de un alborozado día de verano. Entre los campos sembrados. Quedaría tras de mí una mancha rojiza. Me levantaría la piel de la frente y la dejaría en carne viva. Hasta el hueso. Y se me caería el cerebro. Lo cogería. Sería como una masa, casi puedo apretarlo.

Aplastarlo con los dedos y hacer con él relleno de morcillas.

## Quinto regreso (finales de verano de 2005)

### UN CAPARAZÓN AGRIETADO

De momento Denis no ha subido en su tercamente invocado tranvía número trece, ese que se adentraría por tierra conocida. Y eso lo cabrea, lo devora y lo remuerde por dentro. Desea salvar su antigua y buena vida. Desea visitar a su madre tranquilamente tras los pesados cortinones. Por ejemplo.

La señora Lauschmannová invita a Denis a su piso de Praga. A su casa, podría decir sin reparos. Porque su hogar ya nunca va a estar en la mansión donde nació. Aunque se la devolvieran. La grieta entre aquel entonces y el ahora, la grieta entre Gita Lauschmannová y *ellos*, la grieta de su cerebro que ha dividido en dos la vida de aquella niña es insalvable, tiene las dimensiones de su cuerpo. Una fosa desenterrada una y otra vez. Siempre que la tierra siente el olor de su cuerpo, se remueve un parterre, se cava un agujero nuevo.

Denis ayuda a esa muñeca de porcelana amarillenta a salir del coche, le ofrece su brazo con galantería y dignidad. Se ha derretido dentro de su coraza rígida.

Por ahora no se va a lavar la mano derecha. Quiere mirar detenidamente ese destello amarillento.

De cerca.

Sé lo que es la impotencia. Tener el cuerpo atado con un alambre de espino, estar sentada sobre una estufa al rojo vivo.

No dejo de preguntarme por qué Denis se deja abatir. Cuando él quería aplastarme a mí antes. Su interés y energía por intentar poner en pie el monumento son de una sinceridad sin precedentes. Hacía mucho que nadie se interesaba por mí de este modo. Desde la muerte de la tía Otla, nadie. Yo restriego con un cepillo la vergüenza del nombre de mi padre y él me trae un cubo con agua caliente y jabonosa.

Le permito acercarse a mí, borro las distancias. Le muestro el almacén de mis armas secretas.

Denis está sentado y hojea los cuadernos azules recién escritos, revuelve los registros administrativos de mis últimos e insensatos esfuerzos, recompensados finalmente con la rehabilitación de mis padres.

En julio de 1945 le quitaron a mi padre todas sus propiedades: el palacete, la hacienda, 270 hectáreas de terreno, los talleres, la destilería. Los funcionarios aplicaron el decreto número 12 de Beneš, que expropiaba las propiedades «de los traidores y enemigos del estado checo. [...] Con su modo de vida, está claro que

Lauschmann se consideraba alemán, apoyaba el elemento alemán y tenía contacto con él». Denis hojea vorazmente, busca nombres. Detrás de todo siempre hay nombres concretos. La gente es la culpable, no la época. La acusación se basó en los testimonios de tres personas. El testigo principal fue Ladislav Stolař. «En la familia Lauschmann se hablaba alemán y en este idioma se llevaban hasta los libros de contabilidad».

Esta frase lo decidió todo.

Ladislav Stolař se quedó con la herrería y los talleres, y el palacete fue a parar a su hermana. Los otros dos testigos recibieron parte de los terrenos. Y el resto se lo repartieron entre los setenta y cinco habitantes de Puklice.

Denis pasa las hojas con su brazo fibroso.

Yo veo el brazo delgado de un chiquillo de apenas diez años. Enfundado en un jersey tejido a mano y dado de sí. Aparece en el huerto, entre los manzanos. Una figura enana que se acerca despacio. Un niño desconfiado. Rubio. Aunque el verano ha comenzado, él se cubre el delgado torso con un jersey viejo, amarillo y raído. Con el punto dado de sí.

La tía Ottla le sonríe con la dulzura melosa de las enfermeras. Va a emitir un diagnóstico.

—Hola, chico, ¿vives aquí?

—Sí.

—Allí, donde esos manzanos, hay una casita bien bonita.

—Sí.

—¿La has construido tú solo?

—No.

—¿Con tus amigos?

—No.

—¿Con tu padre?

—Sí.

—¿Y cómo te llamas?

—Denis.

—Es un nombre muy curioso.

—Sí.

—¿Está tu padre en casa?

—No.

—¿Y tu madre?

—Sí. Con mi hermana.

—¿Nos dejas entrar? Tenemos que hablar un momento con tu madre, ¿sabes? Sobre los viejos tiempos. Somos viejos conocidos.

El niño duda un momento, pero finalmente abre la verja a estos tres reyes del

verano. Nos guía con un extraño orgullo. Se vuelve y observa con curiosidad. Yo camino ligera y acaricio las hojas de los manzanos. Del cenador sólo quedan unas tablas medio podridas. Atravesamos el amplio patio empedrado. Hasta la puerta de madera tallada con su particular forjado. Con los adornos que diseñó mamá. Y que fabricó cuidadosamente para ella el joven ayudante del herrero, Ladislav Stolař.

Adelanto a todos. Con los dedos endurecidos quiero abrazar la onda metálica de la manilla negra. Con los adornos de dos serpientes entrelazadas que diseñó mamá. El niño me alcanza. Se desliza entre nosotros como una culebra y se cuelga bruscamente de la manilla. Me retiro.

—Ya la aviso.

La Mujer sale por la puerta. Con un gesto experimentado se coloca un mechón de pelo que se le ha soltado del peinado. Para no alterar su aspecto pulcro. Atar, sujetar, domar cada mechón libertino. O arrancarlo. Se frota las manos en el trapo blanco y rojo, se las frota largamente, aunque hace rato que las debe de tener ya secas.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿A quién buscan?

De las entrañas de la casa llega correteando hasta la Mujer una niña de pelo oscuro, «mamiiii», se agarra a la falda de su madre y suelta una risita vergonzosa tapándose la boca con la mano.

No lo aguanto. Salgo de detrás de mi marido, me acerco a la Mujer; no puedo detener mis pasos, no puedo detenerme a mí misma. Ella me observa con extrañeza. La cojo de la muñeca. Cojo esa mano con la que aprieta el trapo.

—Estoy esperando un hijo.

Se suelta y agarra nerviosamente el trapo con las dos manos. Confusa, nos estudia con la mirada.

—Estoy esperando un hijo. Como usted entonces, ¿se acuerda?

La Mujer se encoge con horror.

—¡Usted me salvó la vida!

Libera la mano derecha del trapo y atrapa con ella el susto en forma de grito que sale de su boca abierta.

—¡Dios santo!

Retrocede y balbucea.

—Yo no la conozco de nada. No la conozco. No la he visto nunca.

—Soy Gita, Gita Lauschmannová. Sólo quería llevarme del cobertizo una...

—No sé de qué me habla. Largo. Fuera. O llamo a la policía.

La Mujer coge a la niña del hombro y la empuja hacia la casa. Retrocede hasta la puerta de los adornos y la cierra tras de sí. Abre la puerta de nuevo y sale volando a por Denis. Que contempla la escena con mucho interés. La Mujer lo atrae hacia ella tirando de la manga deformada. Busca la mano inútilmente. Los puntos dados de sí se estiran, alargan ese tubo tejido. Dentro se esconden los dedos del niño con las uñas ennegrecidas. Un golpe fuerte y seco de la puerta. Los dos desaparecen tras ella.

Entonces es la tía Ottla quien se pone en movimiento. Golpea con el puño la puerta de roble.

—¿Por qué se esconde? No vamos a morderla.

La tía aporrea y aporrea la puerta. Rítmicamente, con los dos puños, como si cavara dos agujeros para los rígidos cilindros de sus dedos, como si aplastara la masa de madera, como si quisiera horadar dos mirillas para sus ojos y adornar su piel amoratada con largas astillas como espinas. Que después sacaría con quejidos jadeantes. Mientras yo miraría dentro.

La puerta de madera resiste.

Me tapo la boca con el puño. Para no gritar. He desperdiciado mi vida. Agarrarse a las cosas cotidianas, antes de que el suelo se hunda bajo mis pies. De momento han resbalado sólo unas piedrecillas, han caído rodando hasta el abismo. Aún no quiero ir tras ellas. El contorno de un turbio sueño se balancea allá abajo, se transforma en un fuerte remolino. Y me atrae como un imán. Siento el frío de las primeras gotas en mis pies. Rápido, fuera, antes de que me trague para siempre.

En la cocina, vierto agua hirviendo sobre una bolsa de té con aroma a caramelo. Hago pirámides de galletas sobre dos bandejas amarillas con dibujos de ositos. Restos de las meriendas infantiles de antaño; no tengo ninguna otra pieza de vajilla de ese color soleado. Tengo muy pocas cosas amarillas.

Se dice que cuando uno tiene veinte años no percibe el tiempo. Yo sí lo hacía, vívidamente. Y por eso he perdido tanto.

Nada nuevo bajo el sol.

Corto en pedazos una manzana de Francia grande y roja.

Cuando nacimos, mi padre plantó un manzano para cada uno de nosotros, de las mejores variedades, reinetas y rojas checas. Esos troncos retorcidos nos pertenecen. Nos fotografiaba al lado de ellos cada año. Para ver cómo crecían sus hijos y sus árboles. Yo imaginaba que sería así toda la vida. Que cada año a la misma hora nos reuniríamos aquí. «Mirad al pajarito».

Empiezo a toser salvajemente. La manzana rueda al suelo, asustada por la pérdida de firmeza de mis dedos y por la agitación de mis pensamientos. Toso con la sensación de tener el esófago atascado por decenas de trozos de documentos. La boca llena, alimentada por los trozos de los papeles oficiales. Voy al cuarto de baño. Me apoyo en el lavabo sacudida por las arcadas; igual que tosía la tía Ottla cuando una discusión la angustiaba. Denis llama a la puerta.

—¿Se encuentra bien?

No, no lo estoy.

—Sí.

—¿Necesita ayuda?

Sí, ahora mismo.

—No. Gracias.

Denis no puede ver dentro del cuarto de baño. Escucha el ruido del grifo. Y unos sollozos.

La señora Lauschmannová abre la puerta pasada media hora. Con los ojos secos; se ha cambiado de ropa. De puntillas, Denis echa un vistazo al cuarto de baño, en el que ella le ha echado un perfume de olor penetrante. Ha quitado de la balda la crema antiarrugas y en su lugar ha colocado un viejo cuenco de madera con unas sales. El lavabo está recién fregado. Reluce, brilla. Denis se detiene.

Hay un hilillo rojo bajo la parte inferior del lavabo que se desliza hacia el desagüe. Lo huele. El inconfundible olor de la sangre.

Del cesto de mimbre de la ropa sucia saca con dos dedos una falda. La estira. En el lado del muslo derecho hay unas manchas endurecidas cubiertas de sal. Denis baja la tapa, vuelve con la señora Lauschmannová. Ésta escribe sin parar, la mano va de un lado a otro de la página. Finge que no ha pasado nada. En el cubo de la basura hay una nueva bola blanca de papel arrugado. Con manchas de arándanos aplastados. Levanta la cabeza.

—Vamos a tomar el té.

## UNA MANZANA ÁCIDA

Denis no se cansa con exclamaciones de admiración ante los muebles antiguos. No desvía la conversación hacia la vista de una joya barroca centroeuropea y el edificio del teatro. Ni hacia las predicciones del tiempo. No la aligera. Sabe que queremos hablar de una única cosa. Pero es un hombre. Sobre todo nada de lástima, nada de empatía.

Ignora de forma ostentosa las manzanas. Su mano llena de tendones sobrevuela varias veces sus cuerpos troceados y después se lanza como un buitre sobre la pirámide de galletas. Deja caer las migas en la alfombra, sorbe el té ruidosamente.

—Doctora, soy el último que querría defender a los habitantes de Puklice, usted lo sabe muy bien. Pero... la mayoría se portan así por desconocimiento, confunden los acontecimientos históricos. Ignoran el contexto. Son incapaces de distinguir a unos individuos de otros... hicieran lo que hicieran o vivieran donde vivieran.

—¿En serio? No me diga...

—Perdone. Soy un idiota.

—No, nada de eso.

Le acerco la bandeja con las galletas, para que no tenga que alargar el brazo.



Coge dos ovaladas que están abajo y la construcción se derrumba.

—Los nazis realizaron atrocidades mucho peores, con premeditación y meticulosidad. Incomparablemente peores.

—Está claro.

—La minoría alemana de Puklice era importante. No hablamos de individuos aislados; los fanáticos se contaban por docenas.

—Claro.

—¿Nunca le ha interesado saber cómo vivía durante la guerra la minoría checa? A mí sí. Últimamente me interesa mucho. Los alemanes estaban tan adoctrinados por Henlein que no se podía vivir entre ellos. Muchos checos fueron deportados sin ninguna compensación económica. La *Auswanderungsfund für Juden* de las SS confiscó varias granjas, con sus edificios y talleres...

Silencio el sonido, estudio el rostro en tensión. ¿Qué pretende? Ahogo esa instructiva charla nada más empezar. Para eso podía abrir una página de periódico. De cualquier periódico.

—Claro, claro. Ya sé lo que quiere decir. Que todos los alemanes eran simpatizantes de Hitler. Lo sé. Que se ofuscaron. Sé incluso que algunos alemanes de Puklice les dieron la bienvenida con la mano en alto como a héroes. Sé cuánto querían demostrar que merecían su anexión al III Reich.

Lo sé. ¿Y qué? No voy a dejar que se coma otra bandeja de galletas.

—En el año cuarenta y cinco los checos se ofuscaron del mismo modo. Sólo que los checos tenían que haber sido más listos, Denis. Los seis años anteriores podían haberles servido de aviso. Tendrían que haber detenido las siguientes atrocidades. Y sobre todo, y recuérdelo, Denis, de una vez para siempre, no quiero que se me compense como *alemana*. Quiero que se me compense porque soy una persona contra la que se perpetró un atropello. Que se me compense como persona, como ciudadana afectada por una injusticia. Quiero que alguien diga que se cometió un crimen... ¿Por qué me mira así?

Denis no entiende. Dios, no entiende nada. Sólo rebusca entre un montón de chatarra, entre ruedas perdidas. Compara tornillos que no entran en ningún agujero.

—No, no, doctora Lauschmannová, esto es una cuestión política. Un individuo solo no puede hacer nada. Los checos se adelantaron a sus entonces hermanos soviéticos y fueron radicales en algunas cosas, sí, pero eso fue porque...

—A mí no me interesa el trasfondo político.

—Y ése es precisamente el error, doctora. Muchos se encontraron en una situación que no podían manejar y de la que eran inocentes. No debemos... no debemos juzgarlo todo con tanta severidad. Existía una amenaza real de una nueva

guerra, por ejemplo.

—Denis, cada uno es responsable de sus actos. Aunque no tiene influencia sobre cómo son interpretados.

Sí, soy insolente. Pero creía que era un alma afín. Que intente entender.

—Siempre son personas concretas. Ese molino que empezó a dar vueltas en Puklice molió a gente inocente. Y yo quería que lo reconocieran.

El hámster mordisquea una galleta tras otra, una rosquilla tras otra. Tiene la boca llena, no para de hablar.

—A la gente no se la puede cambiar. Perdóneles, acérquese a esos pocos que... Muchos intentan... Mi madre, por ejemplo...

—El que se pone de cebo, acaba siendo devorado. Ya sólo me quedan mis recuerdos.

—Eso no es verdad.

—Sí. Me agarro a ellos como una lapa. Es una tristeza terrible. Levantar los ojos hacia el techo y proyectar allí el pasado. Sólo que hasta los momentos felices son insoportables precisamente porque no van a volver. Levantar los ojos al techo, justo antes del amanecer. Ésa es, Denis, su hora. Cuando los primeros rastros, ristras y rastrillos de luz se deslizan por el techo. Removiendo lo vivido. Dejé salir al genio de la lámpara cuando mi pluma tocó el papel por primera vez. Cuando una lágrima emborronó el blanco de la página.

## DINERO DE HITLER

El sorbido del té, el balanceo de la deliciosa superficie en las tazas, el aroma a caramelo. Tras la ventana ha oscurecido; se oyen unos truenos en la lejanía. Las primeras gotas alcanzan la ventana. Acercó a Denis la bandeja con la manzana troceada, él la retira. La acerco de nuevo.

Extiende la mano para coger otra galleta; la estatua revive. Denis rozna y rozna. La lluvia cae a chorros, conquista el parapeto y repiquetea sobre él.

—¿Qué quiere hacer con ellos?

—¿Con los de Puklice?

—Con esos cuadernos.

Denis muele en su boca la última galleta.

—¿Los va a publicar?

Se moja el dedo con saliva y recoge con él las migas de la bandeja amarilla. Se las come ruidosamente.

—¿Quién iba a publicar algo así? Y aunque lo hiciera, ¿quién lo iba a leer? No son recuerdos, son mohosas raíces extraviadas. He pasado la vida por un cedazo. He ignorado la harina blanca y me he dedicado a estudiar con lupa las impurezas. Una única pizca de porquería echaría a perder todo un camión de harina.

—Publíquelo.

—Con esos escritos expongo mi vida, Denis.

—No habrá problema en ponerse de acuerdo con una editorial. O publíquelos usted misma.

—Y ¿de dónde iba a sacar el dinero?

—De aquí.

Denis clava el dedo cubierto de migas en una carpeta amarilla. «Monumento a Rudolf Lausmann».

—Déjeme a mí la construcción del monumento, yo lo haré. Pero de momento, sólo de momento, se lo prometo, el proyecto está bloqueado. Así que un libro sobre su padre cumpliría de alguna manera el propósito inicial.

—Para el monumento a mi padre quería utilizar el dinero del Fondo Checo-Alemania para el Futuro. Me han mandado una compensación económica por los años pasados en el campo de concentración.

—Bueno, pues que ese dinero compense.

—Mi vida es como un viaje demencial en el mismo tiempo. En realidad, Denis, es dinero de Hitler.

## UN CIGARRILLO POSPUESTO

Una puesta de sol sangrienta libre de todo resplandor; el mar congelado no se derrite. Hablamos hasta bien entrada la noche, la última noche de agosto, refrescada por el otoño acechante. Acompaño a Denis hasta la calle, hasta la acera.

—Ha sido un día duro.

—Sí.

Durante todo el verano Praga se ha desperezado e inclinado voluptuosamente, para mostrar con gesto seductor su profundo escote, para redondear lo que ofrece. Por su cuerpo han desfilado olas de turistas y ella se ha exhibido con avidez. Por la noche se ha alisado la falda en las caderas, se ha subido esa corta falda como una puta y se ha quitado las bragas.

Ahora Praga es más condescendiente.

Como una camarera que tras un turno agotador, cuando los montones de turistas van desapareciendo del local, puede por fin salir corriendo en la paz de la noche al patio desierto, apoyar la espalda en la fría pared, suspirar y recrearse tranquilamente fumando un cigarrillo pospuesto por mucho rato. El nerviosismo va desapareciendo con las primeras estrellas y las volutas azuladas del humo.

El verano se acaba. Durante la visita de Denis el cielo se ha oscurecido por un momento. Ha llovido. Ahora, entre transparentes tules grisáceos, brilla de nuevo la luna. Una luna llena que devuelve mi ser a una pieza. Han quedado unas últimas gotas en la barandilla. Subo andando las escaleras. Evito el ascensor. Sí, voy a

escribir. Será mi salvavidas.

De ahí sacaré mi fuerza. Intentando comprender sus vidas. Sin diferencias. Acoger a todos entre mis brazos. Como si llevara una cesta llena de setas que ardean con altanería, gritan y discuten sobre quién es la más importante, la más deliciosa y la que tiene derecho a más espacio. En la dulce ignorancia de que en unos minutos todas se van a freír irremediabilmente en una sartén. En la dulce ignorancia de que llevan dentro su propia muerte, que la muerte ya ha empezado. En el mismo segundo de la concepción.

A veces tengo la sensación de que Él me ha olvidado. Antes de que el resto de la gente gritara que Dios ha muerto, Él había gritado «El hombre ha muerto». Antes de que yo, junto con los demás, gritara en voz alta: «Él ha muerto», Él había gritado inaudiblemente: «Tú estás muerta». Y había renegado de mí.

Johan, mi segundo marido, no se planteaba si Dios existía ahora o no. A Johan le interesaba si habría Dios en un futuro. Y si conocería la diferencia entre el bien y el mal. Según Johan, esa diferenciación primitiva era una sandez.

Se llenaba la boca de trozos de pastel arrancados con la punta de una cucharilla. Devoraba chocolate. Y rebanadas de pan con mermelada. Y pastelillos de merengue. Como Hansel, esperando el momento de ser asado por la bruja con la que vivía por propia voluntad.

## UN PEDAZO DE CARNE

Una fuerza beatífica se apodera de la señora Lauschmannová y le devuelve la energía; el cansancio se aleja con la tormenta de verano. Comienza a escribir con vigor renovado. Para Denis. Escribe como si le fuera la vida en ello. Escribe sobre toda la gente de su entorno. No trata descuidadamente sus recuerdos. Para no tener que encerrarse en el sótano oscuro del pasado. Sin velas.

Y como recompensa, va a todos los conciertos y obras de teatro a los que Denis la invita. Va con él también al cine, y una vez, en medio de una película de suspense, incluso se ríe frívolamente y en voz alta cuando el actor vestido con una bata blanca extrae del cuerpo de la víctima cuatro balas, las sopesa en la mano y le tiende una al detective. «Ésta es la que lo ha matado».

Suele hablar ella. Denis calla. Y así la señora Lauschmannová rellena con su relato todos los vacíos y momentos mudos en los que Denis podría introducirse. Siente que Denis lucha consigo mismo. Le gustaría decirle algo. Ella retrasa el embarazo de ese momento. Convencida de que quiere confesarle sus sentimientos. Y ella tendría que rechazarlo. Explicarle que no va a volver a adentrarse en las salvajes aguas de una relación de pareja.

La señora Lauschmannová escribe. No hay pasado, presente, futuro; esa aliviadora división del todo, palabras vacías. Todo está dentro de ella desde el

principio. Unido. Todo el fluir del tiempo. En todas sus direcciones. Lleva en ella la corriente entera del tiempo, hacia delante y hacia atrás. Pero percibe solamente uno de los sentidos.

Escribe y cincela. Documenta su universo interior. Lo redacta todo, remienda hebras de carne descompuesta. Lanza un pedazo sangriento de su vida a esos buitres. Para que se lo coman a picotazos.

He vuelto del Rudolfinum. Vestida con un flamante vestido azul celeste. Con flores de color azul oscuro en las mangas. Es el veranillo de San Martín, las arañas salen volando llevadas por el viento.

Denis me ha invitado a un concierto de Mahler. Hoy, al despedirse, me ha besado por primera vez en la boca con sus secos labios. Si su madre lo sospechara... O Stolař. O mi hija.

A veces nos sentamos con una taza de té de caramelo y miramos placas de rayos x que ha traído; debatimos los casos complicados. Es agradable. Su presencia me reconforta. No nos tuteamos, aún no. Pero algo chispea en el aire; le parezco atractiva. ¿El atractivo de la vejez? ¿Le excita la telaraña de arrugas en la que ha quedado atrapado mi rostro?

—Nunca he conocido a nadie que cada día y en cada momento vaya tan cuidadosamente vestida y arreglada como usted. Siempre tengo la sensación de que está lista para ir al teatro. Por lo menos.

Me derrito. Con coquetería.

—En eso no hay ni una pizca de coquetería; tiene una razón de lo más prosaica. A mi edad la muerte puede pillarle a una en cualquier momento y en cualquier sitio. Quiero ser una pareja digna y que los demás me encuentren en un envoltorio estéticamente adecuado.

Los dos nos reímos.

—Y también me gustaría que Adolf no se avergonzara de mí. He empezado a buscarlo de nuevo, he reavivado una esperanza enterrada. Y no sólo a través de contactos con una organización internacional. En alguna red informática tiene que haber una pista, no ha podido tragárselo la tierra.

Denis balbucea durante largo rato. Otro de esos momentos de tensión, en los que no me mira a los ojos y suelta un monólogo enmarañado. Sus gestos y su voz indican la seriedad del momento, el preludio a un aria grandiosa. Pero el tono decidido no suena, el contenido se desvanece. Me ha parecido que su trauma trataba de abrirse paso hasta sus labios, y le ha estropeado el buen humor.

## UNA GRIETA EN EL CORAZÓN

Lleno la bañera de agua caliente. Deshago en ella unas sales azul brillante que espumean intensamente. Me sumerjo con cuidado. Sobre mí se cierra una coraza blanca y lechosa libre de escarlata, y la espuma temblorosa se derrumba. Cuando muevo la rodilla se adivina bajo la superficie la sombra de un extraño pez. La cabeza sajada por la humedad blanca cierra la puerta al mundo exterior.

El cuerpo se desliza hacia la tierra, se prepara; la piel se afloja, como si quisiera desprenderse del hueso. Se desprende del pecho, de los muslos, del vientre hasta formar una masa monolítica. Se desliza hacia la tierra. Donde se desintegra, se deshace. Las puntas de aquellos pezones jóvenes, que hace tiempo apuntaron hacia arriba y se abrían paso sobre la superficie como dos islas montañosas, como dos volcanes durmientes. Sobre un vientre liso y firme. De eso hace mucho tiempo.

Adormilada, abro los ojos. La cabeza me da vueltas mientras me siento y hago que la masa de agua se ondule. Que se desborde sobre los blancos cuadrados de las baldosas. La cabeza sigue dándome vueltas cuando yergo mi cuerpo de mármol azulado sobre ese charco que se va agrandando. Me apoyo con todas mis fuerzas sobre el lavabo. Alguien me observa.

El espejo de encima del lavabo está empañado. Estoy sola. Nunca ha sido de otra manera.

Me pongo el pijama apresuradamente. Hace frío, así que me echo encima un albornoz. Me cepillaré los dientes más tarde. Miro hacia la calle y contemplo un racimo de espectadores susurrantes que abandona el edificio de enfrente. Espero a que se hayan ido, hasta que tras ellos sale tambaleándose el maestro Oujezdský y enfila hacia el Moldava. Siempre sale el último. Nos saludamos con la mano, un asiduo ritual justo antes de sentarme a mi mesa de trabajo. Antes de empezar la primera frase del último fragmento, que fue el principio de todo.

Entonces algo se me clava bajo el omoplato izquierdo. Y sin escrúpulos, retuerce el puñal incrustado.

Sé que me estoy muriendo, que son mis últimos instantes. Creo que estoy preparada. Pero en ese segundo decisivo, cuando me atrapa la debilidad, cuando siento que me atraviesa la rigidez, cuando me penetra el dolor, pienso desconfiada y con asombro: «Parece que esto es de verdad el fin». Y ante mis ojos pasa una imagen extraña y borrosa. En una especie de orilla, con unas cañas en la mano y aburridos, están Dios, el Diablo, la Muerte y el Destino. Sentados tranquila y pacientemente, charlan y pescan por toda la eternidad. Con unos anzuelos gigantes sacan su pesca. Seres humanos. Y antes de lanzarlos hacia atrás, a sus impacientes ayudantes, comparan las dimensiones de sus capturas.

El anzuelo de la Muerte me ha atravesado el pecho. La Muerte se levanta e, inflexible, recoge el sedal para que no me escape. Como tantas otras veces. Pero yo aún no estoy preparada, en absoluto. Aún no quiero morir, quiero gritar y me agito;

aún no, Dios mío, aún no quiero morir, aún no me he cepillado los dientes, no estoy vestida adecuadamente, aún no he dicho todo lo que tenía que decir...

La última página del cuaderno morado absorbe unas gotas olvidadas. Gotean de las puntas de mis cabellos. A pesar de todo, se aferran a esas hebras humanas hasta el último momento. Con uñas y dientes.

Lo principal es resistir, no desmoronarse, no gritar.

## Sexto regreso (otoño de 2005)

### ODA A LA ALEGRÍA

La señora Gita Lauschmannová murió sobre sus cuadernos.

Sobre un capítulo a medio escribir sobre el nacimiento y la infancia, sobre una anotación en la que pedía una prórroga de tiempo: «*Aún no*». Toda la vida sobrevivió pensando con un consuelo aliviador en la muerte y al final gritó «aún no». Al final fue la palabra.

La cabeza estaba apoyada entre unas rayas; las miraba de cerca, embebiéndose de las letras. Quería abrirse a sus recuerdos, deshacerse en ellos. Estas palabras son mi cuerpo.

A la doctora Lauschmannová no van a incinerarla. Tampoco van a enterrarla en Puklice, en el linde del cementerio judío abandonado y descuidado, no lejos del huerto de manzanos.

Su hija y Denis organizan el entierro en Praga. Denis está sorprendido por la cantidad de gente que acude, por cuánta gente la conocía. Ella nunca le mencionó a nadie.

El cementerio está cubierto de coches. Desde Puklice sólo acude la madre de Denis. Se apoya en unas muletas y permanece un poco apartada. De su bolsito picotea unos bocados amarillos. Al final, un hombre desconocido, el que fuera superior de Gita Lauschmannová, le pide un taxi hasta la estación de autobuses. Después, en el restaurante cercano Oda a la Alegría, entretendrá hasta bien entrada la noche a la variopinta sociedad praguense, encabezada por el maestro Oujezdský, con historias en las que la fallecida es presentada como una persona ocurrente que no se amedrentaba ante los cadáveres en la mesa de autopsias y bromeaba de forma morbosa a cuenta de ellos y de sí misma.

Denis no ofrece el brazo a su madre, a pesar de que ella le ha preparado un regalo y se lo ha introducido apresuradamente en el bolsillo de la americana. Denis palpa una bolsita de papel redondeada. Se tiene que colocar las gafas para descifrar la abrupta inscripción con una firma.

No descifra nada.

Barbora está histérica: quería ver a su abuela colocada en el ataúd con su vestido azul nuevo. Grita histérica que ha olvidado inclinarse sobre sus labios enmudecidos. Anna



sacude la cabeza con resolución y se lleva a su hermana y a su madre llorosa hasta la acera, donde Denis las ayuda a meterse en su coche rojo. Esperan al yerno de la señora Lauschmannová, que termina de pagar la factura en la oficina de la funeraria.

Denis lleva a los que han quedado al restaurante Oda a la Alegría. Iluminado por el sol del atardecer, ante la entrada dorada se pone a hablar con el ginecólogo calvo y medio ebrio que amaba platónicamente a Gita desde los días de la universidad y le ayudó a dar a luz a sus dos hijos.

—Físicamente podía con todo. Pero nunca supimos cómo estaba su mente.

Barbora se recompone, decidida a continuar con el juicio. Tiene aún ante sus ojos los suaves pliegues del vestido azul pálido tabicados bajo tierra. La oficina del catastro determina qué parte de la propiedad debe ser restituida. Y la compensación económica por los terrenos que ahora son propiedad de personas físicas.

Pero los habitantes de Puklice no quieren rendirse. Su apelación espera en el juzgado durante veinte meses, sin ningún resultado. El caso está bloqueado.

La amable rubia con permanente de la recepción del juzgado regional le da una explicación a Barbora mientras come golosamente unos caramelos belgas. Los va sacando de una bolsa de papel, que sujeta en el regazo con sus muslos apretados.

—Hemos solicitado varios documentos. Y seguramente el caso se asigne al mismo juzgado que ahora... ¿No quiere un caramelo?

## POLLOS DESPLUMADOS

Barbora se pasea por la ruinoso propiedad con los inversores. Entre dientes murmura un lema que ha impreso incluso en las tarjetas de visita y en el papel de cartas: «Si hay justicia, que sea absoluta». Con una serenidad nada sentimental desencadena la lucha legal. Quiere que los habitantes de Puklice salgan corriendo como pollos desplumados, ahuecando las pocas plumas que les quedan. «Si hay justicia, que sea absoluta.» Picoteando histéricos a su alrededor.

Una lucha inútil para ambos bandos. «Si hay justicia, que sea absoluta».

Denis intenta hacer desistir a Barbora. Ante sus ojos tiembla una pesada sombra tras las cortinas de terciopelo.

—A la señora Lauschmannová nunca le interesaron las propiedades.

—¿En serio? Pues es una novedad.

—La doctora Lauschmannová quería... otra clase de justicia. No era una mujer de fe y, sin embargo, a su edad madura, durante las últimas semanas, consiguió dejar atrás los asuntos terrenales. Lo que ella quería era limpiar el nombre de su padre, del bisabuelo de usted. Romper la cadena.

—Y ¿consiguió algo? ¿Consiguió algún derecho digno? Ya me ocuparé yo de la

rehabilitación del bisabuelo.

—El monumento, Barbora, el monumento era lo principal. No quería las propiedades.

—¡Pero yo sí quiero las propiedades!

Barbora atraviesa la plaza y compra una postal en la tienda de ultramarinos. Una vista de la torre erguida de la iglesia y al lado, en rojo y arracimados desesperadamente, los tejados apiñados y los largos edificios serpenteantes del palacete y la hacienda.

La cansada vendedora, morena y con los cabellos recogidos en una coleta con una goma roja, suelta unas palabras bastante ilógicas con excesivo servilismo.

—¿Y cacao? ¿No quiere cacao? —Y le ofrece una caja de cartón con el dibujo de una sonriente muchacha holandesa con un gorro blanco—. Paga la casa, señorita, ha sido un honor.

Cuando Barbora abandona el suelo de linóleo y cruza el marco de la puerta tintineante, Nataša la mira fijamente, sin apartar los ojos de ella. No puede telefonar a su hermano para pedir ayuda. Ya no tiene hermano; lo ha enterrado. Así que busca a ciegas en una estantería. Palpa un bulto de papel hinchado y rasga la bolsita de lentejas mecánicamente antes de volcarla. Con una risa extrañamente entrecortada, deja caer una lluvia de botones tamborileantes y agita la bolsa con rabia, largamente, para que no quede ni una lenteja parduzca dentro de la oscuridad del papel.

Barbora se pierde la expresión extraviada de Nataša y el zarandeo furioso de su mano.

Ladislav Stolař el joven está en ese momento escondido tras las cortinas de su casa, con su mujer y sus dos nietos en brazos, ahuecándose las plumas restantes. El gesto se le endurece con una porción fresca de odio. Se vuelve, deja en la alfombra al niño balbuceante y coge un sobre de la mesita. Jadea, rompe en trocitos la citación a juicio. Fuera caen nuevos copos de nieve y los niños levantan las manos como duendecillos.

## LENTEJAS CRIBADAS

—Tenía pensado publicar sus memorias, chiquilla.

Barbora no oye la última frase de Denis.

La hija de la señora Lauschmannová le cede todos los cuadernos, hasta los últimos, con fingida indiferencia.

—De todas formas, durante la última época pasó más tiempo con usted que con cualquiera de nosotros. Y por cierto, me llamo Rozálie, aunque mi madre

pronunciaba mi nombre pocas veces. Me llamaba de cualquier manera, excepto por mi nombre de pila.

—A mí en cambio me llamaba sólo por mi nombre de pila.

Denis repasa las páginas arrugadas. Descubre con sorpresa que la señora Lauschmannová había decidido contarle todo. Retrocedió con los ojos tapados y con valentía se levantó la banda de los ojos. Habría llegado a la frontera de sus recuerdos de *allí*, dispuesta a cruzarla, a sumergirse entre la muchedumbre tras el alambre de espino. Pero no le dio tiempo.

Su cabeza cayó mientras daba vueltas con un alegre mareo, mientras el polvo rodaba por la carretera. Por eso gritó «aún no».

«El polvo rueda por la carretera. El sol abrasador nos ciega. Agarro a mi padre por la cintura, como una pequeña garrapata; detrás está Rozálie con el pelo despeinado y al final se nos ha unido Adolfito. Mi padre conduce; lleva un gorro de piel, parecido a uno de baño con unas divertidas orejeras, que le abraza la cabeza firmemente, como una segunda piel. Se ha colocado unas gafas de buceo y ha sumergido sus ojos tras los cristales. Sonríe. Gritamos a la gente sorprendida que está en los campos, los saludamos con la mano y ellos nos responden. El motor de la gran motocicleta truena. Papá se acerca a casa, pero nosotros gritamos y aullamos: “*Más, papá, más. Más, por favor*”.

»Agarro a mi padre con fuerza por la cintura. Abrazo su tronco poderoso. Cuando frena despego mis dedos sudorosos, los aireo al viento, acaricio el guante de cuero duro. Topo con un suave obstáculo de tela: una cinta con un gracioso molino. Una flor sobre la que se puede soplar y cuyos cuatro pétalos se ponen a girar. Sí, eso es... Una fotografía en mi mente. Me acuerdo de esa imagen. La frivolidad de una observación casual, cuando el gimnasta pasa la pierna sobre la barra humeante y toca el suelo firme.

»—Eso, *chiquilla*, se llama cruz gamada. Es para que los nuestros me dejen en paz.

»Para que los *nuestros* me dejen en paz. ¿A quién se refería? El baile en torno a las manchas en el vestido color crema distrajo mi atención. ¿Quiénes eran los nuestros? Mi padre aún no sabe... mi padre habla alemán... es judío... quiénes son los nuestros... un trébol quebrado punzante.

»Y una cara que se retuerce. Que se tropieza, que se aparta ante los ruidos tras la herrería, hacia el jardín cubierto de altas ortigas. El látigo rompe el aire, ondea y salta en piruetas, el ritmo de la mano de mi padre. La cara del chico se tuerce en una mueca... La cara de Ladislav Stolař. La cara de un chico dulce y tímido, que besó a Rozálie en el pajar y entre los juncos del lago del bosque... el impaciente y delicado

roce de sus labios húmedos... Adolfo dio un portazo antes de huir de casa...

»No, no, no. De nuevo. De nuevo y desde el principio. De otra manera. Esta vez visto con los ojos de papá. *Su* punto de vista será decisivo para explicar todo lo que veo. Un ligero bailarín bajo la guillotina. Aún no lo sé todo, el mosaico aún no está completo, voy a romper todo lo que he escrito, no cargo sólo con mi historia, sino también con las *de otros*, me las echaron a la espalda, gano peso. No tengo opción, recojo la parte heredada de unos actos ajenos. Romperlo, empezar de nuevo, romperlo y escribir sus destinos, seleccionarlos como lentejas, echarlos a una cazuela con agua hirviendo, agarrar una cesta de setas, romperlo y

»aún no, aún no, aún no quiero, Dios mío, aún no...».

## Epílogo

La madre de Denis sufrió una apoplejía. Estaba frente a la pantalla del televisor y su cara se desplomó sobre la blancura de un plato de porcelana lleno de ganchitos. Para observar por última vez el fondo azulado con esos extraños adornos.

Los ganchitos volaron por el aire. Algunos se engancharon en sus canas como si fueran cardos. La telenovela siguió su curso mientras Nataša, la cartera, Hanka Malá, la señora Stolař y la señora Drbavá, sentadas alrededor de un café, un zumo de manzana y un bizcocho de nueces, seguían concentradas en su conversación.

—Una *frau* tan joven...

—Alguien debería parar a esa manada de avariciosos.

—Una *frau* como ella... Qué pena que no esté en estao, dejaría de dar la lata.

—Stolař dice que lo de la rehabilitación no está tan claro.

—Una *frau* así...

—Revolotean como langostas hambrientas.

—Y no descansan. A quién le interesan esos cuentos prehistóricos.

—Una *frau* tan flaca...

Parlotean y parlotean, hasta que comprenden que las cosas amarillas de los cabellos de la Mujer no son rulos. Que su extraña posición no se debe a la miope elección de su golosina. Las ventanas del palacete resuenan con un grito a cuatro voces.

Al final de su vida, Denis se lamentará amargamente. Porque no cesa en el empeño y es el único que sigue indagando en los detalles hasta entonces desconocidos de la vida de Gita Lauschmannová. Pero como uno no puede creer ni a sus propios ojos, y menos aún a los ajenos, y no puede creer sus palabras, y mucho menos las pronunciadas por otros, entonces...

Entonces... Denis se traga lo que descubre.

Y el destino no le da el tiempo suficiente para contarle a nadie eso que tanto le pesaba y le quitaba el sueño y la alegría en los años finales de su vida. De todas formas no habría sabido a quién decírselo, ni cómo hacerlo. ¿Por qué, se preguntaba, nunca llegamos a conocer lo que es fundamental de la vida humana? No es porque la historia llegue a su fin, sino porque se termina la provisión de palabras disponibles. Sí, eso es: con las palabras pueden cometerse muchos crímenes.

Pero con ellas no se puede defender *nada*.

Junio 2003 - Septiembre 2005

(Praga y Rasochy)



RADKA DENEMARKOVÁ (1968) Estudió Literatura Alemana y Checa en la universidad Carlos de Praga. Escritora, traductora y dramaturga, ha publicado siete libros, entre ellos cuatro novelas que se han traducido a 17 idiomas. *El dinero de Hitler* mereció, en Chequia, el premio Magnesia Litera por la mejor novela del año (2007) y en Alemania el premio Usedom (2011) y el premio Georg Dehio (2012). Radka vive en Praga con sus dos hijos.

# Notas



[1] Plato típico de la cocina checa consistente en una especie de albóndigas de harina.

<<

[2] ¿Cómo se ha vestido mi hermana tan deprisa? <<

[3] Pan con mantequilla. <<

[4] Levántate, vamos, vamos, rápido. <<

[5] Venga, así, rápido. <<

[6] Póngase de pie, por favor. Venga, tiene que levantarse. <<

[7] ¿Adónde vas? <<

[8] ¿Adónde vas, Gita? <<